



MAVIMO

La Falsa de Cristal

ANA SERCA

MÁXIMO

LA JAULA DE CRISTAL

ANA SERCA

Autora: Ana. SerCa

©2024 Todos los derechos están reservados. Queda rigurosamente prohibida la reproducción y distribución de esta obra salvo excepción prevista en la ley o autorización expresa del autor.

La música nombrada en esta novela pertenece a sus autores.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, diálogos en esta novela son producto de la imaginación del autor o han sido utilizados de forma ficticia.

No recomendado para menores de 18 años, contiene lenguaje violento y sexual explícito.

Maquetación: @ana_serca

Interiores: Canva Pro.

Portada: @lucemonzantg

Corrección: Virginia de Novoa

AGRADECIMIENTOS

Cuando llegué al mundo bookstagram, no sabía que me encontraría con gente tan increíble. Personas a las que no conocía de nada y que, después de pedirles una colaboración, con millones de libros por leer, no te cerraban la puerta y te ofrecían su tiempo para iniciarse en tus lecturas.

También en el camino, he conocido a muchas autoras con las que he ido interactuando y compartiendo esta pasión.

Me di cuenta de que lo de subir los libros un día de locura, solo había sido una parte de lo que había ganado. Por eso, en esta novela quiero agradecer su tiempo, su desinterés, su empatía y dedicación, a todas esas personas que una vez estuvieron en el camino conmigo.

@mi_lugar.entreletras @fatima_tiradogarcia @oceanos_de_tinta @lives.reading
@lybluebooks @alexandra_star_jaithiale @leyendoconestrella @majolopezand
@rebk_manal @elizabeth.ellis_escritora @labibliotecadez @mercedessg2447
@anitadevoradoradelibros @velarisgirl20 @lucy_amante_de_la_lectura @rubina_cabral
@macaoremor @mimamifriki @ratitaentrelibros @brendagonzalezperez @maryrzga
@vanebooks @rebe.fernandez_escritora @pili.alba @mjoserodriguezlarrey @florete_36
@edinemull @sellykengar @cheloaisalozano @lan150218 @laln96 @esthergaria20
@sienabastida_book_sandtravel @neusaraciladell @pilimoliner @loslibrosde_ansa
@leyendo.a.ciegas @noeliabooks @nani.booktok4 @averdu.ilovebooks @rebk_manal
@vol_vo_reta @palmi.books @biblioteca_olvidada @_libros3 @mariajoseaguilarr04
@yomi2li @lorenasantander30 @byalvadia @valeriro2 @lectoragranadina
@leyendoconklara @a.a_neus Ivonne Guevara, Jelly Reynoso, Lucrismas Otero, Lolitha, Xionelas, Helenagf, Ninapettigrew, Susana Sudy, Nina Montalvo, Deyanira Espinoza.

@fantasiasentremientemismanos @lolavergara @yoliti34 @krmenplata
@lalokadeloslibros_84 @merakbook @elizabeth_sea_escritora @conolorabebe
@cristina.g_escritora @edith_winter_escritora82 @shellykengar @marivicas5
@mamipresumida @naniisreading @leyendo.a.ciegas @unmundodehistoriasfantasticas
@lolita_ot el_rincon_dela_yole anabook93 gyomarynreyoso ceciliafrometa
@tiacoca_claudianicola @mavi_bookslover @jennym5978 @kellycomelibros @
@martitalode @onab508 @los_mundos_de_alberto @littlekittenmellark @mentedementa
@laurrelleeyescribe @marquesita93books @mentedementa @worldsbooks
@librosigualamagia @orecunchodacuruxa @lady_booklander @vanessah.dh

A toda esa familia, amigas, vecinas y equipo de mafiosas que me siguen al final del mundo y todas las que por descuido se me hayan olvidado;

Reme Rubio, Sara Serrano, Vanesa Serrano, Marina Lizandra, Verónica Rodenas, M^aCarmen López, Mercedes Serrano, Emilia Morcillo, Maria Serrano, Mireia Galera, Susana Romero, SheilaFerMar, Esther Devesa, M^aJosé Serrano, Rocío Jordán, Mercedes Sánchez, Pili Vaquer, M^a Carmen Borrás, Alicia Belmonte, Mari Paz Segura. María Jesús Vivó, Patricia Chabrera. Raquel Queral. Sarah Tierraseca.

A mi primo preferido que le compra los libros a su novia y los lee él. **José Serrano.**

A mis lectoras cero, que son las personas más maravillosas del mundo y no puedo expresar con palabras el agradecimiento que siento hacia ellas, porque desinteresadamente están ahí al pie del cañón día y noche, preocupadas por que la obra salga como toca, porque una pequeña parte de Máximo es de ellas; @fpamelagarcia @las_historias_de_lola @kresswatson @librous90 —¡No pidáis comisión!

Con mención especial a una NO lectora 0, pero con quien he tenido el placer de compartir esta aventura @veronica.sandel —¿GRITAMOS?

DEDICATORIA ESPECIAL

Para mi marido, un *malote* que me conquistó hace veinte años. No voy a decir que ha sido un camino de rosas, pero juntos hemos podido con todo. Te quiero.

AVISO

Aunque *MÁXIMO: LA JAULA DE CRISTAL* es una novela romántica, es oscura y tiene contenido que podría herir tu sensibilidad.

- Muerte y sangre.
- Drogas y alcohol.
- Mención a la trata de blancas.
- Contrabando de animales.
- Decapitaciones.
- Escenas de sexo detalladas, consentidas, pero podrían ser cuestionables según la sensibilidad del lector.

Si has llegado hasta aquí y decides continuar, solo deseo que lo disfrutes. Conecta el marcapasos, tu experiencia está a punto de comenzar.

LA MENTE ES PODEROSA.
TE ENCIERRA, TE ATRAPA, NO TE DEJA ESCAPAR.
COMO UN ANIMAL SALVAJE EN UNA JAULA.
UN PÁJARO QUE NO PUEDE VOLAR,
UNA LLAVE QUE LATE CON FUERZA,
UN CORAZÓN QUE OTORGA LA LIBERTAD.

SIENNA

PRÓLOGO



Me ajusto el top de tirantes blanco que me he atrevido a ponerme e intento acomodar el *short* vaquero del mismo color por debajo de mis muslos, con la tela que no tiene.

—¡*Mamasota!* Si tu padre te viese así, le daría una taquicardia.

Doy la vuelta sobre mí misma para presumir de *modelito* delante de mi prima Fernanda, que me espera en la parada del autobús con el bolso colgado del hombro.

—Mi padre no va a verme así y tú tampoco se lo vas a decir. ¿Verdad, María Fernanda?

—Como vuelvas a llamarme así, le marco ahora mismo al celular —replica—. Estoy segura de que llamaría a la policía y los mandaría encerrarte.

Ambas reímos. Hemos hecho esto más veces. Mi padre es un hombre muy controlador, y más desde que postula a un cargo importante. Así que, a mis veintidós años de edad, le miento como si todavía tuviese trece.

Nos dirigimos a *Cocobongo*, que es la discoteca de moda de la ciudad, de recién apertura y que solo admite gente selecta y exclusiva en su interior.

—El nuevo garito dicen que es una pasada. Ponen música del momento y me han dicho que van un montón de *papacitos* —me dice Fernanda.

—Colombia está llena de tíos buenos —digo mientras subo en el autobús—, y muchos están deseando que los probemos.

—Yo hace que no echo un buen polvo... —remuga Fer mientras se sienta a mi lado en el asiento—, ni lo recuerdo. Mucha fama, pero poca flama.

—Bueno, habrá que ir probando hasta que llegue el que te llene por completo.

—Yo lo que quiero es que me rellenen como a un pavo de Navidad —bromea mi prima.

—Anda, calla, bruta. —La empujo con el hombro—. Y que te hagan un *bombo*.

El autobús frena en la parada, bajamos riendo y bromeando. La música latina ya suena a lo lejos. Caminamos en dirección al nuevo local cogidas del brazo. Cuando llegamos, una casa de madera en mitad de la arena nos recibe. Salen luces de ella y está repleta de gente de nuestra edad bebiendo en los alrededores mientras se contonean al ritmo de la música. La brisa del mar mueve mi cabello mientras nos adentramos entre la multitud.

—¡*Mamacita rica!* —dice un desconocido—. Tengo mi cama vacía esta noche.

Por mí así se va a quedar. No es mi tipo, aunque realmente tampoco podría describir cuál es mi clase de hombre ahora. El corazón se me aprieta ante el recuerdo, y vuelvo a dejarlo volar.

—¡Eh, Sienna! ¿Estás bien? —Fer me empuja para sacarme del lugar al que, por un momento, me había ido.

—Sí. Claro —respondo aturdida—. ¿Vamos dentro?

—¡Hoy es nuestra noche! —vocifera contenta.

Me coge de la mano y la sigo a paso ligero entre la gente. Ya desde la entrada, la

música inunda nuestros oídos, está oscuro, solo unas luces de color violeta que parpadean de un lado a otro.

Fer y yo bailamos, perreamos y bajamos hasta el suelo al ritmo de la música. De vez en cuando, dejamos que algún hombre se nos acerque mientras hacemos *twerk* y les permitimos que se contoneen contra nuestras caderas.

—¿Qué quieres tomar? —me dice mi prima, alterada por el baile.

—Ron con cola —respondo mientras ella intenta abrir su bolso para sacar el dinero —. Yo voy a buscar el baño para retocarme. Ahora nos vemos aquí.

Me deslizo entre la gente y me dirijo hacia la zona con luces de emergencia, donde intuyo que estarán los aseos. Varios hombres aprovechan la multitud para pasar las manos por mi curvilíneo cuerpo. Cuando llego a la altura de lo que parecen ser los aseos, hay una cola de siete chicas, por lo que decido ponerme a esperar apoyada contra la pared.

La música de Sean Paul y J. Balvin empieza a sonar . Me contoneo junto a la puerta que tengo detrás, *Contra la pared* me acaba de dar un plus de energía. La música me encanta, siento su ritmo y hace que mi corazón lata con cada acorde. De pronto, unas manos me cogen de la cintura y me arrastran hacia atrás. No veo a la persona que me ha atrapado, solo distingo cajas a mi alrededor, por lo que sé que estoy en un almacén.

—¡Qué haces! ¿Quién eres? —Lo empujo, enfadada, al mismo tiempo que trato de liberarme de su agarre.

Es un hombre, su olor a recién duchado invade mis fosas nasales. El desconocido me arrincona contra la pared y crea una pequeña prisión con sus brazos a ambos lados de mi cabeza. Intento reconocer a mi carcelero, pero la penumbra me lo impide. Es entonces cuando apoya su frente sobre la mía.

—¿Quién eres tú, Sienna? —responde una voz ronca que se me hace muy familiar.

«Es imposible, Sienna, él se fue, deja de pensar en él ya».

—Sabes quién soy, genial. Ahora dime por qué me has metido aquí a la fuerza — insisto, poniendo ambas manos en su pecho para intentar apartar a la sombra que está sobre mí.

—Te he visto desde que has entrado, y solo he pensado en follarte. —Su cuerpo se acerca más al mío para susurrarme esas palabras en el oído.

—Pues yo no te he visto. Ni siquiera sé quién eres. —Me tiembla hasta la voz.

Su olor, su voz y sentir que puedo hacer esto y volver a pensar en él me está excitando. Sabe cómo me llamo, así que seguramente sea alguno de los hombres con los que me he acostado en este tiempo. Aunque no logro recordar con quién.

—Puedo ser quien tú quieras que sea, Sienna —agudiza mi nombre en su garganta.

Tengo mis manos apoyadas en su pecho, las bajo para pasarlas por el borde de su camiseta y notar su pecho en la yema de mis dedos. El contacto de su piel en mis manos me estremece por completo. Él se queda quieto mientras lo inspecciono con las manos y compruebo que está definido. Un gruñido sale de su garganta cuando mis manos pasean por la uve de su abdomen y su cuerpo se tensa al llegar al botón de su pantalón.

—¿Quién eres? —pregunto.

—Ya te lo he dicho, Sienna. Puedo ser quien tú quieras que sea.

Presiona bruscamente su cuerpo contra el mío, dejando mis manos sin margen para desabrocharle el vaquero. Y dejándome descubrir un bulto grande y firme que impacta contra mi abdomen. Baja una de sus manos por mi hombro, recorriendo mis costillas y rozando el borde de mi pantalón. Se separa unos centímetros hasta que logra desabrocharme el botón con agilidad y aprovecho para hacer lo mismo con el suyo.

—Voy a tocarte hasta que grites mi nombre.

Mete entre mis piernas la palma de su mano, abriéndose paso a través de mi sexo. La humedad que empapa mi coño le facilita penetrar entre mis labios. Desliza sus dedos de arriba abajo, acariciándome, y su contacto me hace temblar por completo. Su cara está a escasos centímetros de la mía; no me besa, pero tampoco le pido que lo haga.

—No sé quién eres —gimo—, pero no pares.

En ese mismo momento, siento cómo me embiste con dos de sus dedos. Aprieto con mi mano su miembro. Lo saco de su calzoncillo y lo agarro con firmeza. Es grande y gruesa, el tacto de mis manos no recuerda haber tocado nada así.

«Thiago», susurro para mí.

El desconocido me asalta con su mano con más fuerza, y yo lo masturbo con destreza.

—Di mi nombre —me exige, mientras gruñe fundido en el placer que ambos nos estamos devolviendo.

Solo hay un hombre por el que me ha latido el corazón, uno que nunca volverá, uno que recreo con cada hombre con el que me acuesto. Ese es uno de los motivos, por el que esto se me está haciendo tan fácil, porque siempre está él en mis pensamientos.

—Thiago —digo con un hilo de voz cuando las arremetidas de sus dedos se han vuelto más exigentes y me hace culminar.

—¡Joder!

Apoya su frente en la mía y se deja ir entre mis manos, mientras lo acaricio lentamente. Nos quedamos así un minuto, sin decirnos nada. El corazón se me ralentiza mientras lleno de aire mis pulmones. Se aparta de mí, noto un vacío inexplicable en el cuerpo. Oigo cómo se ajusta el pantalón y yo hago lo mismo con el mío. Solo entonces me atrevo a preguntarle:

—¿Vas a decirme cómo te llamas?

—Ya te he dicho que puedo ser quien tú quieras, *pajarito*.

El hombre misterioso sale de ese almacén oscuro dejándome aturdida, no me queda otro remedio que salir en busca de Fernanda, debe de estar preocupada, me he entretenido más tiempo del esperado.

—Eh, ¿dónde estabas? —dice interceptándome entre la multitud.

Le quito la copa de las manos y bebo un largo trago, el hielo casi se ha desintegrado, pero tengo calor y mucha sed. Cojo a mi prima del brazo y la guío fuera, hacia la arena de la playa.

—No te lo vas a creer —le cuento aún agitada.

—¿Dónde te habías metido? —vuelve a preguntar.

—He acabado en un almacén oscuro con un tío, no sé cómo. Y...

—¿Te lo has tirado? —Nos dirigimos hacia el agua, huyendo del ruido de la música.

—Uf, casi —reconozco, y ambas nos sentamos en la arena mirando las olas del mar, con la tenue luz de la luna reflejándose en el agua mientras bebemos nuestras copas—. Nos hemos tocado.

—¿En serio? No me cuentes esas cosas, he estado veinte minutos buscándote por todo el local y hace mucho que no tengo sexo. Ya ni me acuerdo de cómo se hace —bromea Fer—. Por lo menos, ¿estaba bueno? —Mi prima da un trago a su bebida mientras me observa extrañada.

—No lo sé, pero realmente tampoco me importa. Era un almacén oscuro y ha sido de lo más morboso.

—¡Madre mía! ¿Se la has meneado a un tío que no conoces? —Escupe por la nariz el

cubata cuando le entra un ataque de risa.

Ambas reímos y nos tiramos de espaldas en la arena, bromeando. Fer y yo somos más que primas, su padre y mi madre eran hermanos, al tener la misma edad, hemos ido al mismo colegio y hemos tenido las mismas amistades.

—¿Sabes? —confieso mientras las risas se calman—. Por un momento he pensado que podía ser él.

—Todos los hombres son él, ¿vas a poder olvidarlo alguna vez? —responde mi prima con un hilo de frustración en su voz.

—Sabes que no lo voy a olvidar nunca. Jamás.



Cuando llego a casa, son las ocho de la mañana. Por suerte mi padre estará en la ciudad, liado con sus negocios y no tengo a nadie que pueda controlarme.

—¿Dónde crees que vas, señorita?

—¿¡Papá!? —Las llaves se me caen de las manos por la sorpresa.

—¿Dónde estabas y por qué llegas a estas horas?

Mi padre está sentado en el salón con una taza de café sobre la mesa y el periódico.

—He salido con la prima. Tengo veintidós años, creo que no te debo ninguna explicación.

—Mientras vivas bajo mi techo, me debes una explicación. —Se levanta de su asiento y coge el noticiero en las manos.

—Esta también es mi casa, era la casa de mamá —replico, y veo cómo aprieta la mandíbula ante la mención de la persona que un día fue su mujer.

—Toma —gruñe, y me lanza el periódico—. ¡Esto es una vergüenza!

«La hija de Emmanuel Hernández, postulante a presidente de Colombia, ha sido vista en estado de embriaguez a las afueras de la ciudad».

En la foto, salgo con la ropa que ahora mismo llevo, haciendo *twerk* con un desconocido. No es mi mejor foto, pero no sé hasta qué punto es legal o lícito que se invada mi intimidad de esa manera.

—¡Yo no tengo nada que ver contigo y tu trabajo! —grito, enfadada.

—Te guste o no, formas parte de esta familia. Y esta oportunidad es la que he estado esperando toda la vida. No puedo permitir que una... —piensa el adjetivo que utilizar— una niñata ponga mi imagen en entredicho.

—No soy una niñata, papá, ¡soy una mujer de veintidós años!

—¿Así se comporta una mujer? ¿Como una puta?

Las lágrimas recorren mis mejillas, sus palabras son hirientes y dañinas.

—La semana que viene nos mudamos. He comprado una casa y voy a vender esta.

—No... —Un dolor agudo me oprime el corazón.

—No tendrás que venir a vivir conmigo.

Lo miro extrañada, separarme de mi padre es lo que más deseo en el mundo. Es un hombre al que no he querido nunca, y después de la marcha de mamá, no he sentido mucho más aprecio por su parte. Cuando era pequeña, prefería pasar las noches enfrascado en sus negocios y cuando llegaba a casa, siempre estaba de mal humor conmigo.

—¿Qué quieres decir?

—Máximo López me ha pedido tu mano —dice como si nada—. Es un hombre muy influyente y rico. Va a ayudarme a ganar la presidencia.

—No pienso casarme con nadie, ¿estás loco? —respondo incrédula—. Estamos en el siglo XXI. Ya no soy una niña a la que puedes manejar.

—No te lo estoy preguntando, no tienes opción. El acuerdo ya se ha cerrado. Es lo mejor para ambos...

—Será lo mejor para ti, te deshaces de mí y te llevas la presidencia con el poder de ese hombre —le reprocho.

—Es rico, no te va a faltar nunca de nada. Y una vez te cases con él, serás libre y podrás hacer con tu vida lo que quieras. No tienes mejor opción, siempre has sido una cualquiera, como tu madre.

Cierro los puños con fuerza a ambos lados del cuerpo, porque deseo poder controlarme. Su manera de dirigirse a mí siempre ha sido despectiva, para él nunca he sido su hija, nunca he valido nada.

Una lágrima silenciosa y el pensamiento de deshacerme de su dominio para siempre me hacen cuestionarme su proposición. Miro por la ventana la casa de al lado, lleva mucho tiempo vacía, tan vacía como su muerte me dejó. Nunca volveré a sentir nada, no habrá nada ni nadie que pueda borrar su recuerdo.

«¿Por qué me dejaste, Thiago? Yo te amaba».

—Con una condición —digo con tristeza—. Me casaré con ese hombre con una sola condición.

Él me mira expectante por saber de mi solicitud.

—Dispara, ¿qué es lo que quieres?

—Quiero esta casa, no quiero que la vendas.

Él se queda pensando en mi proposición, sabe que no cederé fácilmente y que esta es

una oportunidad de que me someta a sus caprichos.

—Considéralo tu regalo de bodas.

Mi padre pasa por mi lado, dejándome sola en la estancia, pero él no entiende que, desde que se fue mamá, yo siempre he estado sola.

SIENNA

CAPÍTULO 1



Meto barriga para que el vestido entallado blanco de brillantes se adhiera a cada centímetro de mi cuerpo. Estoy plantada frente a un espejo de suelo en la que, a partir de hoy, será mi habitación en mi nuevo hogar.

—Madre mía, prima. Vas a ser la novia más preciosa del mundo —me dice Fer mientras dirige la mirada hacia el espejo—. Si tu madre pudiese verte...

—¡Calla, María Fernanda! —Intento pensar en otra cosa para no llorar y evitar que se me corra el maquillaje.

Ambas estamos solas en la estancia, el novio no puede ver a la novia antes de la boda, y realmente tampoco nos hemos conocido con anterioridad. Lo único que sé de mi futuro esposo es que es inmensamente rico ya que posee las navieras más importantes de Colombia. Estas semanas me las he pasado intentando saber un poco más sobre él. Es una figura importante en el país, por lo que me ha sido fácil averiguar datos sobre este hombre.

Máximo López tiene treinta y cuatro años, doce años más que yo. A pesar de la diferencia de edad, es atractivo. Inmensamente atractivo. Rasgos angulares, piel morena, cabello ébano y los ojos más verde esmeralda que he visto nunca. Siempre viste con traje chaqueta y lo lleva arremangado a la altura del codo. Uno de sus brazos luce totalmente lleno de tinta. Lleva tatuadas calaveras con enredaderas. En la búsqueda que he hecho en

Google, sale en fotografías con muchísimas mujeres con las que deduzco ha mantenido relaciones estos años, por lo visto, es un donjuán.

—¿Eran necesarios tantos invitados? —exclama Fer mirando por la ventana.

Me acerco a ella y veo el jardín totalmente decorado con cientos de personas esperando al evento. La boda se celebrará en su propiedad, es una hacienda de tres hectáreas. Se decidió así para ofrecernos intimidad ante los medios de comunicación.

—Dime que no lo haga —le pido nerviosa.

—Si no lo haces tú, lo hago yo —me anima—. Vas a ser muy feliz. ¿Has visto esto?

Señala la habitación. Es verdad que estoy rodeada de lujos, también es cierto que separarme de mi padre ha sido otro de los motivos por el que tomé esta decisión, pero estoy intranquila. Siento que no estoy haciendo lo correcto.

—Sí, supongo... —digo muy poco convencida.

—¡Sienna! —gritan al otro lado de la puerta y me sobresalto—. ¡Es la hora!

Mi prima se acerca para abrir la puerta, mi padre me mira con una sonrisa en los labios que no me dice nada. Es la sonrisa de alguien que ha lanzado una sola ficha al rojo y ha ganado algo valioso.

—Venga, es la hora. —Fer me da un beso en la mejilla y aprieta mi mano para reconfortarme.

Mi padre me ofrece su brazo, yo se lo cojo. Hoy será el último día que lo haga. No cruzamos palabra mientras bajamos las escaleras y nos dirigimos al altar que han instalado los decoradores. Allí, de pie, está el hombre que he visto en imágenes, con un traje hecho a medida que le sienta a la perfección. Lleva el cabello peinado a un lado y su mirada curiosa se posa en mí mientras me aproximo, bajo el atento foco de los invitados.

Camino en dirección al altar improvisado, pensando cómo he podido aceptar algo así. El odio que siento hacia mi padre ha sido uno de los motivos. No volver a depender de este hombre. Aunque la razón más importante es aferrarme a alguien que me va a dar una estabilidad económica. Siendo realistas, no voy a amar a ningún otro hombre nunca, así que egoístamente he ganado dos cosas con esta unión: vivir como una reina y no tener que depender nunca más de mi progenitor.

Cuando me doy cuenta, estoy frente a mi futuro marido. Mi padre me entrega apartando mi mano de su brazo al llegar a su altura. El hombre toma mi mano y me besa el dorso.

—Mi reina, eres aún más bella en persona —me susurra.

Yo no le respondo al cumplido. Es un hombre atractivo y muy educado, pero hay algo en su mirada profunda que me hace tambalearme. Posa su mano en mi espalda para darme las fuerzas que no tengo. «¿Cómo he aceptado esto?».

—Sienna Hernández, ¿aceptas a este hombre como esposo, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte os separe?

La voz del padre resuena a lo lejos, sacándome de la ensoñación en la que me había sumido. Me giro, para que Fernanda me dé fuerzas, está sentada a lo lejos. Ella asiente con la cabeza. Sabe tan bien como yo que es mi mejor opción. Con este hombre viviré una vida tranquila y acomodada, a pesar de no poder amarlo nunca.

—Sí, quiero —respondo con firmeza.

Ya no escucho nada más, ni cuando mi ya esposo da el sí quiero, siento algo extraño mientras me pone la alianza de diamantes en mi dedo anular. Todo gira a mi alrededor. Todo pasa muy deprisa.

—Relájate, reina —me dice al oído. La presión de su mano en mi espalda cede para

agarrar mi cintura. Su gesto se vuelve más posesivo.

Máximo se separa de mí cuando los invitados, de una manera efusiva, vienen a darnos la enhorabuena. Oigo gritos y ovaciones cerca de él. Mi prima me abraza, está más feliz de lo que estoy yo.

Mi esposo se aproxima nuevamente a mí y me presenta a los familiares más cercanos mientras finjo ser la novia más feliz del mundo. Luego nos acercamos, cogidos de la mano, a la zona del jardín donde los camareros sirven cócteles entre los invitados. Un derroche de poder. Hay más dinero aquí en esta boda, que en toda Colombia. Cáterin de lujo, una decoración ostentosa... Hasta un escenario en el que el cantante más famoso del momento ha interrumpido su gira para cantar para nosotros.

Cojo un par de copas y me las bebo de un trago para poder asumir esta realidad, adaptarme a mi nueva vida y asimilar que todo esto va a ser también mío. Maluma canta la canción *Según quién* mientras los invitados bailan y levantan sus copas. No han dejado de abrir botellas de tequila en toda la velada.

Miro hacia mi esposo, que está en el otro lado del jardín hablando y riendo con sus amigos.

—Es atractivo, ¿eh? —la voz de una mujer me hace dar un sobresalto, como si estuviese cometiendo un delito por mirar al hombre al que he unido mi vida.

—¿Y tú eres?

La he visto entre los invitados y creo que ha sido uno de los familiares que me ha presentado cuando ha terminado la ceremonia. Debe de ser una mujer de mi misma edad, tiene el cabello teñido de rubio, ojos claros y piernas largas.

—Soy Yuli López, prima de tu ahora esposo.

—Ah, sí, creo que nos han presentado. Disculpa —intento ser amable.

Creo verla fingir cuando me dedica una sonrisa.

—Sí, nos han presentado —afirma con desdén—, pero, tranquila, pronto seremos mejores amigas. Para Max, la familia es lo más importante, por eso vivimos en la hacienda todos juntos.

—¿Vivís aquí? —pregunto confundida.

Cuando acepté el matrimonio, nunca pensé que tendría que aguantar también a su familia. Yuli parece verme dudar, porque me dice:

—Tranquila, la familia tenemos nuestra propia zona para vivir. Max será solo para ti.

«¿Por qué me parece que esto lo dice con retintín?».

—Es bueno saberlo. —Le doy un largo trago a mi copa mientras asimilo esta nueva situación.

Es el día de mi boda y siento que no le importo a nadie. Mi padre está entre los invitados, fanfarroneando sobre el cargo que está a punto de ganar, y a mi prima hace un buen rato que la he perdido de vista.

Máximo me mira desde el otro lado, veo como deja su bebida sobre una mesa y se dirige a paso decidido en mi dirección.

—Buenas, señoras —saluda.

—Dirás señoritas —lo reprende su prima, que no sé por qué sigue aquí a mi lado.

—Vete, Yuli, tengo cosas que hablar con mi esposa.

Ella pasa por su lado, se detiene a su altura para depositarle un beso en la mejilla y se marcha dándome la espalda. Ese gesto no me gusta.

—¿Te ha gustado la velada? —me pregunta mientras me coge de la mano—. Porque aún tengo una sorpresa para ti.

Me guía hasta la mitad del jardín, ante la atenta mirada de los invitados.

—No me gustan las sorpresas —respondo, pero su agarre sobre mi brazo me hace saber que no va a aceptar una negativa como respuesta.

—Sonríe como si fuese el mejor regalo que te han hecho en tu vida —me advierte en voz baja.

«Imbécil», pienso para mí.

Una caja gigante está en mitad del jardín trasero, decorada con la ostentuosidad de esta fiesta. Globos y cintas rosadas... Puedo imaginarme lo que hay dentro de esta caja.

—¡Una muestra de mi afecto por la mujer que me ha robado el corazón! —grita este hombre a los invitados, y que se ha interpuesto entre la caja y yo.

Me extiende la mano y yo finjo la sonrisa más falsa del mundo mientras me coge por la cintura y me ayuda a tirar de una de las cintas para poder desenvolver el regalo. Un Chevrolet Tahoe en color gris perla aparece ante mis ojos. Es un cochazo y es todo mío, así que mi sonrisa falsa se convierte en sincera, para enorgullecer al hombre con el que voy a compartir mi vida. Puedo acostumbrarme a esto fácilmente, este coche es solo un pequeño bocado de todo lo que este hombre puede poner a mis pies. Jamás lo amaré, pero ¿por qué no vivir una vida llena de lujos y obscenidades?

—Gracias. —Me acerco a él para depositarle un efusivo beso en los labios.

—Mi reina, guárdate las gracias para esta noche —gruñe en voz baja.

Me separo repentinamente para dirigirme al coche y que no note mi inquietud. Su comentario vuelve a poner en mi cabeza una situación que había olvidado en las últimas horas. Esta noche es mi noche de bodas, y mi esposo va a querer consumarla.

Entro en el vehículo para que no note que estoy ruborizada y toco los miles de botones sin saber para qué sirven. Máximo me espera apoyado en la puerta que tengo

abierta.

—¡Un brindis de despedida por los novios! —grita uno de los invitados, no puedo creer que este día, que debería haber sido el día más importante de mi vida, esté llegando a su fin.

Por un momento pienso cómo hubiera sido si mi esposo hubiese sido él, Thiago. Soñábamos con casarnos descalzos y vestidos de blanco en la orilla de la playa. Prepararíamos una mesa con bebidas y dulces, nos quedaríamos juntos hasta ver el amanecer y hacer el amor con el sonido de las olas de fondo, unos sueños muy humildes pero que llenaban mi corazón con tal intensidad, que no creía necesitar nada más.

Los invitados brindan sacándome de mi ensoñación y se aproximan a nosotros para despedirse.

—Te echaré de menos, prima —me dice ella abrazándome—, pero prometo venir a visitarte.

Le preguntaría dónde ha estado prácticamente toda la velada, aunque creo que no es el momento. Por lo despeinada que va y cómo lleva los labios de hinchados, creo que me lo puedo llegar a imaginar, así que no soy nadie para culparla.

—Debes de estar agotada, pero te he preparado otra sorpresa. —Esta vez Máximo se acerca tanto a mí, que puedo sentir el calor que desprende su cuerpo, me coge de la cintura posesivamente y me guía hacia el que se ha convertido en mi nuevo hogar.

—No me gustan las sorpresas —repito.

—El coche te ha gustado, y esta seguro que la vas a disfrutar.

La forma en la que lo dice hace que mi piel se erice. Ha llegado la hora de la verdad y estoy nerviosa. Me he acostado con algunos hombres, solo he tenido que cerrar los ojos y dejarme llevar y disfrutar. Pensar que eran sus manos y su aliento el que me acariciaba el

cuello, cada vez que un hombre me ha poseído carnalmente.

Entramos en una habitación, primero lo hago algo indecisa, pero he decidido tomar las riendas y el control. La cama con dosel está hecha a la perfección, encima hay un ramo de rosas rojas y una cesta con frutas. Me quedo mirando la que será mi habitación a partir de ahora, y miles de perversiones se me vienen a la cabeza, deseo que sea bueno en la cama, porque esto es lo que voy a tener el resto de mi vida y si no voy a poder amarlo, deseo poder deshacerme por completo con él. Se pega a mi espalda y me abraza desde atrás tocando desde mi vientre hasta mis senos. Su erección impacta contra mi trasero.

—Bienvenida a mi casa y a mi cama. Ahora también son tuyas.

Muerde mi hombro y yo gimo, no puedo verlo ahora mismo y eso facilita lo que tanto anhela mi cuerpo. Me desabrocha la cremallera del vestido y lo deja caer al suelo.

—No sabes lo que he tenido que contenerme para no follarte encima de la mesa delante de todos los invitados.

Me inclina sobre la cama con las manos por delante y apoyo los codos. Rápidamente, me abre las piernas con los pies, dejando mi sexo a la vista de su mirada perversa, cubierto solo por el hilo del tanga. El sexo me palpita, no puedo verlo, pero noto su abrasadora mirada sobre mí y eso me excita. Aparta mi ropa interior con un dedo y lo pasa por mi abertura. Gimo ante el pensamiento de que sea otra persona la que me ha puesto así.

—Ahora eres mía y tu cuerpo me pertenece por completo, si supieras la de cosas que he pensado hacerte, no habrías aceptado.

—Eso quizá nunca vayas a saberlo —me envalentono. Soy una mujer a la que le gustan el sexo y las emociones fuertes, pero nunca he estado con un hombre con tanta diferencia de edad y que emane esta necesidad.

—Sube a la cama, como una perra.

Me mete dos dedos, y la intrusión hace que mis manos agarren la colcha con fuerza.

—Dime que eres mía, que tu cuerpo me pertenece y que también lo hace tu corazón.

Hago lo que me pide, subo mis rodillas quedando a cuatro patas y me muevo por encima de las rosas, dejando mi sexo aún más expuesto. Max se recrea en las vistas que sé que lo han puesto tan eufórico, porque yo también necesito saber que esto va a ser placentero para él.

Me da una cachetada en la nalga, avanza hasta quedar justo detrás de mí y noto como las durezas de sus manos arañan la piel de mis caderas cuando me agarra con fuerza.

—Hazlo —le suplico—. Hazlo ya.

La impaciencia de tenerlo dentro está consumiéndome por dentro.

—Dime que eres mía, que toda tú me perteneces.

No digo nada. No puedo. Decir algo que no es cierto traicionaría a la persona que una vez sí amé, puede que mi cuerpo sea suyo de maneras inimaginables, pero mi corazón es de otro.

Pasa la palma de la mano por mi sexo, apretando mi coño a su paso.

—¡Dilo! —Otra palmada impacta en mi nalga.

—Mi cuerpo es tuyo... —respondo con un hilo de voz.

—¿Y ¿tu corazón?

No respondo a esa pregunta, porque no tengo una respuesta convincente para darle sin que suene una mentira.

—No voy a follarte hasta que tu corazón no sea mío —gruñe en mi oído mientras me introduce ambos dedos y noto como mis paredes lo abrazan. Lleva unas alianzas grandes que rozan en mi sexo—. Escúchame bien, Sienna —dice mientras sus dedos juegan en mi

interior, yo solo puedo gemir—. Voy a romperte el corazón en mil pedazos, voy a destruirlo, haré con él lo que quiera y luego, cuando logre recomponerlo, será mío. Me amarás con tal fuerza, que dejarás que te ate a mi cama como a una perra.

No es romántico, no esperaba que lo fuera. Ahora dudo de haber hecho lo correcto, pero sus palabras me estremecen el cuerpo con tal fuerza, que me corro en sus dedos. No voy a poder entregarle lo que me pide, mi corazón ya está roto y no hay nada que lo pueda recomponer, pero mi cuerpo ahora desea tenerlo, aunque solo sea un deseo carnal desbocado.

Salgo de la habitación y me dejo recomponiéndome sola en la cama. Me quedo tumbada de lado y cojo una rosa del ramo que está esparcido por todo el lecho para olerla con fuerza. Una espina se me clava en el pulgar haciéndome derramar unas gotas sobre las blancas sábanas, como lo hace mi destrozado corazón.

La respiración se me calma y miro estas cuatro paredes, sintiendo la soledad, «no puede ser verdad que me haya dejado sola en nuestra noche de bodas». Tampoco creo en su palabra cuando dice que no va a tocarme hasta que le entregue mi corazón, porque no se le puede dar a nadie, algo que ya no se tiene.

SIENNA

CAPÍTULO 2



Me levanto entre sábanas de hilo. Doy unas vueltas con la mirada a la habitación para cerciorarme de que no ha sido un sueño y esta es mi nueva vida. Desayunos en la cama, comidas preparadas, ropa de lujo en mi vestidor y bolsos de marca. El sueño de toda mujer hecho realidad. Por el día salgo de compras a gastar todo lo que ahora poseo sin mirar si podré llegar a final de mes, es una vida a la que una se puede acostumbrar muy rápido.

El desayuno está sobre la mesita que hay en un lateral de la habitación, como todas las mañanas, aún no me habitué a tener que compartir la casa con parte de su familia. Su prima, Yuli, no deja de insistir para que salgamos juntas, pero no confío en ella y no deseo pasar más tiempo del necesario en su compañía, por lo que desayunar sola mientras veo las noticias de los últimos avances políticos, se ha convertido en un ritual.

—¿Ha terminado ya de desayunar?

Mercé, mi asistente privada, entra sin avisar para llevarse los restos de comida.

—Sí, puedes retirarlo.

Se pone a recoger y deja los utensilios y la suciedad en una bandeja de plata.

—¿Está todo bien? No baja a desayunar con los López y cuando vengo a traerle el desayuno su esposo no está —pregunta con curiosidad, pero parece arrepentirse en el

momento en que formula la pregunta—. Disculpe, no debería haber preguntado eso.

—No importa, es reconfortante que alguien quiera saber de vez en cuando si te encuentras bien —aseguro, cogiéndola de la mano, ella la retira y me mira.

Mercé es una mujer rubia de pelo ondulado, tiene unos cuarenta años y debe de medir un metro cincuenta y cinco. Hay algo en ella que me transmite confianza.

—¿Cuánto hace que trabajas aquí para mi esposo?

—No llega a un año, no tenía trabajo y encontrar esto fue un golpe de suerte —me cuenta.

—¿Qué sabes de su familia? ¿Por qué viven aquí?

Mercé deja la bandeja sobre la mesa y se sienta a mi lado, como si la historia que va a contarme fuese muy larga.

—Solo viven Yuli y Javier José, sus primos. Los deja vivir en unas casas que hay al lado de la hacienda principal, aunque su prima se pasea por todo este lugar como si fuese la dueña.

—Ya veo... —murmuro volviendo a coger su mano—. Tranquila, puedes contarme todo lo que sepas, aquí no tengo a nadie y ahora mismo la dueña de esto soy yo.

—La madre de los señoritos murió, ese día su padre se convirtió en un auténtico monstruo y descargaba su ira en sus hijos, así que Máximo los recogió.

—Yo también me haría cargo de mi prima si fuese necesario, ella y mi tío son lo único bueno que me queda.

Me paso largo rato hablando con esta mujer, poco a poco va soltándose y abriéndose a mí, aunque noto que hay cosas que no es capaz de contarme, sabe más de lo que habla, porque elige con mucho cuidado sus palabras.

—¿Tú tienes a alguien?

—Si la pregunta es si salgo con alguien, sí, pero es difícil de explicar.

—Hola, mi reina —la voz de mi recién estrenado marido sobresalta a Mercé que se levanta de un salto de la mesa en la que estamos hablando.

Me levanto también y voy en su dirección para darle un casto beso en los labios. Mercé pasa por nuestro lado mientras Máximo le dedica una mirada de desaprobación.

—Le he pedido que se sentara y me diera conversación, me siento muy sola en esta casa —digo con sinceridad.

—Podrías dejar de evitar a Yuli, ahora es tu familia —me reprocha mientras me recoge el cabello detrás de la oreja—. Me ha dicho que cree que la evitas y, la verdad, no entiendo muy bien el porqué.

«Genial, lo que me faltaba, ya le ha ido con el cuento».

Me está pidiendo una explicación, un derecho que una mujer libre tiene y yo no.

—Preferiría tener a la mía aquí —replico.

—Tu prima puede venir a visitarte cuando gustes, pero tienes que hacer un esfuerzo por congeniar con la mía —vuelve a reprocharme—. Hoy he hecho una reserva para salir a cenar, Yuli te está esperando para salir de tiendas, cómprate lo que necesites.

No me gusta sentirme obligada, pero es que no puedo estar toda la vida evitando a esa mujer. Así que asiento para confirmarlo. Me despido y bajo las escaleras, Yuli me está esperando en el jardín apoyada en mi coche mientras mira su iPhone.

—Buenos días, prima.

«Si supiese cuánto odio que me llame así».

—Hola, Yuli, me ha dicho Max que querías acompañarme al centro comercial.

—¿Max? —ríe—. ¿Ya es Max para ti? Veo que no has tardado nada en quedarte prendada de mi primo. Es normal, es un hombre demasiado atractivo y rico para serle indiferente a ninguna mujer.

Le sonrío con falsedad. Alguien debería decirle a esta tía que su comentario está fuera de lugar.

—Es mi esposo, puedo llamarlo como me plazca —repongo con altanería.

Me dirijo al lado del conductor, pero uno de sus hombres está en la puerta listo para conducir mi coche.

—Buenos días, soy Esteban, y hoy seré yo el que conduzca su *carro* —me dice uno de los hombres de mi esposo.

—Puedo *manejar* yo sola.

—Deja que él conduzca, es tedioso manejar para una mujer, qué mejor que la mano de un hombre.

—Soy mujer y no se me caen los anillos por conducir.

—No se ofenda, señora, pero tengo órdenes del patrón, y si no acepta, creerá que he fracasado en mi labor. Déjeme que yo *maneje*.

—Deja a este hombre que conduzca, Sienna, o mi primo le cortará las pelotas —resume Yuli.

Veo la súplica en sus ojos, por lo que le doy las llaves y me monto en el coche sin volver a replicar. Yuli se sienta en la parte trasera conmigo.

—Esteban, al centro comercial —ordena ella.

Pasamos el día comprando vestidos, bolsos y muchas más cosas que no necesito. El desasosiego de haberme casado sin amor, lo compenso gastando sin cuidado su dinero.

«No sé por qué me eligió a mí, pero este capricho le va a costar muy caro».

Paramos a comer, hablamos de vestidos, de moda y de la cantidad de dinero que gana mi marido en su empresa de transportes marítimos.

Llegamos a la hacienda y, un poco más tranquila y relajada con Yuli, subo a mi recámara para arreglarme para la cena de esta noche. Máximo tardará en llegar porque siempre está sumido en sus negocios y, la verdad, a mí me gusta disfrutar de mi soledad. O eso creía, porque de pronto lo encuentro apoyado en el marco de la puerta, lleva un traje chaqueta negro impoluto y está mirando su Rolex. Debe ser de diamantes por lo que brilla.

—Eh, buenas, ya estoy lista.

Me aproximo a él algo cohibida, aunque intento fingir seguridad, no es la primera vez que viene a buscarme y se apoya en el marco de la puerta de mi habitación y se queda ahí parado, mirando su reloj u observándome fijamente. Creo que está intentando intimidarme, he llegado a pensar que busca acobardarme de tal manera, que me entregue a él por completo, desea que le diga que se meta entre mis piernas aun sabiendo que habrá consecuencias, sean cuales sean.

Me coge de la cintura y presiona su cuerpo contra el mío antes de depositar su cabeza en el hueco de mi cuello.

—Estás preciosa. —Siento su aliento rozar mi oído.

Doy un paso atrás como si su contacto me quemara, su labio se levanta y casi esboza una sonrisa.

—Venga, vamos, será mejor que nos marchemos ya, mis primos deben de estar esperando y tengo una sorpresa para ti.

Me pongo a su lado y bajamos juntos las escaleras. Efectivamente, Yuli está con un vestido rojo ceñido al cuerpo esperándonos en el segundo escalón de las escaleras de

mármol.

—Por fin, creía que no veníais —replica de brazos cruzados.

Javier José llega a paso acelerado a nuestra altura y se une a nosotros mientras ofrece una disculpa por la impuntualidad.

—Lo siento, un problema con uno de los cargamentos.

Noto la tensión de Máximo al lanzarle una mirada a su primo, como si algo de lo que ha dicho estuviese fuera de lugar. Aunque soy testigo de todo, no entiendo nada. En este momento, me siento totalmente desubicada entre ellos.

Subimos al coche que conduce Javier, es un 4x4 con los cristales tintados. A mitad de camino, noto como alguien nos sigue. Veo a través de la luna trasera un coche idéntico al que vamos montados y entiendo que son los hombres de Max. Finalmente, paramos en el *parking* de uno de los mejores restaurantes de Colombia. Nunca he podido permitirme entrar, pero sí había pasado por la puerta. Una vez dentro, nuestra camarera nos guía hacia nuestro reservado, donde nos sentamos los cuatro. En todo momento se dirige a mi marido con una espléndida sonrisa en los labios, lo observa con demasiada familiaridad.

—¿Nos puedes traer la carta? —la interrumpo por el repaso que le dedica a mi esposo. Ella arquea una ceja, confundida.

—¿No vas a querer lo de siempre, Max?

Efectivamente se conocen, porque «lo de siempre» suena a que es cliente asiduo a este restaurante y ese diminutivo en sus labios me hace sospechar que ha pasado algo más entre los dos.

—Hoy dejaremos que elija mi estrenada esposa —responde con bravuconería.

A la mujer parece no hacerle ninguna gracia porque me dirige una mirada fría con una sonrisa fingida. Saca de su delantal la carta y me la entrega directamente.

Yuli está replicando y pidiendo explicaciones de por qué a ella nunca la dejan elegir. Miro la minuta de arriba abajo, son platos demasiado elaborados y no tengo ni idea de qué pedir, pero no pienso mostrar debilidad ni ante esta mujer ni ante nadie.

—¿Qué me recomiendas? —le pregunto señalando la lista.

—Su esposo siempre pide arroz especial y la variedad de pescado.

—No hemos venido a comer lo de siempre, hoy quiero algo *diferente*. ¿Qué me recomiendas? —le pregunto con desdén—. No te cortes, tenemos los mismos gustos, no será muy difícil hacerme una buena recomendación.

La mujer se sonroja ante la insinuación. No soy una mujer celosa, pero sí lo estoy. Se le ha insinuado descaradamente, aun sabiendo que venía acompañado, así que me parece una total falta de respeto hacia mí. Es más que evidente que se han acostado, pero podría por lo menos disimularlo.

Un carraspeo corta la tensión. Máximo coge mi mano para calmarme. Yuli se adelanta y aprovecha para pedir lo que siempre ha deseado.

—No tienes por qué estar celosa, solo tengo ojos para ti —me susurra al oído, y su voz áspera me provoca un escalofrío.

—No estoy celosa —me defiendo.

No entiendo cómo he podido actuar así, pero lo he hecho.

—Pues no es lo que parecía. Por un momento he creído que saltarías encima de esa mujer, aunque sinceramente, prefiero que saltes encima de mí.

Lo miro a los ojos al mismo tiempo que su primo carraspea. Ahora mismo no hay nada que pueda cortar nuestro contacto visual. En sus ojos puedo percibir el fuego, los míos lo reciben con furia.

—Necesito ir al baño un momento —me excuso.

Aprieta su mano contra mi muslo, pero no impide que me levante ante la atenta mirada de todos y me dirijo a los lavabos para refrescarme. Hasta el baño es exclusivo y de lujo, el color blanco inunda cada rincón. Me echo bastante agua fría sobre la cara tratando de no estropear mi maquillaje. Estoy algo alterada. De pronto escucho un ruido extraño, siento que no estoy sola, que hay alguien observándome. Miro a mi espalda a través del espejo, pero no hay nadie. Cierro el grifo y cuando voy a abandonar el baño la luz se apaga, alterándome y sintiendo un terror repentino.

Una mano agarra mi cintura y me tapa los labios para evitar que grite. Mi captor aprisiona mi espalda contra su cuerpo.

—No grites —me pide esa voz que se me hace tan familiar. El hombre de la discoteca de hace unos meses está detrás de mí.

Me libera lentamente del agarre, pero sin soltarme.

—¿Quién eres? Y, ¿qué haces aquí? —Intento darme la vuelta, aunque él me lo impide—. ¡Déjame, ahora soy una mujer casada!

No responde, pero su agarre se hace más fuerte sobre mi cintura y se aprieta contra mí, donde un bulto grande y duro se restriega contra mi espalda. Me quedo muy quieta cuando la mano que me sujetaba pasa con lentitud entre mis senos y baja por mi ombligo. Echo la cabeza hacia atrás más visiblemente afectada cuando esos dedos están cerca de meterse entre mis muslos.

—¡Para! —Aprovecho su desconcierto para separarme de él en la oscuridad.

—No vas a poder escapar de mí, *pajarito* —susurra entre dientes y el sonido de su voz trae recuerdos a mi mente.

¿Es la voz de mi marido? Porque me ha parecido volver a escuchar su voz, pero

también la de mi amado, la de Thiago. Desecho ambas opciones de mi cabeza y me dirijo a la mesa envuelta en un amasijo de nervios.

—Pensaba que te había tragado el váter —dice Yuli.

Aparto mi mirada con un comentario mordaz a punto de salir de mi boca, pero se disuelve en mis labios cuando me percató de que Máximo no está sentado en la mesa. Cuando voy a preguntar dónde se ha metido, sus brazos rodean mi cintura desde atrás.

—¿Dónde estabas? —pregunto aún con el corazón acelerado. La posibilidad de que haya podido presenciar algo de lo ocurrido en el baño me pone en alerta.

—¿Dónde estabas tú, esposa? Solo había ido a buscar una bebida.

Javier vuelve a carraspear.

—Deja de hacer eso —le replica a su primo.

Nos sentamos alrededor de la mesa, la cena está caliente y humeante. Máximo coge mi plato y me sirve él mismo de una fuente eligiendo mi comida.

—No me gusta el arroz —le advierto. Él echa una cucharada más.

—Te lo comerás —exige.

—¡No voy a comerme algo que no me gusta! —digo algo más enfadada, pegando un manotazo en la mesa.

Yuli ríe por lo bajo, Javier remueve la comida de su plato y mira a su hermana, ambos tienen la atención puesta en su primo con una sonrisa en los labios.

—Y a vosotros, ¿qué es lo que os hace tanta gracia? —Pega un puñetazo en la mesa. Su sentido del humor es nulo, visto lo visto—. ¡Fuera de aquí!

Ambos cogen su plato de la mesa y se marchan a otra zona del restaurante. No conocía este lado de él, pero si cree que voy a comerme lo que me pida, es que no me

conoce. Me muevo un asiento para poner distancia entre él y yo.

—Se me ha ido el hambre —le anuncio de mala gana.

—Mi reina —murmura en voz baja. Se desplaza también para volver a estar a mi lado —. Creo que no me has entendido. Si te pido que pruebes el arroz, lo pruebas.

Me aproxima el tenedor a los labios, me lleno la boca con lo que me ofrece y su mirada oscura me penetra mientras mastico. Tengo que reconocer que es el mejor arroz que he probado en la vida, está realmente bueno, pero también debo decir que no lo reconoceré.

—¿Contento? —Estoy furiosa—. No puedo creer que te hayas puesto así por un simple arroz.

—¿Un simple arroz? No estoy acostumbrado a recibir un «no» como respuesta —me aclara en voz baja—, he hecho cosas que no te gustaría ver por mucho menos, y tú has provocado que quiera inclinarte sobre mi regazo, bajarte las putas bragas de encaje que yo mismo te he comprado y llamar a la camarera para que presencie cómo te azoto mientras me pides clemencia.

Un escalofrío me recorre el cuerpo. Es enfermizo, pero ha conseguido provocar una punzada en mi bajo vientre. De manera inconsciente, alcanzo el cuchillo que queda cerca de mi mano derecha y lo rodeo con fuerza ante las salvajes palabras de este hombre.

—No te atreverías. —Levanto el objeto punzante y lo amenazo. Él se aproxima más a mí, dejando que lo apunte directamente al corazón.

—No sabes de lo que soy capaz, Sienna. —Me arrebató el cuchillo y pincha algo de carne que hay sobre su plato—. Cuando decidiste ser mi esposa, deberías haber leído la letra pequeña. Que no te haya tomado ya, no quiere decir que no pueda hacer contigo lo que quiera. Así que no juegues conmigo.

—¿Crees que soy una *cualquiera* a la que poder humillar y manejar a tu antojo?

Mi enfado es descomunal, este hombre ejerce una influencia tan fuerte en mí que no sé si abalanzarme sobre él para clavarle el cuchillo, o para hacer lo que debería haber hecho nuestra noche de bodas aquí en mitad de este restaurante de lujo.

—Las cuales pasas por mi cama sin rechistar, pero no son más, tú sí. Así que si te pido que comas arroz, te lo comes, si te pido que sonrías, lo haces, y si te pido que me comas la polla, te arrodillas delante de todo este puto restaurante y me la comes. —Aparto el plato hacia el centro, haciéndole saber que eso no va a pasar.

Él esboza una sonrisa contra mi oído. Cada vello de mi piel se eriza, cierro los muslos porque el enfado ha pasado a pensamientos sucios y salvajes. Intento enmascarar la turbación que se apropia de mi cuerpo para que Max no se percate de los pensamientos que invaden mi mente.

—Si así conquistas a las mujeres con las que te acuestas, es que están tan enfermas como tú.

—No te preocupes, mi reina, habrá un día en el que me suplicarás, te arrodillarás ante mí y me pedirás calmar tu sed, entonces te castigaré por este día y por los que sé que están por llegar. Te destrozaré carnalmente y cuando vuelvas a recomponerte, solo estaré yo para sostenerte.

MÁXIMO

CAPÍTULO 3



Dos días hace que no la veo. La evito deliberadamente porque soy un animal que necesita calmar su hambre, pero aún no está preparada, quiero que cada parte de ella sea completamente mía. No creo en el amor, pero nunca he deseado tanto tener algo a mi merced. Y no estoy acostumbrado a que me nieguen nada, mucho menos a que me rechacen.

—¿Estás o no estás? —refunfuña Javier—. Te estoy diciendo que tengo a dos hombres del cártel de los Escorpiones en nuestras caballerizas y tú no sé en qué estás pensando.

—Eres un imbécil. —Lo empujo con el hombro—. Lo que no sé es cómo no te he pegado un tiro entre ceja y ceja.

—Porque somos familia, ¿recuerdas? —Sabe que la familia es mi único punto débil.

—Déjate de gilipolleces y dime dónde están esos hijos de puta.

—Los ha encontrado Esteban, han conseguido matar a tres de nuestros hombres, pero una de las balas ha logrado alcanzar a uno de ellos y ha sido cuando nuestros hombres han podido darles caza —me explica mientras caminamos en dirección a las caballerizas hombro con hombro—, están atados y llevan el tatuaje de los enemigos.

Reviso que llevo la pistola colocada bajo la americana, si son del cártel de los

Escorpiones, tienen el control de Medellín, y ahora mismo están en serios problemas. Primero averiguaré por qué han osado cruzar a mi territorio, segundo haré que supliquen por sus vidas y, finalmente, los mataré como la basura que son.

—¿Los habéis dejado conscientes?

—A uno no le quedan dientes, Esteban lo ha molido a puñetazos, no solo ha matado a tres hombres, también han herido a su mujer —contesta—, al parecer la han sorprendido en mitad del tiroteo y una bala la ha alcanzado en el vientre.

—¿Se pondrá bien?

—Ella sí, pero la mujer estaba encinta, han perdido al bebé.

Algo en mi interior me hace retorcerme, no es que sienta algún tipo de instinto paternal, y menos por un bebé que aún no he conocido, pero me apena pensar en la situación por la que está pasando uno de mis hombres. También el pensamiento de que podría ser el vientre de mi esposa el que podría haber sido alcanzado me enfurece por completo.

Cuando entro en una de las cuadras, ahí tienen a dos hombres delgados y completamente bañados en sangre. Mis hombres les han dado una buena paliza a ambos. Están atados y abren lo que pueden la retina para poder observarme.

—Vaya, el gran Máximo López —ríe y tose a la vez el hombre de mayor edad.

—Señor Máximo para ti. —Me pongo frente a él que aun sin poder con su cuerpo me mantiene la mirada—. ¿Qué hacéis en mi casa y en mis tierras?

—¡Estas no son tus tierras, tu padre nos las robó! —gruñe furioso.

El cártel más poderoso de todo Colombia es mío, fui el sucesor al morir mi padre, y puede que sea cierto que mi padre, el mismísimo Satán, robara lo que yo ahora poseo, pero uno no es el mayor narcotraficante de todo el país siendo una buena persona, así que todo

esto ahora es mío.

—Te voy a hacer una pregunta, viejo. —El hombre me mira y esboza una sonrisa socarrona—. Si me quedo tu reloj, ¿vendrías a buscarlo? —Saco mi pistola lentamente y se la paso por el hombro—. Claro que vendrías a buscarlo, creerías que es algo que aún te pertenece, pero resulta que la persona que te lo robó ya es el dueño. Solo un necio volvería para intentar recuperarlo.

—Si vas a matarme, ¡hazlo ya! —grita desafiante.

—No... —suplica el más joven, sacudiendo su cuerpo e intentando deshacerse de las ataduras.

Miro en su dirección apartando la pistola de su hombro y se la pongo en la cabeza al más joven. El hombre me mira y aprieta la mandíbula.

—Pero hay algo que no vuelve. —Lo miro con odio—. Nadie vuelve después de la muerte. Así que solo tengo que matar a los que crean que lo mío les pertenece.

—¿Crees que por casarte con la hija del candidato a la presidencia será todo tuyo? —se carcajea, y sigue tosiendo sangre—. Puede que yo ya esté muerto, pero pronto la matarán y luego harán lo mismo contigo, *¡gonorrea hijueputa!*

Le pego dos tiros en la cabeza. La mención de mi esposa me ha puesto muy enfermo, nadie va a tocarla, es mía, mi familia.

El chico se intenta liberar de la silla en la que está atado, furioso por la muerte de su compañero. Me limpio la mejilla con la punta caliente de mi pistola, su sangre me ha salpicado.

—¡Soltad al muchacho fuera de los muros de la hacienda! —ordeno mientras Esteban y dos de mis hombres, niegan con la cabeza.

—No podemos dejarlo libre después de lo que ha hecho —replica mi primo Javier.

—Le dirás al jefe de tu cártel que estamos en guerra —me dirijo al muchacho, haciendo caso omiso a lo que ha dicho mi primo—. Nadie viene a mi casa a amenazarme. Colombia es mía y si aún seguís con vida es porque yo he decidido que así sea. Si alguien toca a mi esposa, no habrá rincón de este país ni de este mundo, que no barra con mis balas.

—No vamos a dejarlo vivo. —Javier desenfunda su arma y se la pone al muchacho en la cabeza. Automáticamente yo pongo la mía en la de mi primo.

—He dicho que vais a soltarlo.

Javier se lo piensa y baja su arma. Por mucho menos, le hubiese volado los sesos a cualquiera de mis hombres.

—¡Desatadlo y lleváoslo! —Mis hombres hacen lo que les pido.

—Esa mujer te ha ablandado —escupe mi primo.

Le asesto un puñetazo en la mejilla y él cae hacia atrás. Le doblo en altura y anchura, no me duraría ni medio asalto.

—No vuelvas a desobedecer una orden. Aquí soy yo el que manda.

Me dirijo furioso hacia la hacienda antes de hacer algo de lo que me pueda arrepentir. Cuando llego, subo los escalones de dos en dos, el único pensamiento que tengo es desfogarme contra mi saco de boxeo para no cometer una locura. Debo recordarle a mi primo que me debe un respeto, que si sigue con vida es gracias a mi compasión, solo me debe gratitud.

Subo enfurecido con la mirada baja, su olor a perfume Chanel me hace saber que Sienna está a mi altura en las escaleras. Intenta pasar por mi lado sin mirarme, pero la cojo del brazo para retenerla con fuerza.

—¿A dónde vas? —le gruño.

—¿Acaso te importa? —Intenta deshacerse de mi agarre—. ¡Suéltame!

La suelto y da dos pasos atrás tropezando con el escalón, así que la sujeto para que no caiga. Presiona su cuerpo contra el mío y no puedo entender cómo ese contacto puede afectarme tanto. Sienna es una mujer explosivamente bella, tiene las curvas pecaminosas de una diosa y el cabello negro ébano ondulado le cae por delante llegando casi hasta su cintura. Lleva un vestido blanco de rejilla que se le amolda a unos redondeados pechos y esas curvas tan prominentes. Su piel morena, sus ojos negros y esas ganas de tocarme los huevos me está volviendo realmente loco. He tenido mujeres bellísimas en mi cama, ninguna como ella.

—Eres mía, así que si te pregunto a dónde vas, me respondes.

—Voy a obligar a los empleados a comer arroz —me espeta—. Que sepan quién tiene el poder.

No estoy de humor para lidiar con el sarcasmo de esta mujer. Una falta de respeto más y la subiré a mi habitación, le arrancaré el vestido, la inclinaré sobre mis rodillas y la azotaré hasta que aprenda a respetarme.

—No juegues con mi paciencia...

—No sabía que la tuvieras.

—Sube y coge tus cosas, esta tarde salimos de viaje —le ordeno en un intento por zanjar el tema.

Tengo una mansión en la isla Acresana y después de este ataque lo mejor es que la mantenga una semana aislada de esto. Ella vive ajena a mi vida, y ahora mismo es un blanco fácil para mis enemigos.

—¿Nuestra luna de miel?

—Tómalo como otro regalo de bodas.

Ella pone los ojos en blanco. Paso por su lado y subo a mi habitación donde entro pegando un portazo. Agarro la lámpara de noche y la lanzo contra la pared, haciéndola añicos.

SIENNA

CAPÍTULO 4



Tiro la maleta sobre la cama y meto todo tipo de ropa y complementos. La idea de salir de esta hacienda me pone de muy buen humor, nunca he viajado más allá de la capital. Toda la vida me he sentido como un pájaro encerrado en una jaula.

Mercé entra en la habitación para ayudarme con el equipaje, y yo aprovecho para bajar a la cocina a servirme un vaso de agua y calmar así mi sed.

—Ten paciencia con mi chico.

La voz de una mujer me sobresalta. Me giro y veo que una señora, que se me hace muy familiar, está sentada en la mesa de los almuerzos.

—Soy doña Salomé, tu suegra —aclara ante mi escrutinio, pues estaba intentando ubicarla para saber quién era. La imagen de esta mujer el día de mi boda me viene a la mente, a pesar de que nadie me la presentó y ella tampoco se acercó para conocerme.

—Hola —digo escueta mientras doy un largo trago de agua.

—Máximo es más de lo que ves —continúa con las explicaciones que nadie le ha pedido—, sé que puede parecerle un hombre duro, realmente lo es, pero puede ser un buen hombre si tiene a una mujer que lo guíe.

—No creo que su hijo sea de los hombres que se dejen *aconsejar* por una mujer —respondo con total sinceridad.

—Los hombres hacen cualquier cosa por una mujer si se enamoran.

—Usted sabe tan bien como yo que este matrimonio ha sido una farsa, así que ahórrese el sermón.

La mujer ríe, se levanta y se dirige hacia mí, luego se apoya en la barra y se sirve un vaso de agua.

—Máximo cosecha poder, una fortuna y tiene listas de mujeres enormes llamando a su puerta. Pero ahora sé por qué te eligió a ti como esposa.

Esta mujer es una ilusa, Máximo ni siquiera me conocía cuando decidió hacer un trato comercial con mi padre. Lo que no entiendo muy bien, es lo que ganaba él tomándose como su mujer.

—¿Estás lista? —Su voz me sobresalta.

—Hola, cielo, he bajado un rato a que me diera el aire —le dice Salomé a su hijo.

—Hola, madre, no he tenido tiempo de avisarte, pero vamos a pasar unos días en la isla. Lo he estado pensando y no hemos disfrutado de una luna de miel.

—Claro, tienes derecho a disfrutar de tu casa y de tu mujer. —Max se acerca a su madre para depositarle un beso en la mejilla—. Ve tranquilo.

La señora Salomé me sonrío con extraña ternura antes de irse.

—Hija, cuida de mi chico.

Máximo gruñe y a mí me da por sonreír. Pone su mano en mi espalda para salir de la casa.



Un yate de dimensiones gigantescas nos espera amarrado en el puerto. Máximo deja su mano en mi espalda mientras me guía ante la atenta mirada de la gente. Mire donde

mire, todo el mundo nos observa. Él ajusta sus gafas de sol y continúa con total seguridad por la pasarela, como si de un modelo de Dolce Gabanna se tratara. Lo miro de reojo, pero él sigue su camino con seguridad.

—Señor... —Un hombre de mediana edad lo saluda, él aparta la mano de mi espalda y sube al yate pasando por el lado del hombre.

—Señora... —El hombre me ofrece su mano y me ayuda a subir al barco—. Bienvenida a su yate —me dice mientras lo miro perpleja—. Sí, señora. El Sienna solo tiene un par de días, se compró y se bautizó con su nombre.

Máximo ya está en la zona de proa, lo veo sacar una botella de una barra y llenarse una copa. Se desabrocha la camisa dejando al descubierto parte de su pecho, y puedo ver que lleva un tatuaje a un lado, pero no logro distinguirlo con claridad. Se sienta, cruza una pierna y bebe de su copa hasta que me encuentro a su altura.

—¿Te gusta lo que ves?

Aparto la mirada para no admitir que he intentado traspasar la camisa porque la curiosidad de ver la tinta me ha excitado.

—El barco es precioso, gracias —respondo con sarcasmo—, no hacía falta que le pusieras mi nombre.

—¿Prefieres que le ponga el nombre de otra mujer? —Se aparta las gafas de sol y las deja a un lado, sus ojos verde esmeralda me penetran y hacen que me arda la piel.

No le quiero, pero siento un deseo intenso hacia él. Me provoca con cada acto, con cada palabra, me abrasa la piel cuando la roza con su mirada. El recuerdo de nuestra noche de bodas, la manera en la que me tocó, solo auguraba el principio de lo que este hombre podría hacerme en la cama. Esa estúpida idea de mantenerme en castidad solo hace aumentar su supremacía, quiere tenerme en cuerpo y alma porque le gusta tener el control.

Es un hombre que emana poder y está acostumbrado a dar órdenes y eso es lo que anhela en el fondo de mí, que me arrodille ante él y lo venere como hace todo el mundo.

—Puedes ponerle el nombre que te plazca, es tuyo —le digo mientras miro las olas del mar.

—Entonces, ¿puedo cambiarte el nombre a ti también?

—¿Te divierte intentar atormentarme?

—Si quieres que le cambie el nombre al barco, tengo muchos nombres de mujeres donde elegir.

«Será imbécil», pienso, y me siento en uno de los sillones de enfrente mientras lo fulmino con la mirada.

—Podríamos ponerle un nombre de hombre, yo también tengo una gran agenda llena de posibilidades —respondo en un gruñido, esta conversación me está poniendo de muy mal humor.

—Hazlo, mañana cada uno de esos hombres aparecerá en su cama con un tiro en la cabeza.

—No te atreverías...

—Tú no sabes de qué soy capaz —me interrumpe—. Así que yo de ti, no me pondría a prueba.

Lo miro furiosa, no puede ser que haya insinuado matar a los hombres con los que me he acostado, aunque no haya nombres que recordar, excepto uno, y ese ya está muerto. Cierro los ojos al acordarme de él, porque si no lo tengo presente puedo fingir que ya no existe en un lugar de mi corazón.

—Lo tendré en cuenta, *esposo* —lo último lo digo con retintín.

Después de unas horas de viaje y varios reproches, odio más al que es mi marido. Empiezo a preguntarme si fue una buena idea aceptar esto, porque lidiar con este hombre es mucho peor que hacerlo con mi antigua vida. De pronto el yate se zarandea, escucho cómo se ralentizan los motores, me asomo y veo una pequeña isla. Alrededor de Colombia hay muchas, así que no sé dónde nos encontramos.

—La isla de Acresana. Este es mi verdadero hogar y ahora también es el tuyo —me explica Máximo después de horas sin dirigirnos la palabra.

Cuando desembarcamos ya hay personas esperando su llegada. Él vuelve a fingir y posa su mano en mi espalda y, esta vez, sí que me ayuda a bajar. Palmeras, sol, arena y unas playas de ensueño.

—Señora. —Tres niñas rubias con ojos azules están frente a mí, parecen trillizas—. Le hemos hecho esto.

Una de ellas se adelanta a mi altura, lleva en las manos una especie de collar de flores, así que me agacho y ella me lo pasa por el cuello.

—Gracias —afirmo aún de cuclillas—, es precioso.

—Es usted más bonita de lo que habíamos imaginado —me dice otra de las niñas.

La gente se acerca a saludar a Máximo, aquí parece un hombre nuevo y relajado, mientras todo el mundo nos recibe puedo ver la sonrisa y alegría de toda esta gente a nuestro alrededor.

—Señor, ya hemos preparado la mansión. —Una mujer de pequeña estatura y pelo canoso se dirige a él—. Encantada, señora, soy Maribel, soy la ama de llaves —se presenta.

—Encantada, puede llamarme Sienna —respondo mientras caminamos por una pasarela.

A lo lejos veo una imponente mansión, una infraestructura de una planta con pilares enormes y dos jaguares de piedra antracita custodiando la entrada. Hay muchos hombres armados en los alrededores. Máximo va a mi lado y me mira de reojo intentando descifrar mi expresión. Intento no parecer sorprendida, pero este es el lugar más espectacular que he visto en mi vida.

—¿Qué te parece? La isla abarca una extensión de veinte mil metros cuadrados y apenas tiene tres mil habitantes. Me pertenece al completo, es toda mía.

—¿Toda esta isla es tuya? —pregunto aturdida, sabía que era muy rico, pero poseer esta maravilla es el lujo de muy pocos en todo el mundo.

—Sí, todo lo que hay aquí es mío —afirma mientras camina con las manos en los bolsillos—. Todo esto me pertenece. Los árboles, el mar, los pájaros que sobrevuelan la isla e incluso su gente.

—Este lugar es precioso.

—Gracias, señora —me dice Maribel mientras saca un manojito de llaves y abre la puerta principal—. Me alegro de que le guste nuestro hogar, porque ahora también es el suyo.

Cuando la mujer abre el portón, no puedo quedar más impresionada. La hacienda es imponente. Esta casa es el sueño de toda persona en el mundo. Pilares de mármol blanco, techos muy altos con lámparas de araña y una decoración en tonos beis y blanco bañan toda la estancia, dándole una luz que ilumina cada rincón.

—Les hemos preparado la habitación principal. Jefferson les llevará las maletas. Ahora solo pónganse cómodos y disfruten de su hogar.

Máximo le da un beso en la mejilla a la mujer y le da permiso a la mujer para que se retire junto al servicio. Le pide que nos traigan la cena a la habitación y ruega que nadie

nos moleste. La mujer esboza una sonrisa y se sonroja ante las exigencias de este hombre; a mí también me afecta, aunque intente disimularlo.

Me guía por un corredor y me invita a pasar a una de las recámaras.

Cuando abre la puerta, el contraste con la casa llama mi atención. Colchas y alfombras negras bañan toda la estancia, la habitación es más grande que la que tengo en la hacienda. El vestidor podría ser la casa de una persona y el cuarto de baño, otra.

—¿Esta será mi habitación?

—Nuestra habitación, aquí dormirás conmigo.

Las piernas me tiemblan, necesito desahogarme y mi marido ha empezado a crear en mí una necesidad. Unos toques en la puerta alejan mis pensamientos.

—Disculpen la interrupción, les traigo la cena. —Maribel entra y deja sobre la mesa varias bandejas, abre un armario donde hay una mini nevera y saca unas bebidas frescas y también las deja sobre la mesa—. Tal y como pidió, señor.

—Gracias, Maribel, por todo. Puedes retirarte y descansar.

Yo camino por la habitación mirando cada rincón, paso mis manos por el borde de una cómoda donde descansan varias fotografías de mi esposo. Fotos solitarias donde no lo acompaña nadie, solo está él. Cojo una entre las manos, para verlo unos años más joven y observar la manera en que le atrapa la cámara, parece el modelo de una revista.

—Era más joven —me sobresalta por detrás—. Tendría la edad que más o menos tienes tú ahora.

Máximo es un hombre terriblemente atractivo, en la foto puedo verlo más joven, pero la belleza que desprende ahora es indiscutible, así que no entiendo muy bien por qué ha decidido desposarme, y mucho menos, por qué su elegida he sido yo.

—¿Por qué te has casado conmigo? —pregunto directamente, quiero saber qué esperar de este matrimonio.

—¿No es evidente? —Su voz suena en mi cuello, dejo la fotografía sobre la cómoda con un escalofrío recorriendo mi piel.

—No lo entiendo. Podías tener a la mujer que quisieras y eres tú el que, con tu poder, está ayudando a mi padre a ganar la presidencia, así que no entiendo por qué querrías desposarte y mucho menos conmigo. —Me giro para mirarlo a los ojos.

—No voy a responder a preguntas cuyas respuestas no quieres saber.

—Quiero saberlas cuando esas preguntas las formulo yo. Quiero que me digas qué es lo que esperas de mí en este matrimonio. Porque seamos realistas, ni tú me quieres a mí, ni yo te voy a querer nunca.

Su mano me coge del cuello mientras su cara se queda a escasos centímetros de la mía. Sus ojos me atraviesan como espinas que se clavan lentamente en la piel.

—Eres mía, Sienna. Te guste o no, has aceptado esto.

—¿Qué es lo que esperas de mí? —recalco, no voy a acobardarme.

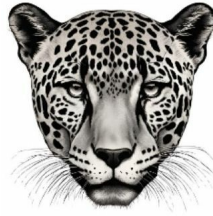
—Quiero que seas mía para siempre, tu alma, tu vida, tus pensamientos, y que cada rincón de tu cuerpo me pertenezca.

—No voy a amarte nunca —le digo con sinceridad mientras me suelta de su agarre.

—Eso ya lo veremos —sentencia y sale de la habitación. Me deja sola con la mesa puesta, en esta inmensa habitación en la que me siento encerrada de nuevo.

MÁXIMO

CAPÍTULO 5



Me dirijo al pueblo. Dos de mis hombres me siguen cuando ven que salgo con paso decidido en dirección a mi rincón de desfogue. No quiero quedarme en esa habitación porque me veo incapaz de no tocarla. La mujer me saca de mis casillas más de lo que lo ha hecho nunca nadie, y eso me exaspera. Es testaruda y no se deja doblegar por mí. En el fondo, me gusta su rebeldía, la otra parte más malvada me obligaría a hacerle cosas que intento desechar de mi cabeza.

—Señor, ¿a dónde va con tanta prisa?

Jefferson me sigue el paso. Es mi mano derecha y el que cuida y custodia mi hogar. Confío más en él que si fuese mi propio padre; en el fondo, es el padre que nunca tuve. Cuando padre me golpeaba, él siempre estaba ahí para levantarme; cuando me humillaba, él siempre me recomponía. Y esta era y sigue siendo mi manera de mostrarle que lo respeto, confiándole algo que sabía que me importaba, mi casa, mi hogar. Mi madre callaba la brutalidad de su marido por miedo a las represalias, y yo tuve que madurar antes de lo que debía y hacer frente a las cosas que se me habían impuesto sin ningún tipo de miedo, porque este mundo era en el que había nacido, y no había ninguna otra cosa que se me hubiese enseñado a hacer.

—Voy a la sala de juegos, necesito divertirme como en los viejos tiempos.

—Pero, señor... —dice algo cohibido—. Acaba de casarse, ¿va a dejar sola a su esposa?

No respondo y sigo caminando, mis hombres se reúnen en la casona todas las noches, donde comen, beben, juegan y follan. Yo también he disfrutado mucho de las fiestas y ahora no hay mejor lugar donde pueda esconderme de mi mujer.

Cuando entro se hace el silencio, una camarera me aproxima una bandeja de cristal con dos rayas de cocaína, cojo un billete de cien dólares y me las esnifo, ahora mismo lo único que quiero es evadirme de esta rabia interna, porque nunca nadie me ha rechazado de esta manera. Las mujeres con las que me he acostado durante toda la vida me han amado, o por lo menos eso es lo que me han hecho creer, Sienna es incapaz de fingir.

Tomo asiento alrededor de la mesa, están jugando al póker y yo me uno entre risas a la partida. Son hombres a los que conozco desde que era un niño.

—Pero mira a quién tenemos aquí. —La voz de Hanna me hace levantar la mirada—. ¿Qué haces aquí tan solo? Me habían dicho que traías compañía, pero veo que pronto te has aburrido.

Hanna se apoya en el hombro de uno de mis hombres, lleva el pelo más largo, ha cogido unos kilos, pero sigue vistiendo con esos vestidos que le hacen perder la razón a un hombre. No podría contar las veces que me la he follado, pero no hay nada más que una atracción carnal. En el fondo, sé que se queda a vivir aquí con la esperanza de que un día vuelva y le pida que se quede aquí conmigo, pero eso es algo que nunca va a suceder.

—Ya tengo lo que quiero, Hanna, así que márchate.

Mis hombres ríen ante el rechazo, no está acostumbrada, pero es que no me apetece tener que lidiar con esto también.

—¿Lo que quieres? No veo dónde está.

Hanna es insistente, así que se sienta sobre mis piernas.

—Me la he follado tan duro, que la he dejado muerta en mi cama —susurro en su oído, pero, justo cuando voy a apartarla de encima de mis piernas, la causante de mi enfado aparece hecha una furia por la puerta, así que decido disfrutar de esto y retengo a Hanna encima de mí.

Sienna no se lo piensa dos veces cuando se dirige hacia nosotros, furiosa, coge a Hanna de su larga melena sin que esta la vea y la lanza contra el suelo. Las risas se hacen eco por todo el local, hasta que su mano impacta en mi cara en una sonora bofetada, dejándome avergonzado y más rabioso de lo que ya estaba. Se hace el silencio ante mi mortífera mirada, pero ella parece no retroceder.

—¡No vuelvas a tocarme! —grito mientras cojo la mesa y la lanzo unos metros con todo lo que hay encima, por los aires.

—O, ¿qué? —me desafía.

Quiero azotarla hasta que sangre. Mis hombres están en mitad de la escena enmudecidos, no saben qué hacer ante el espectáculo que estamos dando.

—Vete a casa, Sienna, ¡ahora!

—Ya lo has oído, mujer, márchate —añade Hanna mientras se levanta del suelo. La fulmino con la mirada porque no quiero que se meta entre mi mujer y yo.

—No voy a marcharme de aquí sin ti.

La cojo del brazo y la saco a la fuerza del local. Se escuchan murmullos a mis espaldas cuando la llevo casi a rastras hasta la casa.

—No vuelvas a avergonzarme jamás así delante de mis hombres. —Hago más presión en su brazo, ella se da la vuelta hasta quedarnos frente a frente, sus ojos están vidriosos y aprieta la mandíbula con fuerza.

—¡Eres tú el que me ha avergonzado! —me recrimina mientras intenta deshacerse de mi agarre—. Me traes aquí al que consideras tu hogar, me presentas ante tu pueblo y tu gente como tu esposa, y la primera noche me dejas sola para irte con la primera fulana que encuentras, delante de todos.

—Estás celosa... —afirmo.

—No son celos, se llama dignidad. No puedes ir acostándote con mujeres delante de todos, ya no. Te guste o no, yo soy tu esposa y me debes un mínimo de respeto. Solo pido lo mismo que puedo darte, así que si quieres acostarte con más mujeres, hazlo, pero sé discreto.

Suelto un poco su brazo, no puedo creer lo que me pide. Yo no voy a dejar que ningún hombre la toque, morirían si decidieran intentarlo. La acción de apartarla se me va de las manos y cae de culo sobre la arena.

—No voy a dejar que te acuestes con ningún hombre, Sienna.

—Nunca lo sabrás.

Me giro con los puños apretados y me dirijo a la mansión. Entro sin mirar atrás, nunca nada ha puesto mi autocontrol tan a prueba. Llego a una de las habitaciones de invitados y la destrozo; tiro los muebles, las mesitas, el colchón. Me apoyo en la puerta con el pulso acelerado y la respiración entrecortada.



Los siguientes días, la conversación es inexistente. Sienna se pasa el día disfrutando de la playa y yo pongo en orden parte de mis negocios.

—Aquí está todo controlado, puedes estar tranquilo, nadie ha intentado atentar. Además, sabes que los hombres que la custodian están muy preparados y bien pagados —

me explica Jefferson, mi hombre de confianza.

—Es importante que no bajéis la guardia. Hace unos días encontraron a dos hombres del cártel de los Escorpiones en mis tierras, mataron a varios de los nuestros y se llevaron por delante la vida de un bebé.

—Mi señor, entiendo que esté preocupado, pero aquí está todo bajo control —repite.

He estado dándole vueltas, y que esos hombres estuviesen en mis tierras solo puede significar una cosa. Son muchos años los que llevamos en guerra, muchos en los que nos hemos robado mercancías y nos hemos arrebatado vidas, pero justo ahora después de la reciente boda, hay algo que me inquieta. «¿Y si la quieren a ella?». Las elecciones están a la vuelta de la esquina y, según estadísticas, Emmanuel Hernández, mi ahora suegro, será el próximo presidente de Colombia. Llevo muchos años haciendo negocios con ese hombre, era un policía corrupto. Él era el que me abría y cerraba rutas, el que me proporcionaba los chivatazos. Un empleado para el gobierno con ambiciones que ha ido escalando puestos gracias a mí. Es bien sabido que, en mi país, la mayoría de funcionarios se asocian a cárteles para poder tener vidas mejores, los sueldos son irrisorios, pero el riesgo de recibir un balazo en sus cabezas si no aceptan es mucho mayor.

—No obstante, llamaré a Javier para que mande un par de hombres más.

Estamos sentados en la terraza del jardín principal, bebiendo *whisky* y escuchando las olas del mar. Con discreción, miro cómo a lo lejos Sienna entra en el agua con ese minibiquini con el que ha decidido atormentarme.

Jefferson carraspea para sacarme de mi ensoñación, lo miro de reojo.

—Esta noche los isleños os han preparado una fiesta en honor a vuestro enlace, no sé si después de lo de la otra noche, su esposa estará dispuesta a venir...

—Vendrá —aseguro sin apartar la mirada de ella.

—¿Sabe quién eres y a lo que nos dedicamos?

—Ella vive ajena a mi vida. No sabe nada.

—Todo el mundo lo sabe —ríe con una carcajada mientras da un largo trago a su *whisky*—. Hasta el próximo presidente sabe quién eres, Máximo. Por eso te entregó a su hija, ¿no?

—No sé en qué momento se me ocurrió tomar una esposa.

La carcajada de mi hombre es descomunal.

—Te tiene loco, nunca te había visto así de obsesionado por nada. Además, hay que reconocer que la mujer los tiene bien puestos.

Sienna sale del agua sacudiendo su cabello. El sujetador del bikini solo le tapa lo justo de los pezones, y la braga es tan minúscula que, a esta distancia, estoy dudando si lleva algo puesto.

Me levanto, aun dejando a mitad la conversación con mi hombre y voy hacia ella, que está secándose con una toalla. Me quito los zapatos y camino por la arena de la playa, cuando llego a su altura, me dirige una mirada de desprecio.

—Esta noche tenemos una velada, nos han preparado una fiesta en nuestro honor. —No le doy opción a réplica—. Ponte el mejor vestido que tengas, quiero presumir de mi mujer.

Ella me fulmina con la mirada. Es testaruda y está todavía enfadada por lo de la otra noche, no la he tratado como se merece, pero yo también merezco una mujer que no se abra de piernas por dinero, y eso es ella ahora mismo para mí, una más que ha aceptado este matrimonio por lo que poseo y no por lo que yo soy.

Entiendo que nunca va a poder quererme. Soy un hombre con deseos profundos y oscuros, si por un momento supiese todo lo que tengo preparado para ella, saldría

corriendo, así que cuando lo descubra, solo espero que decida quedarse por propia voluntad, porque solo hay algo que pueda separarnos, y eso es la sangre y la muerte.

SIENNA

CAPÍTULO 6



—Está bellísima, el señor va a quedar más prendado de lo que ya está de usted —asegura Maribel mientras me ayuda con el cabello.

—Debes de ser la única que no se ha enterado del escándalo —le digo aún dolida—. La primera noche, me dejó aquí para verse con su fulana delante de todo Acresana, me presenté allí y monté un espectáculo.

—Todo Acresana sabe lo de esa noche, ya sabe que es una isla pequeña, somos pocos habitantes, aquí todos nos conocemos. —Maribel termina de trezarme el cabello, yo la miro a través del espejo—. Hanna es solo una de las tantas mujeres con las que tu marido se ha visto este tiempo, pero yo de usted no me preocuparía.

—Me ha dejado en ridículo en lo que quiere que considere mi hogar, solo es eso —me excuso, pero en el fondo estoy más que dolida. Me siento humillada, ni siquiera me ha tocado, y eso me pone de muy mal humor.

—Los rumores cuentan que la rechazó abiertamente delante de todos, pero Hanna es muy insistente. Lleva enamorada del señor toda la vida. En el fondo me da pena porque supongo que siempre creyó que él la elegiría a ella. No sé hasta dónde llegaba su acuerdo, me consta que se veían, pero eso fue hace mucho tiempo.

—Ya... —respondo no muy convencida, mi estado de ánimo está por los suelos.

—Lo hizo para molestarte, me consta que lo sorprendiste en el momento equivocado.

—¿Cómo va a querer molestar a alguien que no le importa?

Maribel ríe con una carcajada, y sin querer me tira del cabello.

—No entiendes nada, niña, tienes al señor loco por ti, solo hay que ver cómo te mira. Nadie en su sano juicio le hubiese puesto una mano encima, y nadie en este mundo, hubiese vivido para contarlo.

Me levanto cuando Maribel ha acabado de peinarme con una trenza al lado, le he pedido que me entrelazara la tiara de flores que me hicieron las niñas con flores artificiales el día de mi llegada, y me he puesto un vestido blanco de rejilla a la altura de la rodilla y unos zapatos de cuña. Voy sencilla, pero es idóneo para la fiesta de hoy.

Aprovecho para hacer una llamada a mi prima Fernanda, ya que hace mucho que no contacto con ella.

—Por fin te dignas a llamar —me reprocha en cuanto descuelga el teléfono.

—He estado muy ocupada, disculpa, prima.

—¿Haciendo el ventilador? Dime que ese hombre te ha dado sexo duro, que le habéis dado al mortero, si no, sabes que es imperdonable que no te hayas puesto en contacto conmigo más a menudo.

—¿El mortero? —pregunto extrañada—. Tienes que explicarme eso.

—Ya sabes, que te hagan *tras tras*. —Me quedo callada, a veces no entiendo a mi prima—. Sienna, nena, parece que estás más verde que yo, que te la meta por el culo.

—María Fernanda Mil Amores Hernández, dime que no has dicho lo que has dicho. —Me recuesto sobre la cama mientras esbozo una sonrisa. Mi prima es lo más importante que tengo y no debería haberla apartado estos días, ella es la única persona que de verdad

me entiende.

—Si alguien me pregunta si lo he probado, lo negaré rotundamente, diré que una amiga de una amiga me lo ha contado.

—Estás para que te encierren.

—Si me encierran, que sea con un negro, que me han dicho que la tienen muy gorda.
—Ambas reímos a carcajadas—. Por cierto, ¿cómo estás? En tu matrimonio, ¿va todo bien? —pregunta con cuidado.

—No hay matrimonio, Fer. Sabes tan bien como yo que esto fue un acuerdo comercial. Mi esposo ni siquiera me toca, quiere cosas que yo no le puedo dar. Empiezo a pensar que no debería haber aceptado esto, el dinero no lo es todo en la vida, me siento encerrada en una jaula de cristal imposible de romper.

—¿En serio? ¿No te toca? —se extraña—. Ahora sí que puedo decir que follas menos que yo.

—No tiene gracia, Fer. —Me levanto y me vuelvo a sentar mientras doblo el bajo de mi vestido, nerviosa—. No lo entiendo, a veces creo que me va a devorar con la mirada, pero luego se niega a tocarme, quiere que sea suya en todos los sentidos, y para colmo creo que se ve con otras mujeres.

No sé por qué se me encoge el estómago cuando digo esto en voz alta, por mucho que Maribel me diga que no tenía intención de acostarse con su amante, él no lo ha negado en ningún momento, y aunque no debería importarme, lo hace.

—Bueno, pues no sé qué decirte, la verdad...

—Y ¿qué tal todo? —la interrumpo para cambiar de conversación.

—Por aquí todo sigue igual. ¿Has visto las noticias?

He cambiado de conversación para acabar hablando de algo que me incomoda aún más.

—Sí, ya he visto que los primeros sondeos apuntan a que mi padre será el próximo presidente de Colombia. —Aprieto el teléfono contra mi oído—. Por lo menos, uno de los dos ha conseguido lo que quería.

—La próxima semana había pensado ir a pasar unos días contigo a la hacienda, si te parece bien.

—¡Claro! ¡Sí! —chillo, ilusionada—. Si no puedo disfrutar de los placeres del matrimonio, disfrutaré de los placeres del dinero, saldremos a quemar su tarjeta.

—Ooooooh, dime que tiene muchos ceros.

—Tantos que no te los puedes imaginar.

Hablamos un rato más, pero pronto la despido porque, mirando el reloj, veo que es casi la hora y no deseo que Máximo tenga que venir a buscarme a la habitación. Cuando voy a salir decidida por la puerta, entra sin avisar. Se ha puesto un pantalón de lino beis y una camisa blanca y lleva una rosa roja en la mano izquierda. Miro de reojo el misterioso tatuaje que asoma por su pecho.

«El misterioso tatuaje solo para mí, porque cientos de mujeres han pasado sus manos por él». Intento apartar esos pensamientos que me hacen daño y cambiarlos por algunos más alegres.

—Estás preciosa. —Me ofrece la rosa, la cojo y lo miro con sarcasmo mientras la lanzo sobre la cama.

—Tú también estás increíble, pero eso ya lo sabes, solo estoy aumentando tu ego.

—Gracias, ya lo sabía —emite un gruñido—. Te he traído un regalo, solo si te portas muy mal, decidiré si eres digna de recibirlo.

Deja una caja sobre el sifonier y la observo, porque tengo curiosidad de saber qué contiene, pero también sé que no va a ponérmelo fácil. Paso por su lado, saliendo al pasillo, él me sigue de cerca, su olor a perfume caro llena mis fosas nasales. Ralentizo mi velocidad cuando su mano me coge por la cintura.

—Pon tu mejor sonrisa, esta gente te adora ya sin conocerte —me susurra en el oído.

—¿Quieres que finja que eres el mejor esposo del mundo?

—Sí, eso estaría bien —responde—. Seguro que lo haces muy bien, lo de fingir, no me digas que no lo has hecho alguna vez.

—Sí, pero no me imaginaba que sería contigo, *esposo*.

—Nunca vas a tener que fingir conmigo, no te preocupes por eso ahora. —Un escalofrío me recorre la piel ante la insinuación. Es una frase con doble sentido.

Caminamos por una pasarela de piedra natural sobre la arena, hasta que veo luces entre un palmeral. La luz del sol ya se está poniendo tras las olas del mar. Mucha gente que no reconozco me observa con detenimiento mientras llego al lugar que han preparado con tanto cariño. Un lugar natural entre la vegetación. Es maravilloso, la gente me sonríe como si me conociera. No tengo que fingir cuando la alegría de esa gente me traspasa, familias que se paran a hablar conmigo y me cuentan lo impresionante que es mi hogar, el que ahora, por muy poquito, siento que es también mío. Comida, música y miles de sonrisas de verdad. He detectado en un lateral a la tal Hanna que me mira con superioridad. A decir verdad, ella está por encima de mí, ha tenido a mi marido, más de lo que supongo que yo lo tendré nunca.

Me aparto a un lado recreándome en el lugar. Hay una pareja discutiendo sobre algo, intento escuchar la conversación.

—¿La está escondiendo aquí? El cártel de los Escorpiones vendrá aquí a por ella, es

una pieza importante.

Me aproximo aprovechando la oscuridad de los árboles, me he separado de la fiesta e intento no hacer ruido cuando sé que estoy escuchando algo que no debería.

—Somos narcotraficantes, Emma. Si el patrón ha decidido tomar como esposa a la hija del presidente, nosotros debemos protegerla.

Esta gente está hablando de mí. De repente me siento insegura y nerviosa.

«El cártel de los Escorpiones viene a por mí, ¿por qué?».

Me quedo escondida, ya que no puedo regresar sin ser vista, así que no me muevo hasta que estoy segura de que se han marchado. Me giro y detecto al fondo cómo se ilumina la fiesta, veo a la gente bailar y beber con alegría. Justo cuando voy a regresar, un brazo me rodea la cintura con fuerza desde atrás y otro me presiona los labios para que no grite. Siento un miedo repentino y un terror inmenso. Esa pareja ha dicho que estoy en peligro, y ahora mismo no puedo gritar y, aunque lo hiciera, tampoco me escucharían. El bulto que ha empezado a crecer en mi espalda, me indica que es un hombre el que me sujeta.

—Suel... —intento decir, pero su mano en mis labios presiona con más fuerza. Me empuja para dejarme atrapada entre su cuerpo y un árbol.

Una de sus manos baja por mis nalgas mientras mete la mano por el dobladillo de mi vestido, ahora puedo gritar, así que lo hago muerta de miedo.

—¡¡MÁXIMO!! —El hombre sube la mano entre mis muslos e intento escapar, pero su otro brazo me aprieta con más fuerza contra su pecho—. No lo hagas, por favor... —suplico, aunque su mano llega al vértice de mis muslos y solo lo separa de mi sexo una fina tela. El hombre no atiende a razones porque aparta mis bragas para acariciarme. Me quedo muy quieta.

—Te tengo, pajarito —oigo en un susurro, y es de nuevo esa voz que entra en mis entrañas.

—¿Thiago? —murmuro. Sé que es imposible, pero conservo la duda de que no se haya quedado en mi mente para siempre.

El hombre se aparta de mí y lo veo marcharse entre las sombras, yo me quedo con el corazón a mil por hora y con el miedo instalado en el cuerpo, también siento algo de remordimiento.

La música está amenizando cuando llego a la altura de la fiesta, mientras suena esa bachata que tanto me gusta: *Cobarde* de Yuli Reyes.

—¿Dónde estabas? —Max me intercepta a mitad de camino, me coge del brazo y noto la tranquilidad de que sea él quien me sostiene.

—Tomando el aire.

—¿Quieres bailar? —pregunta mientras desliza su mano hasta la mía. Me hace girar dos veces antes de que me dé tiempo a responder.

Máximo me agarra con la otra mano por la cintura y me aprieta contra él, me desliza por todo el lugar, como si no hubiese nadie más que él y yo. Es dominante en el baile al igual que en los demás aspectos de su vida, de modo que consigue moverme a su antojo. Dicen las malas lenguas que un hombre es en la cama según baila, él se mueve como un auténtico dios. Me atrevo a levantar la mirada para mirarlo y le sonrío, puede que sea la única manera que tenemos de entendernos. Cuando lo tengo tan cerca como para que podamos besarnos, me da una vuelta, lo está haciendo intencionadamente para provocarme, y en el fondo me divierte.

—Los tienes a todos tan prendados como a mí —asegura en voz baja.

Es entonces cuando me envalentono y me alzo para darle un beso en los labios. Él se

queda sorprendido porque retrocede un par de pasos.

«¿Me acaba de rechazar?», pienso, pero me doy cuenta de que ha vuelto a avergonzarme delante de todo el mundo.

—No beso a cualquier mujer.

«¿De verdad acaba de decir eso?». Me giro y cojo de una bandeja un vaso de bebida y se lo lanzo a la cara.

Max está igual de furioso que yo, parece que últimamente solo sabemos hacer esto, retarnos y molestarnos.

—¡Corre! —me dice rabioso, así que hago lo que me pide y salgo corriendo en dirección a la mansión, no porque tenga miedo de él, sino porque tengo miedo de pensar en lo que he estado a punto de darle hace un momento.

Me meto en la habitación con el corazón a mil por hora y pensando en qué sería capaz de hacerme. Atranco una silla contra la puerta justo cuando escucho desde el otro lado cómo intenta abrirla furioso y sonrío al darme cuenta de que he conseguido escapar de él.

Cuando me giro, está dentro de la habitación y camina decidido en mi dirección.

—Es mi casa, sé por dónde debo entrar. —Se quita el cinturón del pantalón. «¿Sería capaz de golpearme?». No lo hace, lo lanza a un lado—. Voy a castigarte por esto.

Me coge con fuerza y me lanza de frente sobre la cama. Luego desgarra mi vestido, dejándome desnuda ante sus ojos. Me muero de anticipación por saber cuál será mi castigo y me invade la duda de si tendré que hacer esto muy a menudo para despertar a la bestia que lleva dentro, porque me encanta que crea que me tiene a su merced, cuando en realidad estoy deseando que haga conmigo todo lo que quiera.

Se aparta unos segundos y coge la caja que dejó sobre la cómoda. Se sienta a un lado

y me acaricia la espalda.

—Tú me haces ser así, Sienna.

Yo no me muevo, una de sus manos baja hasta mis nalgas y pega un tirón de mi tanga hasta que me lo arranca. Acaricia con su mano mi sexo. ¡Joder! Necesito esto, ya.

—Puedes hacer conmigo lo que quieras —suplico con sinceridad, lo miro a los ojos y una sonrisa engreída inunda su cara.

—Me has vuelto a humillar, Sienna, debo castigarte, ¿lo entiendes?

Yo sigo boca abajo en la cama, totalmente desnuda mientras que él sigue sentado a mi lado completamente vestido. La caja aguarda en un lateral.

—Sí, lo entiendo —ronroneo. Si piensa hacerme suya, aceptaré el castigo que me imponga.

Abre la caja y saca lo que hay dentro. El aparato tiene el color del metal y forma de lágrima. Lo pasa por mi espalda, está frío en contraste con mi ardiente piel y restriega el objeto por mi coño empapado, lo está lubricando con mis propios fluidos.

—No estés tan segura de querer despertar a la bestia.

Me introduce con fuerza el dilatador entre mis nalgas y me agarro a las sábanas con fuerza porque nunca he sentido una intrusión en esa zona. Se inclina para morder la base de mi oreja y me da una palmada en el trasero. El picor contrarresta el daño que he sentido al introducir el juguete sexual dentro de mi cuerpo.

—Uuum —gimo.

—Date la vuelta. —Más que pedirlo, lo ordena—. Y abre tus piernas para mí. —Su voz es tan profunda, que siento que penetra mis sentidos con ella.

Hago lo que me pide y lo miro a los ojos, su mirada es abrasadora.

—Tócate para mí, quiero ver cómo te corres.

Se levanta y se pone en el sillón que hay enfrente mientras mi mano reptaba por mi vientre.

—Yo también quiero verte —le pido. Parece no acobardarse cuando se desabrocha la camisa de lino y por fin puedo descubrir lo que esconde mi esposo: un torso totalmente fibrado y definido, hecho de pura piedra, y medio pecho marcado con tinta negra. El tatuaje de un jaguar con los ojos tan verdes como los suyos que me miran desde su pecho con la misma intensidad que lo hace él. Como un animal salvaje que observa a su presa.

—Abre más las piernas —gruñe mientras baja la cremallera de su pantalón.

Lo miro impaciente, porque yo también quiero verlo, quiero saber de qué está hecho y si será lo suficientemente bueno. Pongo mi mano sobre mi sexo y me acaricio. Estoy inflamada, el simple contacto me hace gruñir. Se queda con el bóxer y un enorme bulto escondido en él. Introduzco los dedos en mi coño y me toco con más ímpetu, mi cuerpo se arquea. No sé cuánto más aguantaré, hace mucho que no mantengo sexo y nunca había hecho nada tan excitante con nadie. Finalmente consigo disfrutar cuando libera su erección, tiene un miembro grande y grueso, un vaivén al salir de su calzoncillo le hace chocar la polla contra su ombligo. Mis piernas se empapan por pura lujuria.

—¿Te gusta lo que ves?

Dicen que el tamaño no importa, pero sí que agranda el ego y la seguridad de un hombre, y, a este, es lo único que le faltaba para aumentar su superioridad, porque no he visto nada igual en la vida.

—Algún día te destrozaré carnalmente, *esposa*. —Y esa palabra en sus labios, hace que llegue al clímax más explosivo. Millones de sensaciones salen de mi cuerpo, mientras aprieto los labios para no gritar su nombre.

Él se levanta del asiento y sigue tocándose de arriba abajo, con movimientos cada vez más rápidos.

—Ven, Sienna, acércate a mí. —Me inclino en la cama y veo que me mira con esa mirada perversa—. ¿Recuerdas cuando te obligué a comer arroz? Quiero que hagas por mí algo parecido... —gruñe nuevamente—. Ven y arrodíllate ante mí.

Me levanto de la cama y me postro ante él, hago lo que me pide. Paso la lengua por la base de mis labios para que sepa que estoy dispuesta a doblegarme ante su penitencia, porque él cree que este es mi castigo.

—Abre la boca, Sienna.

Me coge por la base del cuello. Nuestras miradas se cruzan y se retan, cuando la abro para él, sonrío porque ha conseguido lo que quiere. Sigue masturbándose hasta que explota y se corre, cierro la boca en ese mismo instante para que sepa que ha perdido, parte de su semen cae sobre mi cara y mi mejilla, me quedo así hasta que acaba.

—Te dije que no me gustaba comer obligada —le advierto, luego me levanto del suelo y me quedo pegada a él frente a frente—. Aunque no me niego a probarlo. —Paso el pulgar por mi mejilla y entonces pruebo a qué sabe mi esposo.

MÁXIMO

CAPÍTULO 7



Adelanto el viaje hacia la hacienda dos días antes de lo previsto. Javier me ha avisado de que han sufrido un nuevo atentado contra nuestro cártel. Dos lanchas rápidas y una carga valorada en ocho millones de dólares se han ido a la mierda, y junto con ellas, tres de mis hombres.

—Los Escorpiones están más fuertes que nunca. Nos han jodido una buena carga — replica enfadado. Camino a su lado con paso decidido mientras nos acercamos al muelle donde guardo mis lanchas rápidas.

—¡Mierda! ¿Habéis cogido a quien ha hecho esto?

—No. El tío que nos ha robado la droga sabía lo que hacía. Uno de los supervivientes ha llegado hasta aquí nadando, dice que los ha pillado por sorpresa, que les ha disparado a bocajarro.

—¿Dónde está el hombre? —pregunto furioso.

—Lo hemos retenido en una de nuestras naves, pero creo que dice la verdad...

—Eso lo decidiré yo. Llévame ante él.

Si ha dejado que un solo cabrón se haya deshecho de todos mis hombres y me robe mi mercancía, es que no merece trabajar para mí.

Miro al horizonte, algún hijo de puta se ha llevado mi droga, y con ello mi dinero.

Aprieto los puños a ambos lados del cuerpo, guiado por la ira que me produce que algún hombre me haya tomado el pelo.

Camino hacia el almacén, aparentemente es una casa de comida china que está a pleno rendimiento, pero detrás es donde muevo parte de las mercancías. Abro la puerta, uno de mis hombres está sentado en el suelo recostado contra la pared, descansando la cabeza entre sus piernas.

—¡Levanta! —ordeno—. ¿Cómo te llamas?

—Señor, mi nombre es Antonio.

Me siento en una de las sillas, él sigue arrinconado contra la pared.

—Antonio, sí... —respondo tranquilo—. ¿Me puedes explicar dónde está mi droga?

—Lo siento, señor, nos pilló desprevenidos. Ese hombre manejaba con total soltura y cuando nos quisimos dar cuenta, lo teníamos encima...

—¿Te pago para que estés despistado en el trabajo? ¿Qué habría pasado si hubiese sido la policía? —Me levanto de la silla mientras la aparto, furioso—. ¡Me habéis hecho perder ocho millones de dólares!

—Lo siento, de verdad, deme otra oportunidad... —suplica Antonio, levantándose también.

Le pego dos tiros en la frente para que deje de humillarse a sí mismo, odio que me supliquen, y más cuando saben que nada los salvará.

—Máximo —me reprende mi primo Javier.

—¿Otra vez? —No voy a volver a advertirle, por mucho que sea mi primo, aquí el que manda soy yo.

—Soy tu primo, *huevón*. Solo quería decirte que le podrías haber preguntado por el

hombre, ahora no sabemos quién es. Si de verdad han sido los Escorpiones, él era el único que podía reconocerlo, lo podrías haber matado luego.

—Tienes razón, se me ha ido la mano. —Cojo un paño y limpio mi pistola antes de guardarla en la trasera del cinturón—. Javier, limpia este desastre, me tengo que marchar, hay alguien que me espera en casa.

Me dirijo a la hacienda. A estas horas, Sienna suele estar nadando en la piscina, pero cuando llego no la veo. Entro y el olor a café me distrae, así que me acerco a la cocina para servirme una taza. Cuando la veo, está de espaldas a mí, hablando con alguien por el teléfono móvil y ella no se da cuenta de mi presencia.

—Podrías venir a pasar unos días aquí, te echo mucho de menos.

Camina de un lado a otro mientras bebe su café y yo me quedo apoyado, mirando cómo actúa con naturalidad.

—No me hagas reír, puedes venir cuando quieras, no existe noche de bodas con mi marido, rehúsa tocarme.

Esto empieza a parecerme divertido, así que no voy a hacerle saber que estoy aquí detrás de ella y me estoy apropiando de manera indebida de su conversación. Aunque no es una mujer muy perspicaz que digamos, porque cualquiera podría entrar y escucharla.

—Te estoy diciendo la verdad, no me toca. —Se apoya en el banco y se inclina, dejando a la vista ese abultado trasero que me vuelve tan loco—. Una pena, porque la tiene enorme.

Se me hincha el pecho, aunque estoy acostumbrado, sé que tengo una buena polla. Ahora mismo está cobrando vida propia dentro de mi pantalón, pero me recuerdo a mí mismo por qué no la voy a sacar a pasear en este mismo momento. Justo cuando voy a salir, rozo un vaso que hay en el filo del mármol de la encimera y cae al suelo. Sienna se

sobresalta de repente, pillándome ahí.

—¿Qué haces? ¿Me estás espiando? —Frunce el ceño, confundida.

—Cualquiera podría escucharte. ¿No crees que no deberías airear nuestra intimidad?

Cuelga el teléfono y lo deja sobre la isla.

—¿Qué intimidad, *esposo*?

Me aproximo a ella y la arrincono con mis brazos contra la barra. Ella no aparta la mirada. Soy el hombre más temido de Colombia, pero ella parece no enterarse, y eso en el fondo me gusta. Si supiese lo que estoy deseando hacerle, cogería el cuchillo que hay detrás en la encimera y me lo clavaría en el pecho, porque el día que me la folle, va a suplicar que no vuelva a hacerlo.

—Ejem... —Un carraspeo suena detrás de mí. Me giro con la cabeza dejando con mis brazos aún atrapada a mi mujer, para observar la cara preocupada de mi primo—. Siento interrumpir, pero tenemos un problema.

Acabo de encargarme de un problema, así que, en un mismo día, tener que lidiar con otro me pone de muy mal humor.

—Adelántate y ve a mi despacho —le pido a Javier—. Ahora voy yo.

Sienna me da la espalda, yo la dejo enjaulada entre mis brazos y me aprieto contra su trasero, para que sepa cómo me ha puesto.

—Ya hablaremos luego tú y yo —le susurro, ansioso. Ya no encuentro la manera de resistirme.

Finalmente, me separo de ella de muy mal humor y me dirijo a mi despacho, donde mi primo me espera sentado en el sillón de enfrente de mi escritorio. El olor a roble me golpea cada vez que entro en el despacho que un día fue de él, mi padre. Un escalofrío me

recorre el cuerpo ante su amargo recuerdo. Tantos malos momentos vividos aquí... Sus faltas de respeto, sus miradas de desprecio, las palizas que me daba sin ningún motivo.

«Eres débil, siempre supe que no eras hijo mío. ¡Me avergüenzas!», me repetía una y otra vez.

Aun después de tratarme como una basura, lo veneraba, quería ser como él. Era el que me había enseñado los entresijos de esta vida, me comportaba como creía que él quería, buscando su aprobación, pero nunca fui lo suficientemente bueno. Solo me sonrio con orgullo el día que le arrebaté la vida, como si hubiese estado esperando el momento. Le acababa de dar una paliza a mi madre, así que no lo pensé y acabé con su vida, quedándome con lo que siempre me había pertenecido. Dos meses más tarde me enteré, muy a mi pesar, de que Santiago López, mi padre, padecía una enfermedad terminal. Le di al hijo de puta la muerte que no merecía.

Vuelvo a la realidad y me dirijo a la barra; me sirvo un tequila, si voy a recibir otra mala noticia, necesitaré un par de estos.

—Suéltalo.

—Como ya sabes..., la mercancía no ha llegado al sitio y hemos perdido mucho dinero.

—Dime algo que no sepa.

—Mañana íbamos a realizar una carga importante, pero no tenemos hombres para ello —escupe.

—Tengo más de mil hombres repartidos por todo el país. Pon a cualquiera. ¿Eso es tan importante para que me jodas la tarde?

—Los mejores lancheros están ahora mismo muertos, no tenemos gente suficientemente preparada para el transporte de mañana —me explica.

—Busca a otros, me da igual a quién tengas que sobornar o coaccionar y que haga el trabajo. No sé dónde ves el problema.

—No hará falta, tengo al mejor. Y ha venido con la carga completa que nos han robado esta mañana.

—¿Me estás diciendo que justo hoy aparece un tío con mi mercancía? Podría ser el cabrón que ha atentado contra nosotros. —Bebo mi tequila de un trago y me rasco la barbilla, pensativo.

—Es el tío que ha matado a nuestros hombres —anuncia, confirmando mi teoría—. Quiere trabajar para nosotros, está esperando en el almacén y pide hablar directamente contigo.

Escupo el alcohol que tengo en la boca. Quiero saber quién tiene los santos cojones de hacer algo así. Solo un loco arriesgaría su vida de esta manera, porque no me va a temblar la mano a la hora de deshacerme de ese *huevo* *hijueputa*.

—Si aceptas mi opinión, creo que deberíamos darle una oportunidad, el tío se ha deshecho de nuestros hombres sin pestañear, sabe manejar las lanchas mejor que ningún *huevo* que hayamos conocido y ha tenido los santos cojones de venir a devolver la mercancía.

—Vamos —me levanto ansioso—, quiero saber de quién se trata.

Me dirijo a la puerta, con mi primo siguiéndome de cerca hasta ponerse a mi lado. Me subo en su coche y nos dirigimos nuevamente a la nave. Al llegar, la silueta de un hombre me recibe proyectada en la pared. Debe medir un metro ochenta y está mirando hacia la pared con los brazos cruzados, a su lado hay unos cuantos fardos de cocaína.

—¿Quién cojones eres? Y ¿cómo tienes los santos cojones de irrumpir así en mi territorio? —Aprieto mi pistola contra el cinturón, me acaba de enfurecer aún más.

—Eh, eh, solo me he deshecho de esos mugrosos. Necesitaba un trabajo y el mar es mi vida, así que me he ahorrado el numerito de que me use de cebo para entrar en su plantilla. —Se gira para enfrentarme y me ofrece su mano—. Mi nombre es Thiago Pérez, soy el mejor lanchero que pueda tener y solo quiero entrar a trabajar en su cártel.

Ese nombre se me hace familiar, por lo que mi pulso comienza a golpear con fuerza y un estremecimiento recorre mi cuerpo.

—Pago veinte mil dólares por transporte, si te pillan, la merca es tuya, si te matan mueres tú. —En ningún momento le ofrezco mi mano—. Mañana será tu primer envío, irás solo, quiero saber de qué pasta estás hecho, y solo si consigues traer lo que es mío sano y salvo, puede que te dé una oportunidad.

—Trato hecho, no se arrepentirá.

—Javier, dale una caseta en la hacienda, pero vigílalo por hoy, no le digas a nadie que es el lanchero que ha matado a nuestros hombres o no llegará al día de mañana —digo directamente. Aún no es uno de los nuestros, así que lo mejor, es que lo mantenga vigilado.

SIENNA

CAPÍTULO 8



Estar en esta hacienda y salir a gastar dinero empieza a parecerme aburrido, sentirme una mujer florero no es uno de mis pasatiempos favoritos. Las personas tendemos a no valorar lo que tenemos hasta que lo perdemos, y ahora mismo siento que algo tan valioso como la libertad se ha vuelto un bien muypreciado.

Me pongo un conjunto sexy de encaje, un vestido entallado negro y me preparo para la cena con mi esposo. Jugar a este juego tan peligroso se ha vuelto una obsesión, pero sentirme en una cárcel tiene algo positivo, y es la cantidad de tiempo libre que tengo para idear diferentes planes sobre cómo seducir a mi marido. Necesito hacerle perder el control para tenerlo, ya sea a las buenas o a las malas. Le he pedido a Mercé, la asistente, que me consiga algo. En un principio se ha negado, pero le he prometido que nunca nadie sabría que ha sido ella la que me lo ha facilitado. Una droga: MDMA. Pienso drogarlo, excitarlo y hacerlo mío. Quiero que sepa, que no es él el que ejerce el control.

—Estás arrebatadora —me halaga mientras da vueltas a su copa de vino, sentado frente a mí en mi habitación—. ¿Celebramos algo, esposa?

Le he pedido a Mercé que nos sirvieran hoy la cena en la habitación, Máximo está recostado en su asiento y me mira con fijeza.

—Nuestro bonito matrimonio —ironizo, y bebo mi copa de un trago—, no me digas

que no eres más feliz desde que te encuentras casado.

—Mucho más... —gruñe, pero no bebe de su copa y yo me estoy impacientando.

—Pues nadie lo diría cuando siempre estás con el ceño fruncido —replico nerviosa. Estoy empezando a sudar, la visión se me torna borrosa y ahora mismo necesito quitarme toda esta ropa que me sobra.

«No. No. No. Mierda. ¿Me he equivocado de copa?».

—¿Te encuentras bien, esposa? —pregunta, observándome con esa mirada penetrante—. Cualquiera diría que te encuentras... caliente.

«Sí, ¡joder! Pero... ¿cuándo mierdas me ha pegado el cambiazo?».

Dejo el vaso a un lado, las manos me empiezan a sudar como todo el cuerpo, y lo miro mientras emite esa estúpida sonrisa engreída.

—¡Me has drogado! —grito, furiosa—. ¡Eres un cabrón!

Él solo suelta una carcajada sonora. Me levanto de la silla, tropiezo y caigo al suelo, totalmente mareada. Máximo se levanta para cogerme en brazos, me aprieta por un momento contra su pecho mientras acerca su nariz e inhala el aroma de mi cabello. Me muerde el lóbulo de la oreja antes de dejarme sobre la cama.

—No deberías jugar con fuego, Sienna.

Se dirige hacia uno de los cajones y saca algo que no consigo ver, se quita la chaqueta y la camisa quedándose con solo el pantalón puesto. No puede ser más atractivo. El sudor recorre mi frente, intento levantarme, pero el cuerpo no llega a responderme.

—¿Qué vas a hacerme? —pregunto, curiosa y algo nerviosa. El bajo vientre me palpita cuando viene en mi dirección con esa mirada profunda. Lleva en las manos una cuerda, y ahí es cuando veo claras sus intenciones. Me tiembla la voz cuando insisto:

—Má... xi... mo, ¿qué haces?

Me coge por las muñecas e intento oponer resistencia, pero no puedo. Anuda ambas manos entre sí y me las ata al cabecero de la cama.

—¿Qué pensabas hacer con la droga, esposa? —me recrimina mientras aprieta el agarre con fuerza—. ¿Drogarme y violarme? ¿Creías que podrías meter droga en mi casa sin que yo me enterara?

—Solo quería... probar... un poco de lo que... es mío.

Me agarra una pierna y la ata a un lateral de la cama, luego hace lo mismo con la otra. Intento resistirme, pero no tengo fuerzas. El vestido se me ha subido a la altura del ombligo por el forcejeo. Saca un machete con el puño de acero que lleva sujeto a su pantalón y me restriega la fría hoja por la mejilla. Me quedo muy quieta, porque un simple roce me podría cortar. Luego baja el cuchillo a la altura de mi pecho y empieza a cortar el vestido poco a poco. Se deshace de la prenda dejándome en ropa interior.

—Voy a castigarte, Sienna —me dice mientras se sienta en la cama y me acaricia el cabello.

—¡Te odio!

—Eso significa que estás muy cerca de pertenecerme, porque del amor al odio hay un fino hilo.

—¿Qué vas a hacerme? —repito, nerviosa. Su penetrante mirada abrasa la mía, y puedo ver que lo que quiere hacer conmigo es perverso.

Escucho el sonido de la puerta al cerrarse, me sobresalta, la habitación tiene una luz tenue y no logro distinguir a la mujer que viene con un maletín hacia mí. Rubia, con el pelo rapado por un lado, delgada y tatuada. Muy tatuada. Giro la cabeza hacia Máximo con una mirada suplicante.

No sé qué quiere hacerme, pero me siento expuesta ante esta mujer. Estoy prácticamente desnuda y atada a la cama con mi esposo semidesnudo.

—Te presento a Yoslevis, mi tatuadora y perforadora personal —me explica—, hace los mejores tatuajes de toda Colombia.

—Joder, Máximo, menudo caramelito de mujer te has buscado, ya decían las malas lenguas que estabas ilocalizable, ahora entiendo por qué —comenta mascando chicle.

—¡Máximo! ¿Qué... piensas... hacer? —La excitación de la droga apenas me deja hablar.

—Estás de suerte, Sienna, tienes a la mejor perforadora solo para ti, y voy a contarte un secreto: le gustan las mujeres tanto como a mí.

«No será verdad, ¿no? No sería capaz de dejar que esa mujer me toque, ¿verdad?».

La mujer deja sobre la mesa su maletín y se pone a sacar objetos, es bastante ruidosa.

—Dime que me vas a dejar probarla —pide la mujer.

—Tres segundos, tienes tres segundos. —Se levanta y se pone entre mis piernas, yo lo miro furiosa.

—¡Qué aburrido eres! —replica ella mientras está de espaldas preparando sus cosas.

Máximo pasa la punta de la hoja de su cuchillo por mi sujetador y lo corta, y después lo dirige hacia la zona inferior. Acerca el extremo a mi sexo y me quedo muy quieta, ese leve roce me excita de una manera arrebatadora, estoy inflamada, desesperada por buscar alivio. La aprieta contra mí lo justo para quitarme la prenda y quedar totalmente expuesta ante sus ojos. Gira el cuchillo y ejerce presión con el mango de su machete sobre mi coño.

—¡Joder! —Arqueo la espalda, no puedo hacer otra cosa que gemir.

—Vas a evaporarte, Sienna, estás muy caliente.

Esta vez el mango pasa por la base de mis pliegues que lo reciben empapada e introduce la empuñadura solo unos centímetros, pero el contacto me hace seguir sudando. Quiero que siga, no puedo soportarlo más, tengo un fuego en el cuerpo que no logro calmar, me arqueo para atrapar el puño de su machete un poco más.

—Ya lo tengo, aparta —lo empuja la mujer con el hombro—, me estáis poniendo muy perra.

La mujer se sienta entre mis piernas, lleva algo entre los dedos, pero no sé qué es. Pone sus manos en ambos muslos y me los aprieta.

—Tres segundos —repite él.

Noto como la mujer se inclina y pasa su lengua por mi sexo. Me aferro como puedo a las sábanas, y Máximo me observa con esa sonrisa sacada del mismísimo infierno.

—Uno —cuenta ella, mientras le pide permiso a mi esposo con la mirada—. Dos —repite cuando se vuelve a inclinar para volver a pasar la lengua, esta vez un gritito sale de mi garganta.

¡Joder! Esto no me puede estar pasando, y que este estúpido esté disfrutando de esto tanto como yo... Porque, sí, lo estoy disfrutando mucho; no había hecho nada ni parecido y las ganas de entregarme a él se hacen más fuertes. Se aproxima y se sienta a mi lado, y mete la cabeza en el hueco de mi cuello, respirando sobre mi piel.

—Y tres —dice la mujer que vuelve a saborearme.

Esta vez me absorbe y se queda más de un segundo ahí, parece una eternidad, cuando algo muy fuerte se apodera de mi cuerpo para salir, el éxtasis de lo que parece ser una buena corrida. Pero entonces algo punzante y doloroso me atraviesa los genitales y el grito que emerge de mi garganta es descomunal. Un placer tan inmenso, rodeado de dolor, que me deja con el corazón latiendo al ralentí y sin voz.

—Tranquila, mi reina —me pide con un hilo de voz sereno en el oído.

Ha sido algo tan intenso que no sé si voy a poder sacar el fuego que me quema, así que lo mejor es que me deje atada, porque las ganas de poseerlo no han cesado después de esto, se han vuelto más fervientes.

—Máximo, ¡joder! —grito con la voz entrecortada.

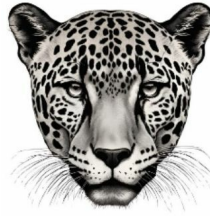
—Puedes marcharte, Yoslevis, encima de la mesa tienes el dinero, gracias por tus servicios —le dice sin mirarla.

—Joder, me dejáis en lo mejor —replica—, espero que disfrutéis de vuestro nuevo juguete.

En cuanto la mujer recoge sus cosas de encima de la mesa y se marcha, Máximo me desata y se recuesta sobre la cama. Cuando cierro las piernas, noto una molestia en mi clítoris y suelto un quejido. «¿Me ha puesto un *piercing*?». Me rodea con su brazo y me aproxima a su cuerpo, no entiendo por qué me siento segura a su lado, pero lo hago mientras caigo dormida.

MÁXIMO

CAPÍTULO 9



Me meto bajo el agua fría de la ducha para calmarme. A mitad de la noche, he tenido que volver a mi habitación y masturbarme como un loco para poder desahogarme. Ya no hay nada que pueda hacer para resistirme a ella. Disfruté lo de anoche como un puto enano, me gusta llevarla al límite y eso es lo que hice, pero uno no es de piedra, así que las ganas de deshacerme entre sus piernas duro como una piedra, es algo que me consume los pensamientos.

Debería dejar este estúpido juego de doblegarla y follármela como el animal que soy, porque no hay nada que desee más en el mundo, pero yo no busco quedarme con los pedazos de ella, yo lo quiero todo.

Salgo de la ducha y me pongo mi traje de firma italiana antes de dirigirme a la cocina donde tomo el desayuno que está recién preparado en la mesa. Mi madre está junto a mi prima, Yuli, hablando entre murmullos. Se hace el silencio cuando se dan cuenta de mi presencia.

—Si mi esposa pregunta por mí, decidle que he salido a trabajar —les digo a las dos mientras doy el último trago al café.

—Y ¿por qué no se lo dices tú?

Mi prima tiene esa bonita manía de tocarme los huevos.

—Porque está plácidamente dormida y no he querido despertarla.

—Descuida, cuando se levante le diremos que has ido a hacer el narco por ahí —ríe ante la broma.

La miro con el ceño fruncido, no ha tenido gracia. Sienna no sabe lo que soy y prefiero mantenerla al margen de mi mundo.

—No te atrevas —la aviso.

—¿Cuánto tiempo más crees que necesita para darse cuenta? —Ambas mujeres me miran con curiosidad.

—¡Es mi decisión si quiero compartir el secreto con mi esposa! —les advierto.

Ellas se ríen. Cuando se creen graciosas, no hay quien las soporte. Justo cuando voy a salir, choco contra mi mujer hombro con hombro. No se aparta de mi camino y no levanta la mirada del suelo ni siquiera para saludarme.

La agarro del brazo y la giro hacia mí, me mira con odio.

—Por las mañanas se dan los buenos días —la reprendo sin soltarla de mi agarre.

—Te los daré cuando te los merezcas. —Aparta su brazo de un tirón mientras se dirige a la mesa del almuerzo, veo como camina de manera extraña y eso me hace sonreír.

—Me voy a trabajar, esposa.

—Puedes marcharte donde te plazca.

—Lo tendré en cuenta.

Se sienta con las arpías de mi familia y la veo sonreírles. Ella empieza a ser una más. Cierro los ojos y pienso en todo lo que tengo que planificar para hoy para evitar cargarla sobre mi hombro y tomarla a la fuerza si hace falta, porque la deseo con tal intensidad que no puedo dejar de pensar en otra cosa ahora mismo. «Este estúpido juego se está

volviendo contra mí».

Cuando salgo al jardín, mi hombre, Esteban, está apoyado en mi coche mirando su terminal. Me dirijo a él y le hago una señal para que se siente en el asiento del copiloto. Me gusta manejar mis propios coches cuando puedo.

—Las cargas ya están preparadas, patrón. —Lo miro de lado mientras salimos al muelle de Buenaventura—. Y los lancheros listos para actuar.

—¿Crees que lo conseguirá? —le pregunto a Esteban.

—¡Ese *huevón* va a dormir unos años entre rejas! —Se carcajea de manera estruendosa.

El nuevo lanchero hoy va a ser mi cebo, ya que mató a cuatro de mis hombres. Bueno, a tres, me dejó en ridículo y luego tuvo los santos huevos de venir a pedirme trabajo. Así que su lancha llevará la mitad de la carga, solo tengo que levantar el teléfono para indicar su ruta y tres patrullas de la policía irán a por él. Mientras tanto uno de los hombres elegidos por mi primo Javier aprovechará para llevar la mercancía al carguero que lo está esperando en un punto fijo mar adentro.

Así operamos, es parte de nuestro éxito en el transporte de droga, mis cargueros distribuyen todo tipo de materiales por el mundo, pero la droga es cada vez más difícil pasarla por los controles de seguridad. Tengo comprada a la mitad del país, pero de entre esa mitad, siempre sale un héroe que se arriesga a llevarse un tiro en la frente, por joderme mi carga.

—Venga, vamos, esperaremos que tu hombre vuelva al almacén.

Esta entrega me tiene nervioso, no sé por qué, pero sé que el *huevón* va a pasar la prueba de fuego, prácticamente nadie lo hace. A muchos les hago el favor de su vida, son pobres diablos enganchados a la droga que buscan *plata* fácil para seguir consumiendo su

existencia. A muchos les doy la oportunidad de entrar en la cárcel y reinserirse, pero este tío es diferente, tiene los huevos bien puestos y no es ese perfil de hombre.

—¿Cómo está tu esposa?

Ambos estamos sentados en una de las mesas esperando, Javier es el que se está ocupando de este envío, yo solo debo esperar.

—Gracias por preguntar, patrón, se está recuperando. Es duro perder a un bebé, pero el médico le ha dicho que ella se pondrá bien y que más adelante podrá volver a quedarse embarazada, y todo gracias a usted.

—No me debes nada, es lo mínimo que podía hacer.

Pagué el mejor hospital para su mujer; aquí si uno no tiene dinero, se muere esperando una buena atención y es lo menos que puedo hacer por las personas que considero mi gente. La lealtad no es algo que solo se gane con dinero.

—De todas formas, gracias...

—¡Tú! —El nuevo irrumpe en el almacén, seguido de mi primo Javier.

—No te he dado permiso para que me tutees, *huevo*.

Me levanto y nos ponemos frente a frente, no sé con quién cree que está tratando, pero podría deshacerme de él en este mismo instante.

—Me has tendido una trampa, tu carga está en el muelle. He tenido que sortear a las patrullas, ¿esa es la manera que tienes de tratar a los tuyos?

—Mataste a mis lancheros y me robaste mi mercancía, no eras uno de los míos —sentencio sin apartarle la mirada—. Así que he tenido que comprobar de qué material estabas hecho.

—¿Ha resuelto eso sus dudas, *patrón*? —Aparta la mirada y retrocede un paso atrás

—. Soy el mejor hombre en alta mar que va a tener, no sé si con esto le habrá quedado claro.

Javier está a unos pasos detrás del hombre, con la mano preparada para desenfundar el arma. Pero veo cómo se destensa cuando este retrocede.

—Ahora eres uno de los nuestros, harás un envío semanal. Javier te explicará nuestra manera de proceder. También tendrás que vivir en la hacienda, te ocuparás de la seguridad de la parte norte junto con otros de mis hombres, espero que eso no suponga un problema.

—Solo quiero formar parte de su cártel, ser uno de los suyos, ya se lo dije —responde con firmeza.

—A partir de hoy, se te tratará como a uno de los nuestros, así que no vuelvas a tutearme y ponte a trabajar.

Le hago una señal a Javier con la cabeza y este lo coge del brazo para llevárselo. Es el mejor hombre que he tenido, pero hay algo en lo más profundo de mi ser que me impide confiar al cien por cien en él.

SIENNA

CAPÍTULO 10



Tres días sin saber nada de mi esposo y ya me empiezo a impacientar. He decidido no preguntar dónde estaba porque, que no haya tenido la necesidad de verme en estos días, me enfurece aún más de lo que ya lo hace con su presencia.

Entiendo que debe tener una doble vida con alguna otra mujer. No quiero pedirle ninguna explicación, así que yo sola saco este tipo de conclusiones. Juega con mi estabilidad emocional, pero no es capaz de acostarse conmigo. Me miro en el espejo de pie de mi habitación y ladeo el cuerpo de un lado a otro. Siempre me he creído una mujer muy atractiva, he rechazado cientos de hombres y soy inteligente. No entiendo por qué a mi propio esposo no le podría gustar.

El vaivén de mis piernas me recuerda que tengo algo nuevo en mi sexo y me pregunto cómo será, he sentido curiosidad estos días, pero he tenido miedo de verlo. Cojo una butaca que tengo en la parte trasera y la pongo frente al espejo mientras me bajo la ropa interior antes de sentarme. Abro las piernas, pero, como es tan diminuto, debo acercarme al espejo un poco más para verlo mejor.

«¡La madre que lo parió!».

El *piercing* es una piedra y lleva unas iniciales grabadas con lo que parecen ser diamantes. «¿Me ha puesto la M de Máximo en el coño? ¡Será cabrón!».

Estoy abierta de piernas, observándome, cuando la puerta se abre de golpe y caigo para atrás de culo del susto.

—Lo siento, señora, pero es que tiene visita —se disculpa Mercé. Esa manía suya de entrar sin avisar...—. ¿Necesita que la ayude?

—No, estoy aquí genial, practicando mi deporte favorito.

Ella emite un amago de sonrisa, pero la contiene. A ver, vamos a ser realistas, yo estaría muerta de la risa si no fuese porque la afectada de esta vergüenza soy yo.

—Pero ¿qué haces ahí tirada?

Mi prima entra por detrás de Mercé y me mira sin poder evitar sonreír.

—¡Fer! —Me levanto, me recompongo el vestido y me dirijo a ella para abrazarla—. Y no vuelvas a preguntarme por qué estaba tirada en el suelo.

—Bueno, será mejor que vaya preparando la habitación de la invitada. Yo ya las dejo, con su permiso.

Mercé se retira cerrando la puerta y Fernanda aprovecha para separarse de mis brazos.

—Ahora vas a decirme por qué estabas tirada en el suelo toda espatarrada.

Fer es insistente, lo preguntará hasta que se lo diga, y ha venido a pasar una semana, así que lo mejor será acabar con el interrogatorio.

—Estaba mirando una cosa..., un poco íntima.

—No me vengas con tonterías, no hemos tenido nunca secretos. Cuéntamelo —vuelve a insistir.

—Tengo un *piercing*... en el *toto* —le digo algo avergonzada, señalando ahí abajo—. La otra noche Máximo me castigó y me lo puso.

—¿Qué?! —se sorprende, sin evitar carcajearse—. ¡Yo quiero verlo!

—¿María Fernanda! —La aviso con el nombre que sé que odia, para que lo deje estar—. No insistas.

—Sabes que no dejaré de hacerlo hasta que lo vea.

Me siento en la butaca, niego con la cabeza, pero es mi prima, así que, a pesar del pudor, abro las piernas. Ella me mira el sexo y luego me mira a mí sorprendida.

—El día que un tío me ponga un *piercing* en el coño con sus iniciales, me arrodillaré, le comeré la polla y luego yo misma le pediré que se case conmigo.

—Fer, tú le comerías la polla hasta al párroco de la iglesia si te dejara.

—Bueno, sí, pero no me digas que no es explosivo tu marido. —Se sienta en la cama y deja su bolso a un lado, saca un abanico con el que se da aire—. Estas cosas me alteran un poco.

—Pues espera a que paseemos por la hacienda. Hay cientos de hombres, tu sueño hecho realidad.

—Ya te digo —asegura impaciente, se levanta de la cama y se dirige a mi vestidor—. Espera, espera, espera. La madre del amor hermoso, ¿todo esto es tuyo?

Vestidos de lujo, zapatos, bolsos exclusivos, joyas, maquillaje, el sueño de toda mujer hecho realidad.

—Me aburro mucho, así que lo único que me queda es gastar su fortuna.

De pronto la puerta se abre, Máximo irrumpe en mi habitación sin avisar.

—Buenos días, prima. Encantado de tenerte aquí. —Se aproxima a Fernanda y la traidora le responde con cariño.

—Gracias por llamar a la puerta —repongo con ironía.

—No hay de qué, mi reina. —Es mi turno y me da un beso en la mejilla.

—Te odio —susurro en su oído.

Máximo se separa de mí con una sonrisa engreída en los labios.

—Y, ¿a dónde vais? —le pregunta directamente a mi prima. Yo no le diría una mierda, no creo que le deba ninguna explicación después de ignorarme tan abiertamente.

—Vamos a comer por ahí y a tomar algo.

—Está bien, podéis llevaros a Esteban para que os custodie.

—No necesitamos una niñera —replico, esa manía que tiene de controlarlo todo es agotadora.

—Te guste o no, Sienna, ahora eres mi esposa, y tengo muchos enemigos ahí afuera, así que no saldréis solas —sentencia. Coge rumbo a la puerta para marcharse. Está acostumbrado a que nadie lo desautorice, pero hoy le voy a dar de beber un poco de su propia medicina.

—Vaya, qué tensión... —añade Fer cuando se ha marchado.

—Uf, me desespera, pero hoy vamos a divertirnos, se va a enterar de lo que soy capaz.

—Prima, me das miedo cuando te pones así de intensa —repone ella.

—Venga, salgamos.

Vamos al centro comercial, Esteban nos sigue de cerca mientras compramos, comemos y nos divertimos. Son casi las ocho y nuestro escolta debe estar agotado de tantas compras. Me sabe mal lo que voy a hacer por él, pero necesito salir a disfrutar con mi prima y sentir que no soy un pájaro encerrado en una jaula.

Finjo un dolor de tripa para poder entrar en el baño y tener tiempo para deshacerme

de Esteban. Lo engañamos y nos escapamos, llamamos a un taxi y le pedimos que nos lleve a un local de moda. Necesito salir con mi prima para recordar viejos tiempos, beber hasta emborracharnos y bailar hasta que nos duelan los pies.

—A tu marido ya estaba empezando a caerle bien, va a odiarme cuando volvamos y sepa que yo te he apoyado en esto.

—¡Que le den! —digo enfadada—. No salí del control de la mano de mi padre, para dejar que otro hombre me controlara.

Entramos en el *pub*, las luces y la música nos reciben. Pedimos alcohol, mucho alcohol, hasta que la embriaguez invade mi cuerpo, que se relaja mientras bailo y río. Fernanda está bailando con un chico, ambos se van a la barra y yo aprovecho para ir a refrescarme.

De pronto alguien pone sus manos en mi cintura y me arrastra hasta un rincón oscuro. «¡Otra vez, no!», pienso al notar el tacto del hombre de aquella noche.

—Te tengo, pajarito —me susurra con un hilo de voz mientras me aprieta contra su pecho apoyada de espaldas a él.

—¿Thiago? —murmuro, su voz es tan familiar...

Una de sus manos baja y tira de la cadera, me hace chocar las nalgas contra su cuerpo. Su miembro está notablemente dispuesto.

—¡Déjame, joder! —Intento zafarme de él. Sé que es el mismo con el que jugué en aquella discoteca, pero por aquel entonces, era una mujer libre.

No me suelta de su agarre, intento gritar, pero la música está demasiado alta.

—¡Déjame! ¡Estoy casada! —El hombre me libera, el corazón me va a mil por hora, pero cuando me giro sofocada él ya no está—. ¡Joder!

Paso furiosa entre la gente buscando a Fernanda. Es la última vez que me separo de ella. La veo a lo lejos sonriéndole a su ligue.

—Nos tenemos que ir de aquí. —La agarro del brazo con un remolino de nervios golpeándome el pecho.

Quizás esto no fuera buena idea.

—Pero ¿qué pasa?

Me aparta a un lado, señalándole a su conquista que la espere un momento.

—El tío de aquella noche de la discoteca, está aquí —explico nerviosa—, el desconocido.

—Pero si no le viste la cara.

—No, pero sé que es él. Además, me ha molestado en alguna otra ocasión... Y soy una mujer casada.

—Pasa de él, solo es un tío que quiere echar un polvo, pero es que todos los tíos de esta discoteca quieren eso. —Ríe por la broma, yo no le encuentro la gracia. Estoy verdaderamente asustada, he sentido el temor de hacer lo incorrecto, porque ahora mismo siento que le debo fidelidad a mi esposo. Y me empiezo a preguntar si hago bien sintiéndome de esta manera, cuando seguramente él se alivie con otras mujeres—. Venga, vamos, nos tomamos otra copa y te relajas —propone mi prima intentando tranquilizarme.

—Creo que no ha sido tan buena idea venir hasta aquí —digo para mí misma. Fer no me puede escuchar con el ruido de la música.

Mi tranquilidad dura apenas unos minutos, cuando veo que con paso decidido un hombre viene hacia mí. Mi esposo. Su mirada es penetrante y tiene el ceño fruncido. Esteban le sigue por detrás. «En menudo lío lo hemos metido».

—¿Qué haces aquí? —Me coge de la muñeca y, aunque no me hace daño, su tono es el de un hombre furioso.

—¿Salir? —le respondo con ironía, dando a entender lo evidente—. No eres nadie para darme órdenes.

—Te guste o no, soy tu esposo.

—¿Lo eres también cuando te marchas tres días fuera y te acuestas con la que te da la gana? —Estoy afirmando algo que no sé, pero ese pensamiento lleva rondando mi cabeza mucho tiempo como para no soltarlo.

Tira de mi mano y me saca fuera del *pub* para continuar con la conversación sin tener que gritarnos por encima de la música. Me gira y quedamos frente a frente.

—Me he follado a cientos de mujeres —asiente, y me mira con fijeza a los ojos—. A ninguna después de casarnos.

—Me he follado a muchos hombres —repito prácticamente sus palabras para irritarlo, porque yo no me he acostado con cientos—. A ninguno desde que estoy casada.

Máximo me mira con una sonrisa engreída.

—Quieres que te castigue... —gruñe. Hace un gesto con las manos y le da una orden a Esteban que va acompañado de Fernanda.

Esteban se monta en el todoterreno que se encuentra mal aparcado en una acera y mi prima se sienta en el asiento del copiloto. Máximo tira de mi mano para que lo acompañe, pero yo no me muevo del sitio. Así que decide agarrarme con fuerza por la zona de la cadera verticalmente y colocarme sobre su hombro. Máximo es un hombre muy fuerte, por lo que no sirve de nada mi gran pataleta delante de todo el mundo. Cuando me lanza dentro del vehículo, en la parte trasera, la retomo.

—¿¡Qué coño te crees que haces!? —espeto furiosa.

—¿Estás loca? —Activa la mampara separadora del coche para que su hombre y mi prima no sean partícipes de nuestra reyerta—. Podrían haberte hecho daño.

—Oh, sí, seguro que ese es el motivo. —Me pongo de brazos cruzados arrinconada contra el lateral izquierdo, no quiero que se me acerque—. El gran Máximo no es un manipulador al que le gusta tenerlo todo bajo control —le recrimino.

—Aunque no te lo creas, solo tienes razón en una pequeña parte. Ahora eres parte de mi familia y soy uno de los hombres más poderosos de Colombia, cualquiera podría utilizarte en mi contra.

—Sí, claro.

Recorre el sillón que nos separa y se pone junto a mí. Una de sus manos sube por mi muslo e instintivamente abro un poco las piernas.

—No voy a castigarte, Sienna —me susurra en el oído, y justo en ese instante el coche frena frente a la hacienda—. No voy a premiarte, mi reina.

SIENNA

CAPÍTULO 11



Ayer Fernanda se marchó a su casa después de pasar la semana juntas. Mi esposo ni siquiera ha aparecido en estos días y estoy empezando a plantearme pedirle el divorcio. Lo que me pareció una idea brillante al principio, ahora es una carga que se agranda cada día que pasa. No puedo soportar la idea de guardarle celibato a un hombre que no me quiere, así que solo pido que sea condescendiente y me deje marchar. Pienso pedirle que me devuelva la que era mi casa, buscaré un trabajo y haré mi vida sola, como debió ser desde un principio.

—Por fin gente nueva por la hacienda —dice Yuli mientras da un sorbo a su café—. ¿Has visto cómo está el nuevo?

Se desplaza hacia la ventana de la cocina y se asoma para mirarlo.

—No sé de quién me hablas, pero no me fijo en otros hombres —digo con sarcasmo mientras levanto el dedo anular donde llevo mi alianza.

—Por tu bien, más vale que no. Mi primo es un hombre muy celoso, le arrancaría los ojos a cualquiera que se atreviera a mirarte con otros ojos.

Yuli sigue mirando por la ventana interesada en el nuevo. Yo pongo los ojos en blanco cuando Mercé se une a ella. Doy un largo sorbo a mi café y salgo hacia la puerta de entrada decidida a buscar a Máximo. La idea de separarme de él se convierte en una

necesidad, así que pruebo suerte, y por lo visto la tengo. Máximo entra en la hacienda, vestido con un pantalón chino en color gris, una camisa blanca y unas deportivas del mismo color. No puede estar más irresistible. «Céntrate, Sienna. El divorcio».

—Hola, mi reina, qué alegría verte. —Me coge de la cintura y besa mi mejilla rozando la comisura de mis labios.

—Quiero el divorcio —le digo sin pensarlo más. Su mirada baja y busca la mía con curiosidad.

—¿El divorcio? —Su risa resuena en todo el recibidor—. Y ¿cuál es la razón?

¿De verdad me está preguntando la razón?

—Te odio, es más que evidente. —Cojo la taza de café y la aprieto en mi mano. Me coge por la cintura y ese simple roce de su mano sobre mí me hace retroceder dos pasos, pero él me mantiene pegada a su cuerpo.

—No vas a abandonarme. —Se acerca a mi oído para decirlo, su tono me indica que está furioso—. Además, tengo una sorpresa para ti.

—¿Me escuchas cuando te hablo? —refunfuño mientras trato de soltarme de su agarre.

Sus brazos ejercen la fuerza justa para no dejarme apartarlo, una de sus manos vuela por mi cintura. Su cara se queda a solo unos centímetros de mis labios. ¿Va a besarme? Porque él mismo me dijo que no besaba a las mujeres con las que se acostaba. Aunque pensándolo bien, yo no soy una de ellas, así que me muerdo el labio inferior esperando que sus labios arrastren a los míos a lo que tanto tiempo me ha negado. Me pongo de puntillas, pero, cuando voy a unir nuestros labios, me separa.

«¡Lo odio! ¡Lo odio! ¡Lo odio!». El poco café que me queda en la taza, se lo lanzo sobre su impoluta camisa blanca.

—Eres demasiado impulsiva, mi reina. —Se toca las manchas de la camisa y vuelve a dirigirse a mí—: En unos días proclamarán al presidente de Colombia y según las encuestas todo apunta a que tu padre será el ganador.

—¿Esa es la sorpresa? ¡Me importa una mierda!

Si cree que debo estar contenta u orgullosa, es que no sabe el tipo de relación que mantengo con mi padre.

—Esa boca, esposa —me regaña, pero justo escucho detrás de mí a Yuli.

—Eh, Máximo, dichosos los ojos. —Ella se aproxima a él y le da dos besos cerca de la comisura de los labios. Es su prima, ¡por el amor de Dios! ¿Acaso mi marido no se da cuenta de que su comportamiento es indebido?—. ¿Cómo es que has contratado nuevos hombres y no me has dicho nada?

—No es de tu incumbencia a quién contrato —afirma, su voz parece distante—. Le estaba comentando a Sienna lo de la fiesta.

—¿Fiesta? —murmulo.

—Todo apunta a que el sábado tu padre será el presidente, estamos invitados a la fiesta privada. Los hombres más influyentes asistirán a ese evento con sus esposas, por lo que necesito que te compres un vestido, joyas, zapatos...

—No necesito nada de eso —le reprocho—, tengo cientos.

—No digas tonterías, Sienna, nunca se tienen suficientes —añade Yuli. ¿Alguien le ha dicho a esta mujer que sobra en esta conversación? No sé si voy a poder algún día familiarizarme con ella, porque, visto lo visto, no conectamos.

—Te he puesto un nuevo hombre, él se encargará hoy de tu seguridad. —Se dirige a la puerta de la entrada principal y la abre para llamarlo—. Thiago, ven, te presentaré a mi esposa.

Ese nombre hace que mi mundo se paralice, el corazón me palpita a toda velocidad. Es imposible que lo que asalta en mi imaginación sea verdad. La taza de café me tiembla en las manos cuando un hombre de cabello oscuro y ojos verdes entra y me dirige la mirada. Las articulaciones de las manos me fallan y la taza cae al suelo haciéndose añicos. «Es él. No puede ser». Estoy a punto de caer hacia atrás, pero tropiezo con Yuli, un barullo de nervios se acumula en mi estómago.

—Encantado de conocerla. —Thiago me hace un movimiento de cabeza y baja la mirada al suelo.

Me quedo paralizada y en *shock*. Lo que menos me esperaba era encontrarme al amor de mi vida entrar por esa puerta. Hace seis años que lloré su muerte, hace seis años que me destrozó su pérdida, y verlo ante mí... «No puede ser, no puede ser».

—¿Estás bien? —me susurra Máximo en el oído, una de sus manos me sujeta por la cintura.

Salgo corriendo de la estancia para huir de esta situación, no tengo palabras ahora mismo para luchar contra el odio que siento hacia los dos hombres que están en ese lugar.

—Ten cuidado con ella, al último hombre que se la confié se le escapó y tuve que ir en su busca —escucho por detrás mientras voy camino del coche que hay aparcado en la puerta de la hacienda.

Me subo al todoterreno en la parte del copiloto y pego un portazo. Thiago sube tres minutos más tarde, después de escuchar las indicaciones de Máximo: «Ten cuidado», «vigíla», «protégela con tu vida»... Bla, bla, bla. Sube al lado del conductor, le observo de reojo, pero su vista está fija en el frente mientras arranca sin dirigirme la palabra. Lo miro para comprobar que lo que ven mis ojos es verdad.

—Hola, señora, ¿dónde la tengo que llevar? —Su voz es pausada y la utiliza con cuidado.

—Al centro comercial —respondo tajante.

Gira el volante mientras un hombre le abre el portón principal. Él no aparta la mirada de la carretera en ningún momento. Lo conozco y sé que está incómodo, pero esto debe tener una explicación, y solo él me la puede dar.

—Sé lo que estás pensando. Lo siento, mi amor, siento que te hayas tenido que enterar así —irrumpe cortando el silencio.

—No vuelvas a llamarme así. —Ahora sí que gira su mirada de reojo hacia mí—. ¿Dónde has estado estos seis años? Y ¿por qué dejaste que creyera que estabas muerto? —le reprocho. Aprieto los puños, porque no hay explicación que ahora mismo me haga comprender la situación.

—Es muy largo de explicar, pero solo puedo decirte que lo hice por ti. —Para en un semáforo en rojo y se gira para hablar cara a cara. Cierro los ojos con dolor, sus rasgos son tan similares a los de mi esposo, que incluso me desconcierta volverlo a mirar. Apunta con su dedo a mi barbilla y me obliga a mirarlo—. He venido a por ti, Sienna. No te dejé hace seis años, y no voy a hacerlo ahora.

—Ha pasado mucho tiempo, me dejaste sola, rota..., ¿y vienes después de todo este tiempo a por mí? —Me aparto hacia atrás para romper el contacto—. He rehecho mi vida, Thiago. —Levanto mi dedo para que vea mi alianza.

—No sé cómo has podido casarte con ese hombre —responde con desdén, y aprieta con su mano el cambio de marchas con fuerza.

—No sé cómo pudiste dejarme tanto tiempo destrozada. Pensé que habías muerto en el accidente, lloré tu muerte, y todavía estaría hecha pedazos si no fuese por ese hombre.

No puede ser verdad lo que ha salido de mis labios. Hace solo unos minutos quería el divorcio, aunque en mi fuero interno solo quería hacerlo reaccionar. Es posible que estas

semanas de obsesión por agradar a mi marido, se hayan convertido en algo más que no puedo explicar.

—¿Lo quieres?

—No lo sé —contesto con sinceridad—, pero es algo que no te debería importar. ¿O me vas a decir que has estado seis años sin estar con ninguna mujer?

—Ninguna como tú. —Esa afirmación me duele más de lo que puedo reconocer. Ahora mismo me ha dado un apretón en el pecho porque a pesar de saber dónde encontrarme, no ha tenido reparos en estar con más mujeres—. Tienes que escucharme, Sienna, tu marido no es quien crees que es.

—¿Vas a intentar tapar tu mierda hablando mal de él? ¡Todo el mundo sabe quién es!

—Máximo López no es el hombre que dice ser. Abre los ojos, Sienna. Tu seguridad, todos los hombres que trabajan para él, sus fincas, su dinero...

—Tiene la empresa de tráfico marítimo más importante del país —lo defiende.

—Tu esposo es el narcotraficante más peligroso de toda Colombia, Sienna. Trafica con cocaína, las empresas son solo su tapadera.

Me giro sorprendida para mirarlo, es una acusación muy fuerte para no ser verdad. Mi mente gira a toda velocidad durante varios minutos. Miles de pensamientos me invaden. Si me paro a pensar detenidamente, todo cobra sentido. Ese es el motivo por el que se casó conmigo, mi padre pronto será el presidente del país, lo ayudó con su influencia y su dinero, así se aseguraría el poder absoluto y más manga ancha para poder seguir traficando.

—¿Por qué no dices nada? —Lo miro enfadada sin intención de responder.

Me siento engañada, ultrajada y humillada, no solo por Máximo, sino por todos los hombres que me rodean. Todos ellos me han mentido.

—Te conozco, sé que ahora mismo debes estar haciéndote cientos de preguntas, pero créeme cuando te digo que he venido a por ti. Te sigo queriendo, ¿sabes? —me dice con la voz pausada—. Nunca he dejado de hacerlo, todo lo que he hecho ha sido por ti.

—No paras de repetir lo mismo una y otra vez, aun así, no puedo perdonarte. No puedes venir aquí después de tanto tiempo y pedirme que confíe en ti.

—Tienes razón. —Aparca en el *parking* del centro comercial—. Voy a darte tiempo, lo necesitas para poder creer lo que te digo, para volver a confiar en mí. Me he metido en esto para rescatarte, no me iré de aquí sin ti, pero entiendo que necesitas asumirlo todo.

Su mano se posa en mi muslo, lo hace con la familiaridad con que lo hacía siempre, pero yo no soy la misma persona de tiempo atrás. No me ha explicado por qué fingió su muerte y no entiendo por qué aparece ahora en mi vida, cuando ya estaba empezando a olvidarlo.

—No vuelvas a tocarme sin mi permiso. —Le aparto la mano bruscamente—. Tienes razón en que no confío en ti y me debes una explicación.

Me paso la mañana comprando, me compro el vestido más caro y explosivo de toda la tienda, mientras mi mente le da vueltas a lo que Thiago me ha contado sobre Máximo. El narcotraficante más peligroso del país es mi marido.

MÁXIMO

CAPÍTULO 12



Me recuesto en el sillón de mi oficina, Javier no para de dar vueltas de un lado a otro y me estoy empezando a poner nervioso. Apago mi cigarro y me pongo a lanzar dardos a la diana que tengo al otro lado de la mesa. Un dardo pasa por el lado de mi primo rozando su oreja.

—¡Tu madre! Casi me matas, *huevón* —me dice ofuscado, yo emito una carcajada. Es él el que se ha empeñado en interponerse en el camino de mis dardos.

—¿Puedes sentarte un momento y dejar de dar vueltas de un lado para otro? Me estás poniendo nervioso.

Se sienta en el sillón de enfrente, deja unos papeles sobre la mesa y me mira irritado.

—Tenemos a los Escorpiones cada vez más cerca. Anoche, dos de nuestros hombres volvieron a aparecer muertos y una de las empresas fantasma ha quebrado.

—¿Quebrado? —pregunto extrañado, tengo dinero para comprar todos los negocios de este país, eso es imposible.

—Algún *hijueputa* entró en el sistema de la importadora que tenemos al norte de la ciudad y ha barrido todo el dinero. Creo que tienen algún hacker, la presidencia de Emmanuel Hernández, tu suegro, está próxima, y saben que la mujer solo es una moneda de cambio. Están intentando debilitarnos, si tu suegro es nombrado presidente, saben que

toda Colombia es tuya.

—No entiendo cómo han podido llegar a nuestra base de datos. ¿Has hablado ya con Santiago?

Santiago es nuestro pirata informático y quien se encarga del blanqueo de capitales, si ha cometido un error tan grande, pagará por ello.

—No hay rastro de la transacción de dinero. No para de repetir que quien lo ha hecho, ha tenido ayuda desde dentro. No me preguntes por qué, pero confío en él y también sé que es capaz de arreglarlo, lleva mucho tiempo trabajando para nosotros.

—Tenemos traidores viviendo en nuestra casa.

—Sabes que mi padre no va a parar hasta recuperar lo que cree que es suyo.

Antonio López, mi tío, es el jefe del cártel de los Escorpiones, otro hijo de puta tan despiadado como mi padre. Ambos se odiaban, por lo que cada uno tomó su camino de delincuencia. Mi tío se llevó a la mujer que mi padre amaba, la madre de Javier y Yuli, y él se quedó con las rutas y los hombres más valiosos y se hizo con el máximo poder del cártel de la droga colombiana. «El amor nubla la razón», recitaba el hombre que decía ser mi padre y mataba a mi madre a palos. Nunca le perdonó a su hermano mayor que le robara a su mujer, así que él se vengó quitándole lo que él más ansiaba.

Cuando mi tía Beatriz murió, mis primos tuvieron que soportar la ira de un padre tan malvado como el mío, pero por aquel entonces, ya le había metido un tiro a ese hombre en la frente, así que decidí darles cobijo en mi casa a mis primos.

—Consígueme una reunión con él. —Doy vueltas a mi vaso de *whisky*—. Si lo que pretende es tocarme los huevos, voy a explicarle quién manda.

—No sé si mi padre estará dispuesto a escucharme, pero le mandaré a dos de nuestros hombres para que le den el recado, aunque ya sabes que no volverán vivos.

—Nos arriesgaremos, quiero saber qué es lo que quiere tu padre, porque yo no voy a moverme de aquí.

La puerta del despacho se abre, Yuli entra sin permiso, como siempre hace.

—¿Qué está pasando?

—¿Nadie te enseñó a llamar a la puerta? —repongo.

—Por lo visto, no —suelta, y me sonrío con esa sonrisa engreída suya—. ¿Por qué no me has dejado salir de compras con tu esposa?

—Creo que a Sienna no le caes muy bien. Y perdona, prima, que no la culpe.

Javier ríe conmigo por la broma, Yuli puede ser muy irascible cuando quiere, es una mujer que está acostumbrada a tener todo lo que quiere, así que puede ser un poco molesta cuando se lo propone.

—Muy gracioso, primo... Pero igual se te borra esa sonrisa engreída de la boca cuando te des cuenta de lo que has hecho.

No sé de qué me habla así que la miro expectante, la conozco y sé que va a contraatacar, Yuli siempre quiere tener la última palabra.

—La dejas marchar con el nuevo, un hombre que no conoces de nada. Eres demasiado confiado.

—Es uno de los nuestros, ya lo ha demostrado, no se atrevería a tocarla.

Esa insinuación me pone más nervioso de lo que debería. Miro mi teléfono móvil con la intención de llamarla, igual no ha sido una buena idea dejarle la protección de mi mujer. Podríamos tener a alguien infiltrado del cártel enemigo. Reposo las manos sobre la mesa y sujeto con fuerza el vaso de *whisky*, nervioso.

—Puede que no le haga daño de la manera que tú estás pensando, pero el tío está muy

bueno, tiene a todas las mujeres de la hacienda babeando a su alrededor, y tú le mandas a la insatisfecha de tu mujer.

—No te pases, Yuli, u olvidaré que eres mi prima.

—Odio a mi hermana tanto como tú cuando se pone así de intensa —repite Javier—, pero en este caso creo que tiene razón, no deberías haberle confiado a ese hombre la protección de Sienna.

—¿Qué? No me mires así. Es ella la que se pasea hablando con la mugrosa de su prima por teléfono aireando vuestras intimidades, yo solo me dedico a escuchar —ríe apoyada en el respaldo del sillón de su hermano.

Mi vaso de *whisky* le pasa por el lado de la cabeza impactando contra la pared que tiene detrás.

Me levanto de la silla furioso cuando escucho la puerta de la entrada abrirse. Mi esposa entra con una docena de bolsas en las manos. Le hago una señal a Mercé para que se acerque y se las lleve a la habitación.

—¿Dónde has estado? —La agarro del brazo, con los nervios apretando mi estómago, los celos me están matando.

—Gastando tu dinero —responde de manera altiva—, ese que te ha costado tanto sudor y esfuerzo ganar.

—No juegues conmigo. —Se suelta de mi agarre y se dirige a su habitación, yo le sigo el paso. Se adelanta unos metros e intenta cerrarme la puerta en los morros. Yo ya tengo el pie preparado en el marco para evitarlo.

—¿Te has follado a ese tío?

Ella abre mucho los ojos ante mi pregunta, no es lo que esperaba.

—¿Qué tal el día? ¿Cómo ha ido? —Suelta la puerta y se mete haciendo gestos con los brazos en su recámara, yo cierro la puerta con llave—. ¿Tu pregunta es si me he follado a uno de tus hombres? —subraya, y pone su dedo en mi pecho, furiosa—. Piensa el ladrón que todos son de su misma condición.

—Te he dicho por activa y por pasiva que no me he acostado con otras mujeres, pero si sigues así, puede que me replantee hacerlo. —La cojo por la cintura y la aprieto contra mí, sus manos quedan entre ella y yo—. Solo dime si has pensado en tirártelo.

—No he pensado en tirármelo, aunque si sigues así, puede que me replantee hacerlo —repito mis palabras. Mis brazos la aprietan más fuerte contra mí.

La empujo contra la cama porque no sabe lo furioso que ahora mismo me siento. No me afecta el rechazo de otras personas, pero ella no solo no me ama, sino que también me detesta. Necesito tenerla, aunque sea a la fuerza.

Me aproximo a ella y le empiezo a desabrochar la camisa.

—¿Qué haces?

—Lo que debería haber hecho desde el primer momento. —Le arranco la camisa con fuerza. No soy paciente y desabrochar botones no es lo mío. Ella retrocede hacia atrás arrastrándose por la cama.

—No, por favor —me dice. La rabia adormece mis sentidos dificultando poder escucharla. Me abalanzo sobre ella, le muerdo el hombro y le hago notar mi erección—. Máximo, por favor —me suplica, sujeta con ambas manos mi cara y me obliga a mirarla—. Por favor, no lo hagas, así no. No me he acostado con tu hombre y no tengo intención de hacerlo. Por favor..., por favor...

Retrocedo y me levanto de la cama. Me aparto el cabello y las gotas de sudor de la frente. En este mismo instante me odio a mí mismo por lo que hubiese sido capaz de

hacerle si no me hubiese parado. «Pero no lo has hecho, has parado». Me intento repetir a mí mismo. Los celos me han nublado la razón y he estado a punto de convertirme en el hombre que tanto detesto.

—No volverá a pasar —aseguro intentando que no me tiemble la voz, no quiero mostrar debilidad ante ella.

—No entiendo por qué no te quieres acostar conmigo, pero si me tomas, quiero que sea porque me deseas, no quiero ser otro de tus negocios.

—Hago mucho más que desearte, Sienna. —Retrocedo y me apoyo en la puerta—. Es verdad que usé mi poder para tenerte, pero me he dado cuenta de que no eres una mujer que se pueda comprar. Mírate, te he dado todo lo que cualquier esposa desearía tener y hace solo unas horas me has pedido el divorcio sin importarte nada.

—Me siento como un pájaro encerrado en una jaula de cristal —murmura.

—Dentro de poco nombrarán a tu padre presidente de Colombia, si llega ese día y aún sigues queriendo separarte de mí, te daré el divorcio.

Cierra los ojos e inspira profundamente, me oprime el corazón verla así. Reconozco que no soy gentil ni amable. Tampoco sé ser un buen hombre para ella. No puedo canalizar lo que me hace sentir cada vez que la tengo cerca. Mi obsesión de tenerla al completo nos ha llevado a esto. La quiero, nunca he deseado a nadie tanto, y ha sido así desde el primer momento en que la vi.

Mi abuela decía que el amor llegaba sin buscarlo, que aparecía de la nada y unía a dos personas sin saberlo. *Cuando veas al amor de tu vida, te aleteará ese corazón.* Eso es lo primero que me pasó cuando la vi, aunque de eso hace seis años, y ella nunca me vio a mí.

SIENNA

CAPÍTULO 13



Seis años antes.

Tengo las manos de Thiago tapando mis ojos desde atrás, yo sonrío porque sé que me ha preparado algo especial por mi decimoséptimo cumpleaños.

—¿Puedo abrir los ojos ya? —insisto por enésima vez.

—Es una sorpresa, no te impacientes, mi amor.

Cuando me destapa los ojos, estoy en su casa, en mitad del salón hay una mesa decorada con unas guirnaldas de colores y una cena preparada.

—Gracias, Thiago, es perfecto. —Me giro para depositar un beso en sus labios.

—Te mereces esto y mucho más. —Cierra los párpados, coge aire en profundidad y añade—: A veces, pienso que todo esto no será suficiente.

—¿Por qué dices eso? —me sorprende, y lo sujeto por la mejilla para obligarlo a que me mire—. Sabes que cuando estoy contigo, no necesito nada más.

—Mi padre dice que no soy lo bastante bueno para ti —responde afligido—. Te mereces algo mejor, solo soy un pobre pescador.

—Thiago, es mi cumpleaños, no quiero que vuelvas a repetir algo así. Eres todo lo que necesito y yo te quiero.

Su padre es un hombre infeliz que vive con el ceño fruncido. Su primera mujer lo

abandonó por un hombre rico y su segunda mujer lo dejó con un hijo al que mantener, y también lo abandonó, aunque no de la misma manera. En el barrio se rumorea que la madre de Thiago murió de tristeza. Su padre se pasaba la vida trabajando y la dejaba largas temporadas en soledad.

—Eres lo único bueno que me ha pasado, Sienna. Solo que a veces pienso en cómo podría darte una vida mejor.

—El dinero no da la felicidad. No quiero una vida con ningún hombre que no seas tú, por mucho dinero que tenga.

—Pero ayuda, Sienna. ¿Qué pasará cuando tenga que dejarte por las noches para trabajar?

Le acaricio la mejilla para que sepa que acepto lo que me ofrece. Él deposita otro beso en mis labios y me lleva a la mesa. Cenamos entre sonrisas y recordamos cómo llegamos a este punto. Thiago es seis años mayor que yo, tiene veintitrés. Somos vecinos desde pequeños, y lo he visto salir con innumerables chicas. Siempre me había tratado como a una niña, y yo como el vecino tocapelotas que me hacía rabiar. Hace unos meses que empezamos a salir y, aunque a nuestros padres no les pareció una buena idea, no solo por la diferencia de edad, sino también por la relación de amistad que les une a ambos, nosotros insistimos en seguir viéndonos.

Después de cenar y reírnos en un ambiente distendido, Thiago me coge de la mano y vamos a su habitación. Es pequeña, la cama está hecha a la perfección y encima de la cama hay una rosa. Son tantas las veces que hemos fantaseado con hacerlo, que creo que ahora mismo ha llegado el momento. El corazón se me acelera en el pecho al sentir el tacto de su mano en la mía y notar su temblor.

—Si no quieres, puedo esperar —avisa. Me giro feliz para besarlo y hacerle saber que deseo esto, que quiero que mi primera vez sea aquí, con él.

—Este es el mejor regalo de cumpleaños que me han hecho nunca. —Me alejo de él en este reducido espacio para subirme a la cama—. Ven.

Thiago se pone a mi lado y me acaricia con la yema de los dedos, me desabrocha el vestido lentamente y también se desnuda él. Saca un preservativo de un cajón con manos temblorosas. Parece mentira que él sí tenga más experiencia, a juzgar por el estado de nervios en el que está.

—Espero hacerte disfrutar tu primera vez —me dice con un hilo de voz.

Sé que perder la virginidad es doloroso, mi prima Fernanda y mi tía me lo han explicado, pero quiero que sea con él, quiero todo con Thiago.

Lo cojo de la cintura y se pone sobre mí. Su frente se apoya en la mía y sus ojos verdes atraviesan los míos mientras entra lentamente en mí. Cuando llega a la barrera que lo separa de mi interior, me agarro fuerte de sus hombros.

—¿Estás bien?

—Estoy mejor que bien.

Thiago se abre paso por completo. Un gemido sale de mi garganta y, aunque una lágrima solitaria recorre mi mejilla, no podría ser más perfecto.

—Te voy a querer siempre, Sienna.

—Yo a ti también.



Vuelvo a mi casa de madrugada, Thiago debe irse a trabajar. Es pescador y son muchas las noches en las que sale para ayudar a su padre. Yo, aun sabiendo que no hay nadie en la mía, entro con cuidado. Mi padre hoy tiene turno nocturno ya que su coche no está aparcado fuera, así que lo más seguro es que no esté en casa. Echo atrás mi mirada

antes de cerrar la puerta, Thiago me vigila desde la suya hasta que entro. Veo titilar la luz de mi habitación mientras cierro la puerta con cuidado. «Maldita electricidad». A veces nos juegan malas pasadas y nos asustan en los momentos menos oportunos. Soy muy miedosa y cualquier ruido, creo que es un fantasma que viene a atormentarme. «Tienes que tener más miedo a los vivos, que a los muertos», me decía mi madre cuando era pequeña para tranquilizarme.

Subo a mi habitación y prendo la luz a toda velocidad. Miro a un lado y al otro para comprobar que no hay nada fuera de lugar, y el cuerpo se me relaja al observar que ha sido la maldita bombilla.

Tras unos segundos en los que logro serenarme, me miro en el espejo y me observo detenidamente para ver si hay algún cambio en mí. Supongo que es algo que toda mujer hace después de perder la virginidad. Tengo las mejillas sonrojadas, el pelo despeinado y los ojos vidriosos. La primera vez no ha sido de lo más placentera, así que regulo la luz, me meto desnuda en la cama y me toco rememorando las manos de Thiago sobre mí, me acaricio hasta que me desahogo en un explosivo orgasmo.



No puedo abrir los ojos, el cansancio puede conmigo.

—¡Sienna! ¡Despierta! —Mi padre lleva el uniforme y el pelo despeinado, me ha apartado el cobertor y me mira preocupado—. ¡Sienna, por favor, despierta! —Un mal presentimiento me azota con tal fuerza que me hostiga sin premura el corazón.

—¿Qué pasa? —pregunto, me siento nerviosa en la cama y me froto los ojos con fuerza, porque por mucho que los abro, no veo bien.

—¿Cómo te digo esto? —Se pasea de un lado a otro mientras se pasa las manos por

el cabello en un estado de agitación—. Ha sucedido algo.

—¿Qué pasa, papá? Me estás poniendo nerviosa. ¿Está todo bien?

Me levanto de la cama para ir en su dirección y tranquilizarlo.

—El pesquero de los Pérez ha sufrido un accidente...

—¿Un accidente? ¡Habla, papá! ¡Por favor!

—El pesquero ha sufrido un accidente muy grave —añade apretando los labios.

—¿Grave? ¡Nooo, papá, por favor! —Lo cojo para que pare de dar vueltas y hable de una vez.

—Lo siento, Sienna, pero el accidente ha sido mortal. Thiago y su padre están muertos.

Falta de oxígeno, *shock*, ansiedad y finalmente ya no siento nada, no veo nada. Me caigo en la moqueta de mi habitación. Oscuridad.

MÁXIMO

CAPÍTULO 14



Sienna sale al recibidor llevando un vestido de pedrería en colores plateados. Las sandalias de tacón la hacen parecer más alta. Luce un semirrecogido, va peinada y maquillada a la perfección. Mi esposa tiene el porte de una reina.

—Estás preciosa. —Cojo su mano y la entrelazo con la mía. Cuando bajamos las escaleras, mi nuevo hombre queda impactado ante la belleza de mi esposa. No puedo culparlo, Sienna está hoy arrebatadora.

Nos sentamos en la parte trasera del coche y hago una leve señal a Thiago con la cabeza para indicarle que ya podemos iniciar la marcha. Me recuesto en el respaldo del asiento y poso una de mis manos en la rodilla de Sienna para tranquilizarla. Ella me mira de reojo ante tal muestra de afecto. No deseo que se marche, por muy increíble que parezca, es lo único que he deseado de verdad en toda la vida. He estado con muchas mujeres y con ninguna he sentido la necesidad de atraparla en mi jaula, aunque esta esté llena de mentiras y traiciones.

No puedo creer que vaya a presenciar el nombramiento a la presidencia de su padre y que yo haya sido el que lo ha hecho posible. Hace apenas seis años estuve a punto de matarlo. Su progenitor era un policía corrupto, ganaba un dinero extra gracias a los chivatazos que nos daba, pero algo no salió bien. Así que fui a su casa con la intención de arrebatarse la vida, pero él no estaba. Fue Sienna la que subió a la habitación donde yo me

encontraba, venía a hurtadillas, era apenas una cría de diecisiete años. Me escondí en su armario como un puto quinceañero. Yo tenía por aquel entonces veintiocho años, era un hombre hecho y derecho, pero algo me llamó la atención en ella. El corazón me aleteó como nunca cuando la vi mirarse al espejo con las mejillas sonrojadas y la felicidad inundando su pecho. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que venía de revolcarse con algún zarrapastroso de este barrio sumido en la pobreza. Pude salir y vengar a su padre haciéndole daño a ella, pero algo en mi fuero interno me frenó. La muchacha me había dejado tan absorto que no pude. La vi recostarse en la cama y, para mi sorpresa, se quitó la ropa interior y me ofreció las vistas de su sexo empapado. Ni siquiera el tío con el que se había acostado había podido complacerla, y estuve a punto de salir y hacerlo yo. «No la mires, solo es la hija de un traidor». Me decía a mí mismo. Pero no había nada que pudiese hacerme apartar la mirada, así que me saqué la polla del pantalón y me toqué. Descubrí su sencillez, mi lujuria quedó absorbida por su inocencia. Seguí acariciándome hasta que me fui con ella.

Salí de allí en cuanto tuve la oportunidad, pero juré que nunca me sentiría tan vulnerable ante nada ni nadie. Me acosté con muchas mujeres mientras la veía en mi mente y me prometí que nunca me acercaría a ella.

—¿Crees que asistirá mucha gente a la fiesta? —Sienna logra sacarme de mis recuerdos.

—Funcionarios, políticos, aficionados, periodistas...

—No me gustan esas celebraciones —me interrumpe—. Además, no conozco a nadie ahí.

—Es nuestro deber, sería raro si no fuésemos. Tú solo límitate a sonreír.

—Es a lo que estoy acostumbrada toda la vida, a fingir. —Su respuesta está llena de rencor—. ¿Estás nervioso?

—No, ¿debería estarlo? —La miro y traga saliva con dificultad, la opción del divorcio está rondando en mi cabeza.

—Eres un narcotraficante —afirma y yo no voy a negarle algo que iba a averiguar tarde o temprano.

—El más peligroso de toda Colombia.

—A mí no me pareces peligroso —repite con sinceridad.

—Eso es porque nunca has tenido mi arma encañonada en tu cabeza. —Ella esboza una sonrisa y eso me tranquiliza—. Nunca dejaría que nadie te hiciera daño.

—No tengo miedo de que otras personas me hagan daño, Máximo, tengo miedo de que me hagas daño tú...

El vehículo para en la entrada de la sede. Cientos de personas esperan en los alrededores con banderas representativas del país. Muchos micrófonos y *flashes* se enfocan en nuestra dirección cuando bajo para ayudarla a salir del coche.

—¿Cómo creen que irá la legislatura? ¿Votaron a favor de Emmanuel Hernández? —Los periodistas nos avasallan a preguntas—. ¿Es verdad que tu suegro ha usado tu influencia para ganar? Se rumorea que tu esposa podría abandonarte después de esta noche.

Sienna mira a la periodista con furia. Esa hiena no podía ser otra que Elena Rodríguez, la periodista sensacionalista más hija de puta del país y, para colmo, yo me la he tirado en un par de ocasiones.

—No respondas a sus provocaciones, es lo que quieren —le susurro a Sienna para tranquilizarla, en su agarre percibo nerviosismo, ella no está acostumbrada a esto.

Pasamos entre la multitud y nos dirigimos directamente a la sede. Allí mi suegro nos espera con una sonrisa en los labios.

—Te veo mejor que nunca, hija. —La coge para abrazarla, pero el gesto dura apenas unos segundos.

—Cómo perdernos este momento, padre —le responde con sarcasmo.

Saludo a cientos de caras que detesto, todos me sonríen porque saben quién soy en realidad y lo que podría hacer con sus miserables vidas. Tengo una docena de hombres repartidos entre la gente para garantizar mi seguridad y la de mi esposa.

—No te separes de mí —le pido en más de una ocasión. No temo por lo que puedan hacerme, temo por ella. Es una sensación rara sentir miedo por otra persona.

—Vaya, ya tendremos presidente. —Elena Rodríguez, la periodista, viene hacia nosotros con una copa en la mano, instintivamente cojo a Sienna por la cintura, sé lo víbora que es y voy a tener que pararle los pies si se sobrepasa. Se gira hacia mi mujer y continúa—: Se rumorea que vuestro matrimonio solo ha sido una farsa para impulsar al candidato, así que me alegro de poder volver a disfrutar de mi amante después de que termine contigo. —Sienna se tensa y de pronto ocurre.

Le suelta una bofetada sin inmutarse. No es lo que suele suceder en fiestas de etiqueta, por norma general están acostumbradas a soltarse pullas y sonreír con sarcasmo mientras se dicen lo mucho que se odian. Sienna no es así y yo no puedo evitar emitir una carcajada poniéndome en medio de las dos mujeres y agarro a la mía de la cintura para llevármela.

—Eres una descarada, vete por donde has venido —le grita.

Robamos las miradas de mucha gente, la periodista se sujeta la mejilla y aprieta la mandíbula furiosa. Se lo ha ganado a pulso, es una provocadora. La miro con una sonrisa en los labios. He visto algún *flash* cerca de nosotros, así que, mañana, el tortazo de la hija del presidente a la periodista se emitirá en muchas noticias. ¡A la mierda lo que opine toda esta gente!

—Sienna, ¿quieres comportarte? —Su padre se ha percatado del escándalo y ha venido rápidamente hacia nosotros, la sujeta del brazo para detenerla y hacerle ver lo que ha provocado—. ¿Ni siquiera puedes comportarte el día de mi nombramiento?

—No vuelvas a tocar así a mi esposa. —Lo aparto de un empujón disimulado y una amenaza velada en mis labios—. U olvidaré quién eres y acabarás en la cuneta más cercana en unas horas.

—Lo siento, yerno, solo ha sido un arranque de nervios —me responde compungido. Sabe que yo soy el responsable de que tenga semejante poder, pero si vuelve a tratarla de esa manera, me ocuparé de arrebatarle todo.

Mi suegro se marcha con una sonrisa impostada para continuar atendiendo a las personas que han asistido a la proclamación.

SIENNA

Máximo me sujeta de la cintura, miro de reojo al otro lado y aún puedo ver a la periodista ofuscada contando una y otra vez el percance que hemos tenido. Me he marcado un *Electra* en toda regla y mi fuero interno grita de alegría. No lo ha visto venir. Está acostumbrada a soltar veneno por la boca y que la gente le sonría, pero yo no voy a aguantar su humillación. Es otra de las amantes de mi esposo y no dejaré que venga ni ella ni nadie e intente avergonzarme, porque sobre todas las cosas, siempre me elijo a mí misma.

—¿En qué piensas? —Máximo me saca de mi ensoñación.

—En que esta fiesta es una mierda —respondo sin pensar—. ¿Algún evento en el que no inviten a alguna de tus amantes?

—¿Celosa?

—¡Celosa de que a ella le hayas dado lo que me pertenece a mí! —le reconozco.

Si espera escuchar que no lo estaba, se equivoca. Esa mujer ha venido a regodearse de que ha conseguido de mi marido lo que a mí me viene negando desde que nos casamos, y ya estoy cansada de fingir que no me molesta.

—No le he dado a ninguna mujer lo que he guardado para ti —me susurra en el oído.

—Qué romántico —afirmo con sarcasmo mientras me dirijo a una de las mesas para coger otra copa. Máximo me sigue y me agarra de la mano para darme la vuelta.

—No es romántico lo que quiero hacerte...

Su nariz roza la mía. Mantengo la mirada fija en sus ojos verdes. Los rasgos angulares y el cabello negro como la noche le otorgan un aspecto muy atractivo. Veo lógico que otras mujeres se fijen en él, y más teniendo en cuenta cómo se amolda a su cuerpo el traje de lujo que lleva puesto. Un escalofrío me invade cuando la imagen de Thiago aparece en mi cabeza. Mi mente me ha jugado la mala pasada de recordarme lo parecidos que son.

Máximo me coge con fuerza por la cintura y me aprieta contra él, pulverizando mis pensamientos, y hace algo que no esperaba. Su boca impacta contra la mía. Me lleva contra una pared, atrapándome con su cuerpo mientras respira con profundidad sin separar nuestros labios.

Necesito comprobar que lo que está sucediendo es real. Abro los ojos para encontrarme con sus párpados cerrados.

—Ejem. —Un carraspeo nos interrumpe, es Thiago—. Uno de los hombres del presidente me ha pedido que nos marchemos, que ya está bien de numeritos por hoy.

En sus ojos percibo algo de dolor. Aparto la mirada porque no me atrevo a mirarlo. Mi padre me quiere fuera de su vida, una vez más, aunque nada de esto me sorprende. Realmente no debería haber venido a este evento.

—Dile a ese hombre que ya hablaremos sobre esto mañana. No tardes, te esperamos en el coche, necesito que nos lleves a casa —le ordena Máximo a Thiago.

—Sí, señor. —Asiente. Aunque ese «señor» suena afligido.

MÁXIMO

CAPÍTULO 15



Efectivamente, hoy todos los periódicos se hacen eco de la noticia. *La hija del presidente abofetea a una periodista*. La noticia de mi suegro proclamado presidente de Colombia, está impresa en pequeño en un lateral.

No puedo evitar emitir una sonrisa mientras me fumo un cigarrillo en mi despacho.

—¿Te parece divertido? —Su voz me pilla desprevenido y me sobresalta.

—Mucho —respondo mientras doblo el periódico en dos.

Sienna va vestida con unos *leggings* blancos y un top deportivo a juego. No está sudada, por lo que deduzco que va a salir a hacer deporte.

—Esa mujer se merecía más. Créeme, en el periódico exageran. ¿Dónde vas vestida así?

—Voy a salir a correr.

—Si quieres puedo pedirle a uno de mis hombres que te acompañe —ofrezco mientras doy la última calada y lo apago en el cenicero.

—No hará falta, no voy a salir de la hacienda.

Mi esposa da la vuelta para marcharse. No puedo evitar ver cómo se le marca el tanga a través de la prenda elástica tan fina y ya me tiene duro. Me he pasado tantos años

deseándola, que creía que podía hacer esto, pero no he tenido que tenerla ante mis ojos todo este tiempo. Ella se marcha y mi tranquilidad dura poco.

—Eh, Máximo. Hemos encontrado algo. Es sobre el robo de dinero de la empresa. — Javier entra y se sienta con total naturalidad.

—¿Y bien?

—Hay alguien que está intentando jodernos desde dentro. El dinero ha vuelto a aparecer en las cuentas. El que lo ha hecho, quiere que sepamos que puede hacer con nosotros lo que quiera.

—Hijo de puta —mascullo—. Seguro que tu padre está detrás de todo esto.

—Tampoco tengo claro eso... —duda—. Los hombres que mandé a Medellín al cártel de los Escorpiones han vuelto ilesos y con una información que tienes que saber.

—Sorpréndeme...

—Los atendió el Escorpión amarillo. —Conozco a ese hombre, es la mano derecha de mi tío y un hombre muy despiadado—. Te ha dejado un mensaje.

Extiende una carta sobre la mesa.

Todo lo que tienes es mío, incluso tu mujer.

Arrugo el papel en mis manos con fuerza. Los ataques entre cárteles minoritarios no han cesado estas semanas, cada vez se está haciendo más inseguro el país. Ese hombre quiere arrebatármelo todo a cualquier precio, pero hay algo que si toca, hará que inicie la guerra más sangrienta que nunca hayan visto. Tengo un contacto en Europa que, con solo levantar un dedo, pondría en algunos de mis buques el armamento más sofisticado del mundo. Plukman.

—Tenemos que mantener la calma. Ese hombre es un psicópata, quiere

desestabilizarte. Recuerda que en nuestros miedos se encuentran nuestras debilidades.

Esas palabras se las he repetido en innumerables veces a mi primo, y ahora está usando esas mismas palabras conmigo. Nunca he sentido miedo de perder nada, porque nunca nada me ha importado tanto. Sienna me ha convertido en un hombre débil.

—Debemos averiguar cómo piensan atacar de nuevo para estar preparados. Hay algo muy extraño en todo esto. Es muy raro que no se haya presentado ante mis hombres.

—Y tan raro. Uno de los infiltrados me ha dicho que hace tiempo que no lo ve por la Casona. —Así es como llaman los Escorpiones a su refugio—. Sus empleados rumorean que está enfermo.

—¿Enfermo? —respondo dubitativo—. ¿Qué clase de enfermedad?

—No tengo ni idea. Te digo que algo raro está pasando. —Javier me quita un cigarrillo de encima de la mesa y se lo enciende—. Mi padre es muy orgulloso, jamás dejaría que lo viesen si no es que está muy enfermo, pero... ¿ocultarse tanto tiempo?

—¿Crees que podría estar muerto? Porque si así fuese, podríamos reclamar tu parte y zanjar esta guerra que dura ya tantos años.

—Traicioné a ese hijo de puta, así que no creo que ninguno de sus hombres me siguiese.

Tiene razón, los hombres se mueven por dinero e intereses, pero hay muchos que son fieles a sus patrones hasta el fin de sus días.

—Tenemos que averiguar lo que está pasando. Habla con Santiago y que refuerce nuestros sistemas informáticos. No podemos hacerles pensar que tenemos alguna debilidad. —Me levanto de mi asiento algo nervioso—. Voy a hablar con el nuevo, necesito que vigile a Sienna día y noche.

SIENNA

CAPÍTULO 16



Siete kilómetros dando vueltas a la hacienda me dejan sin aire, doblada sobre mis rodillas. La verdad es que es una finca con una gran extensión. Cuando voy a poner el cronómetro para continuar unos kilómetros más, noto que alguien se pone a mi lado, Yuli.

—Las mujeres de Buenaventura pegan buenas hostias.

La prima de mi marido viste ropa deportiva y mantiene mi paso.

—Se la merecía, es una víbora.

—Me gustaría saber qué te dijo, pero no hay que ser muy lista, ya que pasó muchos días aquí en la hacienda follándose a mi primo.

Yuli siempre consigue ponerme de muy mal humor. Yo continúo corriendo e intento aparentar que ese comentario no me ha afectado.

—O también podría haberle dicho algo al nuevo. Según tengo entendido también se la ha follado. —Yuli mira hacia Thiago que está al otro lado de la finca, vigilándonos.

—¿Tú cómo sabes eso?

Esta mujer me saca más de mis casillas de lo que puedo lograr a reconocer, pero creo que es su odiosa forma de ser.

—A ver, yo lo sé todo —continúa en un tono despreocupado—. El tío nos trae locas a

todas desde que llegó, es un auténtico bombón. —Eso no explica por qué ha llegado a esa conclusión, pero ahora necesito saberla—. Han visto esta mañana a la periodista salir de su cabaña.

El estómago se me encoge con fuerza. «La han visto salir de la hacienda de la cabaña de Thiago», me repito. Odio que Elena haya pasado la noche en la hacienda. Pero es que mi esposo tampoco duerme conmigo, ¿será que se la ha tirado? Yo no soy una mujer celosa, o pensaba que no lo era, pero que la periodista haya pasado en mi hacienda esta noche no me hace ni pizca de gracia.

Cuando llegamos a la altura de Thiago, freno la marcha.

—Sigue tú, ahora te alcanzo —le digo a Yuli que continúa corriendo. Con lo chismosa que es, debe estar preguntándose el porqué, pero tengo una excusa en mente.

—Buenas, Sienna. ¿Has pensado en lo que te dije? —pregunta Thiago.

¿Perdona? ¿Tiene los santos cojones de pedirme que me vaya con él cuando ha pasado la noche con otra?

—¿Qué hacía la periodista saliendo de tu cabaña hoy de madrugada? —Thiago abre mucho los ojos y sonríe.

—¿Te importa? —Se apoya en un árbol bajo la sombra y yo me sitúo a su lado.

—Déjate de tonterías, Thiago. Necesito saber ahora mismo dónde has estado estos seis años, por qué has aparecido justo ahora y por qué actúas como si no te importase nada.

—¿Crees que yo no lo he pasado mal todo este tiempo? Perdí a mi padre en ese accidente, perdí mi vida. Me recogieron en el mar hecho una puta mierda, después... —aprieta la mandíbula con fuerza— después de que asesinaran a mi padre, Sienna. Mi padre no tuvo un accidente, lo asesinaron.

—¿Quién te recogió y qué has hecho estos seis años? —repito.

—Ya no confías en mí... —Eso es más una afirmación que una pregunta, a la cual no respondo. No puedo confiar en alguien que me ha engañado de esta manera—. No, no confías. Estás ciega con ese hombre, ¿te acuestas con él?

—Creo que no es de tu incumbencia.

—Tampoco lo es si la periodista pasó la noche conmigo, sin embargo, no has dudado en preguntar.

En el fondo deseo que así sea, que haya estado con él y no haya visitado a mi esposo, pero esa inseguridad no voy a mostrarla frente a él.

—¿Interrumpo algo? —La voz de Máximo me sobresalta—. Venía a pedirte que custodiaras a mi esposa, pero veo que ya lo estás haciendo. ¡Lárgate de aquí! —le ordena con los dientes apretados.

—Sí, señor. —Thiago me mira de reojo y se marcha a seguir con su trabajo sin decir nada.

—¿Celoso?

—No juegues conmigo, Sienna —me advierte, agarrándome del brazo con fuerza—. ¿De qué lo conoces? ¿Es el tío por el que no me puedes amar?

Mi corazón golpea mi pecho con fuerza. No puede ser, si se entera de que Thiago fue mi novio y con quien perdí mi inocencia, lo matará, o eso es lo que me ha dicho que les pasaría a los hombres con los que he estado, así que solo me queda mentirle.

—No lo conozco de nada —me defiendo, liberándome de su agarre—. He venido a preguntarle si se había tirado a la periodista, la tal Elena.

—Y ¿eso por qué te debería importar? —Enarca una ceja, furioso. Se apoya en el

árbol y se enciende un cigarrillo.

—Porque si la periodista ha pasado la noche en la hacienda prefiero que haya visitado su cama y no la tuya. —Una sonrisa engreída se extiende por toda su cara antes de darle una larga calada a su cigarro.

—¿Celosa?

—No juegues conmigo, *esposo*. —Me acerco a escasos centímetros de él y lo enfrento—: ¿Te la has follado tú? —pregunto furiosa. Si me dice que sí, cogeré mis cosas y me marcharé. Me dijo que me daría la oportunidad de marcharme después del evento si se lo pedía, y no voy a permitir que me humille de esa manera—. Dímelo, Máximo. ¿Te la has tirado? Espero tu respuesta sincera, de ello depende que me quede aquí o no.

—No vas a irte a ninguna parte.

Eso no responde a mi pregunta y me desespera. No sé por qué me duele tanto, pero si de verdad se ha acostado con ella...

—Me dijiste que me dejarías marchar después de la presidencia de mi padre si te lo pedía.

—Te repito que no vas a marcharte, porque no he tocado a esa mujer. No he tocado a esa mujer ni a ninguna otra, solo tengo ojos para ti —confiesa mientras con su brazo rodea mi cintura.

—No me mientas... —murmuro, pero siento un remordimiento en la base del pecho, porque le estoy pidiendo que no haga algo cuando yo lo he hecho, lo de mentirle—. No quiero más mentiras. No quiero que me engañes cuando te marches a tus negocios ilegales ni a tus fiestas privadas.

—Esto es lo que he heredado, Sienna. Es mi vida. Y nunca te mentí, simplemente lo obvié y tú no preguntaste.

—Quiero que me enseñes el negocio. Si voy a quedarme, no quiero ser la mujer de un hombre que sale a trabajar y la deja encerrada en una jaula de cristal.

—Es muy peligroso...

—Quedarme también lo es. Mírame, tengo a tus hombres pegados a mi trasero día y noche. No me dejan sola ni para caminar por la hacienda. Esto es lo que eres, Máximo, y si voy a quedarme aquí, quiero que me enseñes a poder defenderme, porque el peligro no se pelea con ignorancia.

Se queda apoyado en el árbol y me mira con orgullo.

—Solo tienes veintidós años...

—En unos días cumplo veintitrés —recuerdo—, y la edad no te pareció importante cuando me pediste ser tu esposa.

Máximo tiene treinta y cuatro años, pero no tiene nada que envidiarle a ningún hombre más joven, ya que posee un atractivo descomunal.

—No te he pedido nunca que lo seas y, sin embargo, apareciste con ese vestido blanco impoluto y me miraste como si fuese tu única salida.

—Odiaba a mi padre, ese fue el único motivo por el que decidí aceptar el matrimonio. —Me apoyo sobre él, me agarra de la cintura y me doy cuenta de que nunca hemos estado tanto tiempo sin discutir juntos y compartiendo algo tan normal como una conversación—. ¿Cuál fue tu motivo?

—Me enamoré de ti hace casi siete años. —El corazón me palpita con una intensidad tremenda. «¿Enamorado? ¿Ha dicho enamorado?»—. Hace siete años fui a tu casa a matar a tu padre. Me había jodido un cargamento, desapareció y todo apuntaba a que el viejo tenía algo que ver. Necesitaba recuperarlo y solo había una manera de solucionarlo, de hombre a hombre.

—Y ¿por qué no lo hiciste? ¿Por qué no lo mataste?

—Porque apareciste tú... —afirma, y su mano pasea por mi espalda apretándome contra él como si así pudiese quedar enterrada en su cuerpo—. Yo estaba en la zona de los dormitorios y me dio por registrar esa habitación en tonos rosados. El policía nunca me había dicho que tenía una hija, pero es algo normal, en los negocios nunca mezclamos nada personal. —Mi mejilla se apoya en su pecho, tiene la camisa entreabierta y rozo su piel. Me recibe el impacto de su corazón en mi oído, palpitando con fuerza—. De pronto escuché la puerta abrirse, era entrada la madrugada, escuché unas llaves caer al suelo, así que apagué la luz y me metí en tu guardarropa.

—Me espiaste... —Levanto para mirarlo a los ojos—. Suena perturbador.

—Hice mucho más que eso —carraspea para aclararse la garganta. Yo sigo pegada a su cuerpo y no entiendo por qué siento esta reacción ante él. Es un hombre malvado, pero ¿por qué confío en él?—. Entraste en la habitación con las mejillas sonrojadas, eras apenas una adolescente, pude ver en tus ojos la inocencia que habías perdido. Te tumbaste en la cama y te tocaste ante mi atenta mirada. —No puede ser verdad, esta revelación me está alterando y aprieto mis manos contra su cuerpo—. El idiota con el que te habías acostado no había podido hacer que te corrieras, y en ese mismo instante te deseé.

—No pensaste en matarme...

Me da la vuelta y me atrapa contra el árbol.

—Lo pensé..., pero era más fuerte mi deseo. Solo quería follarte.

Lo miro a los ojos y se inclina hacia mí, su boca impacta con fuerza contra la mía, su lengua entra sin pedir permiso y lucha por absorberme mientras luchamos por devorarnos. Nunca nada me ha quemado tanto en el cuerpo, el fuego que provoca mi esposo en mí es tan voraz, que podría provocar un incendio forestal. Sus manos suben desde mis caderas hasta mis pechos, me los estruja con tanta fuerza, que estoy a punto de quedarme sin

respiración. Subo mis piernas a sus caderas, está tremendamente duro; noto que el *piercing* se remueve en mi sexo, dándome un calambre placentero, y no puedo evitar gemir.

—Y ¿por qué no lo has hecho? —insisto, separando mis labios de los suyos para coger aire.

—¡Señor! Siento interrumpirlo. —Esteban llega a nuestra altura, Máximo no me suelta y el empleado mira a un lado, avergonzado—. Es urgente —asegura nervioso.

—¿¡Qué coño pasa!? —Me deja en el suelo, su voz es grave y de enfado. El hombre me mira para preguntarle a su patrón si puede hablar delante de mí. Él hace un gesto con la cabeza asintiendo.

—Habla —ordena.

—Han atacado a dos de nuestros buques, uno no iba lo suficientemente preparado y se ha hundido.

—¡Mierda! —Pega un puñetazo contra el árbol enrojeciendo sus nudillos—. ¡Esos hijos de puta me están tocando los huevos! Prepara el coche y veinte hombres.

—Pero, señor.

—Te he dicho que prepares a los hombres. *Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma visitará la montaña* —repite furioso.

—¡No! ¡Máximo! ¡No! —Lo cojo de la mandíbula para que me mire y calmarlo—. Piensa con la cabeza fría. No conozco el negocio, pero si te han atacado es porque esperan esta reacción en ti.

—Su esposa tiene razón —murmura Esteban con un hilo de voz. Máximo lo fulmina con la mirada, pero parece tener en consideración mis palabras.

MÁXIMO

CAPÍTULO 17



Cinco días han pasado desde que el cabrón de mi tío hundió uno de mis buques. Doy vueltas al vaso de *whisky* sobre la mesa. Aún estoy intentando negociar la compra de armamento porque se avecina una guerra.

—¿¡Dónde coño se ha metido el *huevo*!/? —Aferro el vaso entre mis manos.

Desde que mi socio se hace pasar por muerto, no hay quien localice a ese cabrón.

—Dime. ¿Qué cojones quieres? —La voz al otro lado de la línea, resonando por el manos libres, hace que se me ensanche la sonrisa al oír a Plukman.

—Por un momento he pensado que de verdad estabas muerto.

—Déjate de bromas. Te dije que yo ya no estaba en el negocio.

—Hermano, eras el mayor proveedor de suministros industriales y ahora dicen las malas lenguas, que te has convertido en un calzonazos —bromeo. Llevo haciendo tratos con él muchísimo tiempo—. Las cosas se están poniendo feas por aquí, necesito cargamento para reparar los buques, ya me entiendes... Y si alguien puede conseguir algo tan importante, eres tú.

—Créeme, la adrenalina de que te coman la polla es más placentera que la de que te pillen con *suministros industriales* —añade el muy cabrón—. Pero creo que puedo conseguir lo que me pides. Mi mano derecha lleva el negocio, así que pide por esa boca y

en unos días tendrás los *buques reparados*.

Llego a un acuerdo con Plukman. En breve tendré un cargamento para organizar nuestra defensa. Debo estar preparado, porque esto no ha hecho más que empezar.

—¿Has conseguido lo que te pedí? —le pregunto a Javier que sigue tecleando en su ordenador. Me acomodo en mi sillón algo más tranquilo.

—En eso estoy —replica mientras me mira por encima de la pantalla—. Lo que no sé es cómo se te ocurre regalar estas mierdas.

En unos días, Sienna cumple veintitrés años y quiero darle una sorpresa.

—Quiero lo mejor para ella.

—Y ¿no se te ha ocurrido regalarle algo más normal? Zapatos, vestidos, joyas, no sé, esas cosas vuelven locas a las mujeres.

—Quiero sorprenderla. —Javier pone los ojos en blanco.

—¡Lo tengo! —exclama, y gira el portátil para que yo pueda observar en la pantalla lo que ha encontrado en la red ilegal—. Es este tío, es uno de los mayores contrabandistas de...

—¿No vais a venir a comer? —interrumpe Yuli, accediendo al despacho—. Lleváis tres putos días encerrados.

Tiene razón. Retiro mi pelo hacia atrás algo saturado, demasiados frentes abiertos contra el cártel de mi tío y muchas pérdidas millonarias. Aunque el dinero no es lo que más me preocupa, tengo suficiente para vivir millones de vidas. Lo que me inquieta es llegar a perder el poder.

—Ahora vamos, retírate.

—Sí, cómo no —se aleja, ofuscada.

Cuando voy a levantarme, el periódico que lleva toda la mañana siendo ignorado sobre una esquina de mi escritorio, cae al suelo, abriéndose ante mis narices. ¡No puedo creer lo que ven mis ojos! Por si no tenía suficientes problemas, uno más que añadir a mi tortuosa agenda.

El cuerpo sin vida de la periodista Elena Rodríguez aparece con signos de violencia en las cercanías de la hacienda del empresario Máximo López. Los científicos están ahora intentando encontrar restos de ADN. Todo apunta a que podría llevar unos días muerta.

En el periódico aparecen fotos de Sienna, el día de la proclamación a la presidencia de su padre, dándole una bofetada a la mujer. Hay otra foto mía, de un año atrás saliendo con Elena por las puertas de un hotel de lujo.

—¿Qué pasa? —pregunta Javier.

—Por si teníamos pocos problemas...

Le lanzo el periódico y él ve la noticia.

—¡Mierda! —Levanta la vista por encima del noticiero—. Hay alguien que está intentando joderte.

—¡Voy a encontrar a tu padre y lo voy a despedazar! —gruño golpeando con los puños el escritorio. Esto tiene el sello del cartel de los Escorpiones—. Manda a uno de nuestros hombres y que elimine al periodista que se ha atrevido a publicar esa noticia. Que le corte la cabeza, quiero que los demás se lo piensen antes de volver a hacer una insinuación de tal calibre.

Paseo de un lado a otro nervioso, removiéndome el cabello. ¡Joder! ¡Joder!

—No te preocupes por Sienna, no tienen nada en su contra. Además, ambos tenéis la coartada estable.

Javier tiene razón, pero tantos frentes abiertos me están desestabilizando. No soy un

hombre paciente, me muevo por impulsos, y ahora mismo no sé muy bien qué es lo que debo hacer, así que salgo del despacho y busco a Sienna. No está en la cocina y a mí se me ha ido el apetito, así que busco mi refugio. Cuando abro la puerta sin avisar, está recién duchada con una toalla cubriendo la parte de su cuerpo que no consigo olvidar.

—Podrías llamar a la puerta antes de entrar —me dice con ironía.

Me he pasado los últimos días haciendo lo que hago por costumbre, evitarla. No es fácil para mí gestionar lo que me hace sentir esta mujer. Nunca me he sentido tan vulnerable ante nada ni nadie.

—No necesito hacer tal cosa, esta es mi casa y tú eres mi mujer.

—¿Crees que puedes venir a mí cuando te plazca? —Está resentida y es normal, pero no sé tratar a las mujeres, es una realidad—. ¿Qué es lo que quieres?

Me acerco a ella y le quito la toalla de un tirón dejándola expuesta ante mis ojos. Mi entrepierna cobra vida propia cuando su cuerpo húmedo se retuerce con ira contenida.

—Te necesito a ti.

—¿Qué haces? ¡No puedes venir aquí y desnudarme cuando quieras!

—Puedo hacer lo que quiera. —La arrincono contra la cama y la lanzo de espaldas—. Podría pasearte desnuda por toda la hacienda, follarte por cada rincón y dejar que otros vieran cómo lo hago. Eres mía, Sienna.

—¿Qué he hecho ahora para que estés así? Tú no eres así, Máximo.

Me quito la camisa y la lanzo a un lado. Ella se queda observando mi tatuaje, se apoya en los codos e intenta cerrar las piernas, pero yo me interpongo, dejándola abierta entre mis muslos, que aún soportan el puto pantalón.

—¿Qué he hecho? —repite y me mira a los ojos, Sienna me intenta entender—. Se

inclina y acaricia la tinta de mi pecho. He visto muchas veces cómo lo mira y sé que le gusta y que ahora viene la pregunta que le causa tanta curiosidad.

—¿Qué significa este tatuaje para ti?

Su mano reposa en mi pecho, me acaricia con la yema de los dedos y tengo que tomar aire para que su atención no entre más hondo en mi corazón, porque sé que va a romperlo tarde o temprano.

—Me lo hice cuando tenía dieciocho años. En aquel entonces, ya me sentía identificado con este animal. Representa el poder, la fuerza, la noche y la oscuridad más profunda.

Sus manos pasean por mi pecho mientras me escucha. Bajo la vista y puedo ver cómo está calmada bajo mi mirada, le relaja verme tranquilo.

—Máximo, cuéntame qué te pasa, me dijiste que no me apartarías.

—No me pasa nada... —Un gruñido sale de mi garganta, cuando sus manos bajan por mi vientre y llegan a la hebilla de mi cinturón. La miro y esbozo una sonrisa engreída, solo está jugando conmigo, no se atrevería... Me desabrocha lentamente, mientras me mira, no pienso parar esto, si es lo que quiere, que así sea—. Creía que estabas enfadada.

—Muy enfadada...

Me libera la polla del pantalón y el calzoncillo, y esta sale a recibirla como un puto resorte. La coge con una mano y pasa sus uñas por mi longitud mientras se moja los labios. ¡Joder! No sé si cuando su lengua me devore voy a poder contenerme y no correrme como un jodido quinceañero. Estiro ambas manos por encima de mi cabeza y me sujeto a los pilares de la cama de dosel. En parte, lo hago porque no quiero ser un puto salvaje y follarle la boca hasta atragantarla. Quiero comprobar de qué es capaz.

Sigue moviendo mi carne dura con movimientos lentos, puedo notar lo tensa que está

mi polla entre sus manos, mientras sube y baja por mi piel.

—¿Ahora es cuando te suplico?—le digo con voz ronca—. Porque se está de puta madre aquí de pie, no me pidas que me arrodille.

Eso parece divertirla porque me la levanta y besa mis huevos. ¡Joder! Nunca ninguna mujer me ha puesto así. A pesar de su juventud no parece inexperta. Mi corazón late en el pecho con fuerza y bombea la sangre que baja para mantenerme como una roca ante ella. Cierro los ojos y contengo el aire cuando su lengua recorre mi longitud y me la rodea.

—Ya hablaremos después de quién te ha enseñado a hacer esto.

Escucho su risa y quiero replicar, juro que lo deseo, pero entonces me envuelve con la calidez de su boca. Me absorbe, me lame, me succiona, me araña la longitud con la base de sus dientes. Es una auténtica pantera. Sienna es tan ardiente que quema. Una gota de sudor cae desde mi sien trazando una línea irregular por mi mejilla. He tratado de contenerme, pero no puedo aguantar más—. ¿Sabes por qué me tatué este jaguar, Sienna? —Levanta la mirada conmigo dentro de ella y sonrío.

Bajo las manos para cogerla del pelo por la nuca, la libero de mi polla.

—Deduzco que vas a decírmelo —responde entre dientes con mis labios pegados a los suyos.

—Porque yo soy ese animal —gruño.

Me vuelvo a enderezar mientras la dirijo a lo que va a ser la comida de polla más memorable de mi vida. Ya no sonrío cuando la embisto y se la introduzco cada vez más y más profunda. Soy demasiado grande para ella, pero esto ha sido decisión suya, así que, si va a aceptarme, tiene que saber que, en la cama, soy una bestia sin domar.

SIENNA

CAPÍTULO 18



Me levanto con una sonrisa en los labios, hoy es mi veintitrés cumpleaños y voy a salir con Fernanda a celebrarlo. Bajo contenta a desayunar, la señora Salomé está mirando algo en el periódico.

—Buenos días, hija, feliz cumpleaños —me saluda, y se levanta para darme dos besos y un abrazo.

—Gracias. —Cojo un dulce del centro de la mesa y mi vaso de café y me siento a su lado—. Voy a salir a comer con mi prima.

—Me recuerdas tanto a mí... —murmura mi suegra. La nostalgia en su voz hace que me pique la curiosidad.

—¿Cómo conoció al padre de Máximo?

La taza le tiembla en la mano cuando intenta beber de ella.

—El padre de Máximo era un buen hombre —suspira y coge aire para hablar—. Atento, cariñoso y muy trabajador.

Mis labios se deben arquear con una sonrisa. «Traficante de cocaína, el trabajo más honrado del mundo, como el que tiene ahora mismo mi marido». Parece notar lo que pienso porque continúa.

—Sé lo que estás pensando..., pero todo tiene una explicación. No tiene sentido que te lo sigan ocultando cuando es un secreto a voces —hace una pausa—, Máximo no es hijo de mi esposo. —Ahora sí que abro los ojos de par en par—. Me obligaron a casarme con mi marido.

»Mi padre poseía la ganadería más importante de Colombia, éramos ricos y mi verdadero amor no estaba a mi nivel. Mi padre se enteró y amenazó con matarlo, por lo que, muy a mi pesar, acepté casarme con Santiago López, el hombre que mi padre había elegido para mí. Mi esposo me colmaba de atenciones y regalos, llevaba una vida muy diferente a la que hubiera podido darme aquel otro hombre. Al poco de casarnos, descubrí que estaba embarazada, pero cuando Máximo nació, mi vida se convirtió en un infierno.

—¿Máximo lo sabe?

—Todo el mundo lo sabía. Desde el día en que nació el bebé, mi esposo se dio cuenta de que el niño no era suyo. Ni cuadraban las fechas, ni el niño mantenía ningún parecido con él. Empezó a humillarme, me pegaba y maltrataba.

—¿Por qué no os fuisteis?

—¿Dónde íbamos a marcharnos, hija? No podía esconderme del hombre más temido de Colombia.

—Y su padre... Su verdadero padre ¿aún vive?

—No. Murió hace años, y yo... —solloza, es más que evidente que aún siente dolor—. En el fondo, recibí mi castigo. Siempre me arrepentí de la decisión que tomé. Viví llena de lujos, pero nunca pude amar a Santiago, y el hombre al que de verdad quería rehízo su vida con una mujer y tuvo una familia. —Su mirada es de tristeza—. Cuando mi esposo murió, pensé en ir a buscarlo, él también había enviudado, pero ya era demasiado tarde...

—Lo siento... —Acerco mi silla a la de ella y la abrazo con fuerza.

—Máximo no es como mi esposo —aclara mientras se aparta las lágrimas que caen en abundancia por su rostro—. ¿Lo quieres, Sienna?

—No lo sé... —respondo con sinceridad, sé que siento cosas fuertes hacia él, pero no tengo nada claro dentro de mí, y menos al tener a Thiago rondando por aquí día y noche. Estoy hecha un manojo de nervios.

—Sé que puede parecerte un mal hombre, se ha criado en este mundo y una gran parte de que sea así es culpa mía —lamenta apretando la mandíbula—. Pero me consta que está loco por ti, soy su madre y he visto cómo te mira. También sé que a pesar de ser como es, jamás te haría daño.

—Yo tampoco le haría daño a él...

—Señora, el *carro* está preparado —nos interrumpe Thiago, que está en el recibidor mirando hacia el suelo.

Me levanto, le doy un beso en la mejilla a la señora Salomé y me dirijo hacia la puerta. Bajo las escaleras y subo al coche. Tengo la oportunidad de hablar con Thiago. La otra mañana le quedaron muchas respuestas que ofrecerme y voy a aprovechar este tiempo a solas para conocerlas.

—Feliz cumpleaños, Sienna. —Thiago se instala en el asiento del conductor y cierra la puerta. Su voz suena resentida.

—Gracias.

Miro al frente hasta que nos abren el portón, Thiago sale a la carretera, pero no dice nada.

—Thiago, necesito que te marches —digo sin pensar.

Gira la mirada inmediatamente hacia mí y me retuerzo las manos, nerviosa, pero es que ahora mismo no sé qué es lo que quiero y no puedo pedirle que se quede aquí y arriesgue su vida por mí, porque si Máximo se entera de quién es, lo matará.

—No me voy a ir sin ti.

—Sabes de sobra quién es mi marido, si se entera de tus intenciones no sé de qué sería capaz. —Mis manos se remueven inquietas.

—Sé a lo que me arriesgo —afirma reposando su mano en mi muslo, yo lo aparto instintivamente.

—No me toques, por favor —le pido, él cierra los puños y apoya la frente en el volante, resignado.

—No sé qué es lo que ha cambiado, Sienna.

—He cambiado yo, Thiago. Todavía no has sido capaz de ofrecerme ninguna explicación —le reprocho. Miro la pantalla de mi móvil y respondo a los mensajes que me ha mandado mi prima para quedar.

—¿Crees que yo lo estoy pasando bien con esto? —Me mira de reojo—. Te vi el otro día en el jardín, vi cómo lo besabas, cómo..., cómo casi te lo tiras ante la atenta mirada de todo el mundo. Y, aun así, estoy aquí, porque tengo la esperanza de que vuelvas a confiar en mí y decidas venir conmigo.

—Me he pasado siete años pensando que nunca volvería a querer a nadie, me dejaste destrozada. —Esta vez no vuelvo a pedirle ninguna explicación, pero realmente es lo que necesito. Me merezco saber dónde ha estado todo este tiempo y por qué no ha venido a por mí.

—Mi padre tenía razón, las mujeres al final siempre eligen el dinero —murmura entre dientes.

Si estuviésemos a la misma altura, le respondería con una bofetada. Es injusto, no tiene sentido que me esté diciendo esto. Es verdad que me casé con Máximo por su dinero, porque creía que fuera de la barrera que había formado mi corazón con su muerte, jamás podría amar a nadie. Ahora no estoy tan convencida de eso.

—¡No seas injusto! —grito—. Tienes dos días para marcharte, Thiago. No quiero que sigas aquí si no piensas ser sincero conmigo, y tampoco quiero seguir escondiéndole a mi esposo que te conozco.

Cuando se detiene en el puerto, Fer se acerca al coche para recibirme y le lanza un saludo seco, cargado de odio y rencor. Nunca se llevaron bien en el pasado, y que haya aparecido de la nada justo cuando estaba intentando rehacer mi vida es algo que no entiende. Las suposiciones de mi prima me hacen darle vueltas a todo durante la comida.

—Se ha pasado siete años disfrutando con otras mujeres mientras tú estabas destrozada, recordando lo que un día fuisteis. También podría ser un espía o que estuviese colaborando con la policía, ¿no te parece extraño? ¿Cómo se le da a alguien por muerto? —me pregunta Fer mientras mastica su comida—. No me fío de él, no me ha gustado nunca para ti.

—No te gustaba porque era más mayor que yo, pero ahora olvidas que mi marido me saca doce años.

—Es diferente, tu esposo está de pan y moja —bromea Fer.

Máximo es tan atractivo que duele mirarlo. Pero no es solo eso lo que llama su atención; es su seguridad, su sonrisa, la manera con la que me mira, el control que ejerce sobre sí mismo para no tomarme y romperme. A pesar de no hacerlo, sé que se muere de ganas de tenerme al completo.

—No es un ejemplo a seguir tampoco... —añado mientras bebo más vino, sofocada.

—No, pero te mira como si fueses la única persona en el mundo, como si fueses el alimento de un animal salvaje.

Seguimos comiendo y haciendo conjeturas sobre todo esto que me está pasando porque, a pesar de todo, no lo tengo nada claro.

Cuando llego a casa, ya son las ocho de la tarde y en el fondo me siento decepcionada. Máximo no me ha mandado ni un mísero mensaje para felicitar me y me planteo si ni siquiera es consciente del día que es hoy. Cuando abro la puerta de mi habitación está sentado en el sillón, solo lleva un pantalón de deporte y va descalzo. Se levanta y viene en mi dirección con una sonrisa engreída. Me rodea y se pone a mi espalda.

—No me mires así, sé lo que estás pensando... —Aparta mi cabello a un lado y deposita un par de besos en mi cuello, haciendo que mi piel se erice al instante—. Feliz cumpleaños, mi reina.

—Pensaba que se te había olvidado el día de mi cumpleaños.

Su lengua pasa por mi cuello hasta que llega a mi oreja. Sus manos agarran con fuerza mi cintura, noto su pecho en mi espalda. De golpe, me gira hacia la mesa, para que vea que nos han preparado la cena en mi habitación. Encima de su plato, hay una caja envuelta con un lazo verde.

—Jamás se me olvidaría algo así.

Me siento en la silla y él lo hace frente a mí. Mi mente me traiciona y se va a hacer siete años y no puedo evitar recordar lo que pasó ese día. Cuando levanto la mirada, Máximo me está evaluando. Retiro la campana que aún está caliente y me encuentro con un plato de arroz frente a mí.

—No me gusta el arroz. —Aparto la comida de mal humor. Lo que menos deseo el

día de mi cumpleaños es cenar algo que no me gusta. Máximo parece divertido—. Si es un truco para que me arrodille y te coma la polla, solo tienes que pedirlo.

—Esa boca... es tan sucia. —Mis palabras lo hacen removerse en su silla, sé el efecto que causo en él.

Coge el plato de arroz, lo arrastra hacia él y me lo cambia por el suyo.

—Así está mejor.

Cuando levanto la tapa que lo cubre hay pescado frito, me encanta y lo devoro.

—¿No vas a darme mi regalo? —pregunto impaciente.

—Primero come, necesitas coger fuerzas para lo que te he preparado.

—No me digas... —lo reto. La tensión con Máximo es tan explosiva, que podríamos incendiar esta habitación sin apenas tocarnos.

—No quieras saberlo antes de tiempo —gruñe mientras me extiende el paquete por la mesa. Yo me quedo sentada en mi asiento mientras lo desenvuelvo, él se levanta y se pone de cuclillas a mi altura.

Si supiese cómo le queda ese pantalón deportivo... Bajo la mirada a la uve de su abdomen. Escucho su sonrisa engreída ante mi escrutinio mientras termino de abrir el paquete, nerviosa. «No me lo puedo creer». Unas esposas se muestran ante mis ojos.

—Quieres atarme como a una perra —deduzco, y cuando me giro su cara queda a escasos centímetros de la mía.

—Quiero regalarte el mayor orgasmo de tu vida. —Me quita el regalo de las manos—. Pero debes tomar una decisión, Sienna. Soy un animal salvaje encerrado en una jaula y, una vez te ate a la cama, no habrá oportunidad de retroceder, no habrá palabra de seguridad, no habrá negación...

—No me irás a follar de cumpleaños en cumpleaños, ¿verdad? —Máximo sonríe, porque sabe que he aceptado su regalo.

Se inclina y roza sus labios con los míos mientras una de sus manos baja la cremallera de mi vestido lentamente. Mis piernas tiemblan con anticipación. Durante las pocas experiencias que he tenido con mi esposo, se ha comportado como una auténtica bestia. Me rodea con un brazo, levantándose de mi asiento, y me lleva a los pies de la cama. Decide esposarme ambas manos a los pilares del dosel mientras su mirada engreída me recorre entera. No es un acto romántico, esto promete sexo duro y yo estoy preparada. «¿De verdad? Porque no tengo ni idea de lo que va a suceder».

Se recuesta sobre los almohadones del cabecero, como un artista que necesita tomar distancia para admirar su obra de arte. Mi mirada se dirige a su bulto. Cojo aire para mentalizarme de lo que viene.

—¿Vas a quedarte ahí toda la noche mirando? —pregunto con impaciencia.

—Puede... —Se yergue sobre los codos y me dirige una sonrisa perversa.

Cuando se baja el pantalón compruebo que no lleva ropa interior, su miembro sale a recibirme impulsado como un resorte impactando contra su ombligo. Podría describir lo bien dotado que está mi esposo, pero las palabras no harían honor a la verdad. Cierro los muslos y los fricciono, el corazón empieza a bombear con fuerza la sangre de todo mi cuerpo mientras Máximo se acaricia ante mi atenta mirada.

—Veo que no me necesitas para darte placer.

—¿Ahora quieres que te suplique? —respondo impaciente—. Me imaginaba pidiéndote clemencia, *esposo*.

Se sienta en la cama y se desliza hasta mí. Me coge por las caderas y me mira con esa mirada tan penetrante que incluso duele. Muerdo mi labio al percibir sus intenciones. Me

baja lentamente el tanga y me separa las piernas, se arrodilla y posa su nariz en mi sexo inhalando con fuerza.

—Te hacía más creativo...

Su lengua caliente abre los labios de mi sexo que lo esperan con premura. La pasa de arriba abajo por toda mi abertura, muerde el *piercing* con los dientes y da pequeños tirones. Una de sus manos sube de mi tobillo hacia mis muslos y no sé si voy a poder aguantar esta presión, porque nadie me ha puesto tan cachonda en la puta vida. No puedo evitar gruñir ni gemir con desesperación cuando me embiste con dos dedos mientras me absorbe con verdadera devoción. Estoy cerca del orgasmo, si tuviese las manos libres lo cogería de la cabeza y lo apretaría más contra mí. Miles de sensaciones se unen para salir con fuerzas al exterior.

—No te corras... —me advierte separando unos milímetros su lengua de mi sexo.

«¿En serio? Conque a este juego quiere jugar». Me importa tres pares de narices lo que me pida, no puedo soportarlo y lo dejo salir.

Pero en ese mismo instante Máximo se separa de mí, dejándome sin poder liberarme.

—¡No! ¡No! ¡No! Máximo, por favor... —suplico, pero él se sienta sobre la cama y se toca de arriba abajo la erección. Es un cabrón, joder. No va a dejarme así, ¿verdad?—. ¡Cabrón!

—Esa boca, esposa. Voy a tener que limpiarla. —Se levanta y se pone detrás de mí, me aparta el cabello a un lado y deposita dulces besos por mi cuello. Sus manos pasean por mis hombros y llegan a la altura de mis pechos—. Voy a desvirgarte, mi reina.

—Llegas un poco tarde para eso —respondo mientras me muerdo el labio por la multitud de sensaciones que me producen sus palabras.

—Has aceptado esto, Sienna, y ya no hay nada que puedas hacer para pararlo —

gruñe en mi oído—. Tómalo como un regalo de cumpleaños.

Su brazo me rodea la cintura y me aprieta contra su cuerpo que choca en un golpe húmedo, ya que nuestros cuerpos están bañados en sudor y excitación. Con la otra mano busca mi sexo empapado y moja el orificio de mi culo.

—¡No, Máximo! —Me arqueo al frente, haciendo sonar las esposas contra los postes de la cama cuando adivino sus intenciones. Su brazo me mantiene agarrada con fuerza.

—Te di a elegir y tú ya tomaste una decisión. Te la voy a meter en ese precioso culo; tan caliente y tan profundo, que vas a gritar hasta quedarte sin voz.

Estoy tan excitada, tan sudada, tan descolocada... Cada poro de mi piel está pidiendo sentirlo. Nunca he hecho esto y en el fondo tengo algo de miedo. Máximo es muy grande y me consta que es rudo. Me agarro con fuerza a las esposas cuando noto su polla apretando entre mis nalgas.

—Confío en ti —murmullo mientras se abre paso lentamente y siento el escozor en la barrera que lo separa de mi interior. Se queda quieto unos segundos y cojo aire para recomponer los latidos de mi corazón.

—Pues no deberías, Sienna —asegura mordiéndome el lóbulo—. *Bienvenida a mi mundo, pajarito.*

Con solo una embestida se abre paso en mi interior. Mi mirada se va al techo y un grito de dolor, aunque sumamente placentero, escapa de mi garganta. Ni siquiera puedo llegar a analizar esas últimas palabras que salen de su boca cuando sigue entrando y saliendo de mí. No he sentido nada tan explosivo en mi vida. Dolor y pasión, algo tan fuerte abriéndose paso en mi interior. La sensación de su carne avasallando la mía, su cuerpo entrando con total plenitud, su pelvis chocando contra mis nalgas. Si pudiese utilizar las manos intentaría poner un tope, porque no puedo soportar tanto junto. Máximo gruñe, gime y me sujeta fuerte. Sus dedos se clavan en mis costillas. Se empieza a tensar,

así que deduzco que está a punto de correrse, cuando desliza una de sus manos hacia mi sexo. Entra y sale de mí con estocadas más lentas pero certeras, hasta que su mano llega a mi *piercing*.

—Feliz cumpleaños, Sienna.

Coge el juguete que atraviesa mi clítoris y lo estira levemente. Un fuego ardiente me quema desde el alma hasta el centro de mi cuerpo con la intención de carbonizar todo mi ser. Aprieto con tanta fuerza las esposas, que incluso me hacen daño en las muñecas. Mi corazón late a un ritmo frenético, haciendo que se me olvide respirar, y entonces es cuando noto a Máximo tensarse y algo muy caliente se derrama dentro de mi cuerpo. Se aprieta en mi culo rígido mientras se corre. Estira nuevamente de mi *piercing* y lo presiona con fuerza contra mi sexo, y entonces pasa: el orgasmo más explosivo que he tenido jamás, no puedo controlarlo, no puedo dar órdenes a mi cuerpo. Mi coño expulsa chorros de un líquido salpicando a mi alrededor y recorriendo mis piernas hasta el suelo.

Noto como me libera de las esposas. Mis piernas apenas aguantan mi cuerpo por el sexo tan extremo. Máximo pasa una mano por debajo de mis rodillas y me pone sobre la cama con sumo cuidado. Aún estoy intentando recomponerme cuando se tumba a mi lado, apoyado sobre el codo.

—Tengo otro regalo para ti. —Me aparta el cabello sudado de la cara y me acaricia con la yema de los dedos. Un escalofrío recorre mi cuerpo ante su tacto.

Nunca nadie me ha hecho sentir esto, había oído hablar del *squirting*, pero jamás pensé que ningún hombre pudiese llevarme hasta ahí. Es muy poco común y muchas mujeres se quedan sin experimentarlo.

—No me digas que es sexual...

—No tiene nada que ver con el sexo —niega, pero muerde mi labio y se introduce en mi boca donde nuestras lenguas se encuentran. Estoy agotada, no sé si podría continuar

con esto hoy.

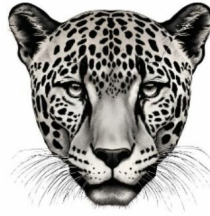
Se levanta y se dirige al cuarto de baño totalmente desnudo y yo miro su trasero perfectamente definido. Mi corazón sigue latiendo con fuerza. Lo quiero. «Solo ha sido el mejor polvo de tu vida, Sienna, tranquilízate». Pero es que el corazón ahora mismo está a punto de convulsionar, de desintegrarse y volver a recomponerse en mi pecho.

Máximo sale del baño con un gato negro, grande. Lo deja sobre la cama y el pequeño felino de ojos verdes viene a acurrucarse en mi regazo. Una lágrima recorre mi mejilla ante el vuelco que ha provocado el animal en mi corazón. La conexión que siento por este felino es tan fuerte que lo aprieto contra mí como haría una madre protegiendo a su cachorro.

—Es tuyo, mi reina. Un jaguar, un animal salvaje como yo, pero tengo más que seguro que sabrás domarlo.

MÁXIMO

CAPÍTULO 19



¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! Hoy he recibido la visita de la policía haciendo preguntas sobre la periodista. Mi suegro me prometió que estaba todo bajo control y no me preocupa una mierda esa tía, yo no la he tocado y estoy seguro de que Sienna tampoco, pero no quiero que esto nos salpique justo ahora con todos los problemas que tengo por delante.

—¿Se puede? —Yuli asoma la cabeza en mi despacho.

—Pasa. Lo ibas a hacer igualmente... —digo, indicándole que se siente.

—Estás más simpático desde que follas —repone con sarcasmo mientras se sienta en el sillón—. La escuchamos gritar por toda la puta hacienda.

—No voy a contarte mi vida sexual, no te interesa. Venga, dime a qué has venido.

—Voy a salir unos días, y necesito que me prestes a tu hombre. Al nuevo, ¿cómo se llamaba? —Se pone un dedo en la mejilla y hace como si pensara—. Ah, sí, Thiago.

—¿Para qué lo necesitas?

—No voy a contarte mi vida sexual, no te interesa —repito mis mismas palabras—. He quedado con alguien y voy a pasar unos días fuera, necesito a uno de tus hombres para que me custodie.

—Está bien, no hay problema —respondo, y puesto que no se marcha, añado—:

¿Algo más? —Cruzo los brazos sobre la mesa ante su reticencia a irse.

—Quería contarte algo sobre tu esposa, pero igual te parece irrelevante.

Arquea una ceja ante mi silencio. Quiere que pregunte, pero si ha venido a esto, que lo haga de una vez, que diga lo que tenga que decir y que se marche. Yuli puede ser muy irascible y llevo unos días muy ajetreados como para preocuparme por los cotilleos de mi prima.

—Di lo que tengas que decir. No te cortes, has venido a ello.

—No estoy del todo segura, pero el otro día la vi hablando con un hombre a hurtadillas, no se dieron cuenta y me puse a escuchar.

—¿Qué hombre?

La mandíbula se me tensa, sea lo que sea lo que tenga que decirme, va a ponerme de muy mal humor.

—No lo sé, estaba oscuro y no pude diferenciarlo, pero lo que sí creo es que era uno de tus empleados. —Saca su móvil para mirar una notificación con total tranquilidad—. El caso es que estaban hablando sobre una relación pasada. Ella le pidió que se marchara.

—¿Quién era ese hombre? —Pego un puñetazo en la mesa.

—¡Te repito que no lo sé!

—¡Lárgate, Yuli! —suelto, y le hago un gesto furioso con el dedo.

—De nada... —murmura, mientras se levanta y sale por la puerta.

Aprieto los puños sobre la mesa con fuerza, respiro erráticamente y en profundidad para tranquilizarme. Tengo que pensar con la mente fría. Si le pregunto directamente va a negarlo con rotundidad. Así que solo me queda calmarme y pensar en los pasos que debo seguir ante esta noticia.

Miro por la ventana y la veo en el jardín sentada sobre sus piernas, mientras le tira un juguete al jaguar. Lo abraza y se tira al suelo rodando con él y su risa invade todo el jardín. Sus ojos almendrados, su cabello ondulado y esa tez canela la hacen demasiado bella ante mis ojos. Sienna posee una belleza tan natural, que te rompe el corazón con una sola mirada. Posee unas curvas que te harían vender tu alma al puto diablo por tocarla, por tenerla a tu merced bajo tus brazos. A pesar de su apariencia de inocencia, Sienna es la mujer más caliente con la que he estado.

De pronto la veo retorcerse en un gesto de dolor cuando vuelve a reponerse desde el suelo. Supongo que no es fácil domar a un animal salvaje, como yo. Se muerde el labio y pienso en cómo castigarla por su traición. ¿Debería creer en las palabras de mi prima? Quizá no debería, Yuli y mi esposa no se llevan especialmente bien, pero no entiendo por qué lanzaría una acusación así si no fuese cierta.

Le doy vueltas en mi cabeza y, de pronto, todo conecta. Deseo coger la pistola y cometer un derramamiento de sangre. Soy yo el hombre que la ha estado acosando, como un jaguar a su *pajarito*. La primera vez que la masturbé en aquel oscuro almacén de aquella discoteca, me tocó la polla y me gritó el nombre de otro hombre: Thiago.

¿Mi nuevo trabajador es su amante? ¿Fue algo de ella? Doy vueltas a mi pistola alrededor de la mesa, tengo que aprender a controlarme o me convertiré en lo que siempre odié: mi padre.

La miro otra vez a través del cristal. «¿Sienna sería capaz de hacerme algo así?». Tengo claro que no me ama, sabía desde el primer día que su corazón pertenecía a otro. Pero ¿ese hombre está viviendo bajo mi propio techo?

—Eh, primo, ¿qué es lo que te pasa? —Javier está frente a mí, ni siquiera me había percatado de que había entrado en la estancia—. Te he llamado tres veces y no respondías. —Se sirve una copa de *whisky* y me deja sobre la mesa otra a mí—. ¿Es por lo de la

periodista esa?

—La periodista me importa una mierda. —Cojo mi pistola y la guardo en el cajón de mi escritorio—. Además, tengo al padre de Sienna moviendo hilos para que el escándalo no nos salpique —aclaro, y bebo un largo trago sintiéndome algo más tranquilo—. ¿Qué ha pasado con el tío que publicó la noticia?

—Su cuerpo está entre los gusanos y su cabeza fue mandada a las oficinas del periódico —me cuenta mientras se levanta a rellenarse el vaso y hace lo mismo con el mío—, creo que han captado el mensaje, ya que no hay nuevas noticias sobre la decapitación de ese desgraciado.

—Mejor... Otra vez se lo pensarán dos veces a la hora de hacer una acusación contra mi familia —afirmo, y me recuesto sobre el sillón—. ¿Sabemos algo de tu padre? ¿Has podido averiguar algo?

—Tengo un infiltrado en la Casona y no lo ha visto en mucho tiempo, a los hombres los lidera el Escorpión amarillo, pero él no es el que dirige el cártel.

Me quedo pensativo, tampoco ha mandado a ninguno de sus hombres para amenazarme, ningún mensaje, ninguna carta. Puede que esté esperando a que ataque yo primero. Si no fuese por mi esposa, hubiese hecho arder toda Colombia hasta encontrarlo, pero Sienna tenía razón y a veces hay que pensar con la cabeza fría.

—Todo esto me parece extraño. Ha conseguido hundir uno de mis buques y no da señales de vida —expongo mientras rasco mi barba de tres días—. O se está preparando para una guerra o...

—¿De verdad estás pensando en esa posibilidad? —me interrumpe Javier.

—... o de verdad sí que está muerto.

—Y ¿quién hundiría tu buque? Si mi padre ha muerto, el Escorpión amarillo estaría

al mando.

—Hola, Max —me interrumpe Sienna—, me preguntaba si te apetecía que saliéramos a comer. Hace un día espléndido y me gustaría pasar por alguna tienda de animales para comprarle algunas cosas a Mirco.

—¿Max? —murmura mi primo entre dientes para que solo yo pueda escucharlo.

—¿Por qué te crees con el derecho de entrar en mi despacho sin avisar?

Estoy enfadado con ella. ¡Qué digo enfadado! Alterado, irritado, enfurecido y... celoso. Estoy volviéndome loco.

—Esta también es mi casa, y voy a entrar y salir de ella cuando me venga en gana. — Me levanto y apoyo los puños sobre el escritorio, le hago una señal con la cabeza a Javier para que se largue inmediatamente, si estallo, no va a querer estar aquí para presenciarlo. El jaguar se pone delante de Sienna y me gruñe, solo tiene un par de meses, pero ya la siente como si fuese de su propiedad—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—¿Quién es Thiago?

Su rostro cambia de color. ¡Es cierto! Lo que me ha dicho Yuli es verdad.

—No sé... —tartamudea intranquila—, no sé a qué te refieres.

Me acerco a ella y la arrincono con mi cuerpo contra la pared. ¡Joder! Algo muy oscuro está dentro de mí queriendo salir.

—¿Recuerdas aquella noche en la discoteca? Te metí en un almacén y, sin saber quién era, me tocaste la polla. Te pedí un nombre y tú gritaste Thiago cuando te corriste. —Su cara está a escasos centímetros de la mía, mis brazos la atrapan contra la pared y no van a dejarla marchar hasta que obtenga una respuesta—. ¿Es ese Thiago mi hombre?

—No —responde con aparente seguridad. La miro a los ojos y, joder, sé que me está

mintiendo.

El jaguar me araña una mano y bufar en mi pierna para que deje a su dueña.

—¿Quién era ese Thiago?

—Alguien a quien amé... —Alza la mirada y me la mantiene con altanería—. No puedes reprocharme algo que pasó hace tantos años, y menos con el gran historial de mujeres que han pasado por tu cama.

—Yo no he amado a ninguna.

—Ya, pero es que eso no se elige, Máximo. Uno no determina de quién enamorarse.
—Esas palabras me duelen como una bala traspasando la carne del pecho.

—¿Aún lo quieres?

—No lo tengo tan claro. —Esas palabras me relajan un poco, pero tampoco ha dicho que ese motivo sea yo. ¿Qué necesito para que se enamore de mí? Para tenerla por completo. Para mí, ella es todo lo que da luz a mi oscura vida. Me levanto cada mañana queriendo hacer mejor las cosas de lo que me enseñaron porque, en el fondo, quiero que me vea como yo un día la vi a ella.

Nuestros labios están a punto de rozarse, es inevitable que sienta una poderosa atracción hacia mí, que su cuerpo se altere y revolucione cuando estoy cerca de ella, pero yo quiero mucho más. Me separo justo cuando nuestros labios van a tomar contacto.

—¡Javier! ¡Javier! —grito abriendo la puerta, hasta que lo veo cruzar el vestidor y dirigirse por el pasillo.

—¿Qué pasa, primo? ¿Estás bien? —Llega a mi altura y la miro de reojo, Sienna está expectante—. Tráeme al nuevo, tengo que hablar algo con él.

—¿El nuevo? —pregunta extrañado en el marco de la puerta.

—Sí, Thiago, el lanchero.

—Pues siento decirte que no va a poder ser, lo he visto salir hace un rato de la hacienda con mi hermana. Dice que le habías dado permiso para salir unos días y llevarse a tu hombre.

Vuelvo a mirar a Sienna, que se relaja. Mi furia va en aumento al notar su reacción. Así que no me queda otra cosa que salir corriendo de aquí, salir corriendo y refugiarme en mi habitación y seguir respirando. Debo tener bajo control a mis demonios. Me encierro con llave y saco una botella de tequila de la barra del bar y me bebo la mitad de un trago, entonces siento la oscuridad en mi interior y destrozo todo lo que hay en la habitación, me deshago de todo lo que encuentro a mi paso.

SIENNA

CAPÍTULO 20



Lloro boca abajo en mi cama. Mercé ha dejado la comida, la merienda y la cena sobre la mesa, pero todas las ha retirado sin yo probar bocado.

—Vas a tener que comer en algún momento —me dice apenada mientras retira todo lo que me he negado a comer.

Mirco, mi jaguar, está conmigo en la cama mientras se acurruca a mi lado al notar mi tristeza. Cierro los ojos y vuelvo a hundir la cabeza en la almohada. Le he mentido a Máximo, pero si se entera de que Thiago es el hombre que un día amé, sería capaz de matarlo, y siento que, si lo hace, nunca sería capaz de perdonarlo.

Me recompongo en la cama y me enjuago las lágrimas de los ojos. Tarde o temprano voy a tener que enfrentarme a esto, así que me pongo los zapatos y me dirijo a la habitación de Máximo. Voy a tocar a la puerta, pero me detengo. Cojo aire con fuerza y me decido, la manecilla no abre, está cerrada con llave. Saco una de mis horquillas y la introduzco en la cerradura, la fuerzo hasta que la puerta cede. Y entonces me encuentro la oscuridad y el caos. La habitación está completamente destrozada; cristales rotos, muebles tirados, ropa por todos lados. Mi estómago se retuerce cuando mis ojos lo ven en un rincón, sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared y la mirada perdida. Tiene una botella de tequila al lado, vacía, y está empuñando otra.

—Vete, Sienna —me pide mientras da otro largo trago a su botella—. Necesito estar solo, no quiero que me veas así.

Cierro la puerta detrás de mí y camino apartando con los pies el destrozo que hay en la habitación.

—Máximo...

—Te he dicho que te vayas —repite con la voz quebrada.

—Tengo que contarte algo importante.

Abre un poco los ojos y me mira con resignación.

—Ya sé qué es lo que quieres decirme... —toma aire—, por eso estoy así.

—Thia... go... —Me tiembla la voz y carraspeo para continuar—. Thiago, tu hombre, era mi mejor amigo... —confieso, e intento calmarme, pero ver a Máximo ahí sentado, tan pequeño, tan vulnerable ante mis ojos... duele—. Lo que fue solo una amistad se convirtió en algo más. —Trago saliva. Él vuelve a beber de la botella de tequila—. Estuvimos saliendo unos meses.

—¿Aún lo quieres?

Eso también me gustaría saberlo a mí, pero no puedo responder con sinceridad a algo que no sé. Sé que no quiero que Max le haga daño, pero no he sentido el deseo de salir corriendo con Thiago. En este preciso instante, mi mente se desvía a un lugar donde se pregunta qué hubiese pasado si Thiago hubiese aparecido antes de casarme. «Me habría lanzado a sus brazos sin preguntar, sin cuestionar por qué no es sincero conmigo con respecto a dónde y qué ha estado haciendo estos últimos siete años». Entonces miro a Máximo y algo aletea en mi corazón.

—No me he ido con él. Estoy aquí, ¿no?

Me pongo de cuclillas y me apoyo sobre sus rodillas. Una simple mirada entre nuestros corazones destrozados, que golpean con fuerza nuestros pechos. Porque, sí, su corazón también lo perciben mis oídos.

—Ya... —responde no muy convencido—. Cuando vuelva, voy a matarlo.

—No lo hagas, por favor... —le suplico—. No hagas que te odie.

Levanta su mirada nuevamente y nos quedamos largo rato mirándonos, le acaricio la mejilla y siento el torrente de energía que siempre está ahí cuando estoy con él.

—Si lo amabas... —resopla ebrio—, ¿por qué no estás con él?

Aun sentado, lo veo tambalearse; va demasiado borracho, su voz es pesada y sus ojos ya no aguantan el peso de sus párpados.

—Porque hace siete años murió. Y ha aparecido aquí sin pensarlo, después de todo ese tiempo —le explico—. Su pesquero tuvo un accidente trágico y él y su padre murieron justo el día de mi diecisiete cumpleaños.

No logro descifrar su mirada, pero puedo ver que a él esto le ha parecido tan extraño como a mí. Se apoya en la pared y se pone en pie, da un par de traspiés y se lanza sobre la cama.

—Vete, Sienna, necesito pensar.

No le hago caso. Me acerco a él para quitarle la ropa y dejarlo cómodo sobre la cama. Le retiro la camisa, me aparta el cabello por detrás de la oreja y sonrío.

—No vas a aprovecharte de mí, ¿verdad?

—No me tientes, no querrás saber lo que ha pasado por mi mente.

A pesar de la tensión y el malestar entre nosotros, momentos como este son los que disfruto estando a su lado. Siempre tentándonos, siempre insinuándonos como si no

importara nada más.

—Sorpréndeme.

Le desabrocho el pantalón lentamente ante su atenta mirada engreída, la mía lo hace con perversión. Se los bajo lentamente, dejándolo solo con el bóxer. Subo sobre la cama y me recuesto a su lado entrelazando mis piernas con la suyas. Me apoyo en su torso y le lamo el lóbulo de la oreja.

—Mi mente ha pensado en atarte a la cama...

—Ah, ¿sí? —murmura mientras me coge el brazo y me pega más a su cuerpo.

—He pensado en atarte y darte a probar de tu propia medicina. —Se inclina y me obliga a mirarlo—. He fantaseado con hacerte lo que tú me hiciste a mí...

—¿Qué te hice yo a ti? —pregunta extrañado, sin entender de lo que estoy hablando.

—Perforarte y marcarte con mi nombre.

Bajo mi mano para acariciarlo por encima de la tela del bóxer, está totalmente empalmado. Ni el enfado, ni las casi dos botellas de alcohol pueden evitar que me desee.

—Hazlo —me pide, cierra los ojos y suelta el aire contenido en su cuerpo—. Llama a Yoslevis.

Me levanto de la cama y, de entre todo este desastre, localizo su móvil. Marco el número y hago la llamada. Le digo que pasarán a recogerla porque la necesito para realizar un servicio como el último que hizo en esta mansión.

Cojo las esposas que utilizó conmigo el día de mi cumpleaños y se las pongo, anclándolo al cabecero. Máximo está ahí sin poder apenas moverse.

—Tranquila, no me perdería esto por nada del mundo.

Quince minutos más tarde, le abro la puerta a Yoslevis.

—¡La hostia! —suelta mientras repasa la habitación que está destrozada—. ¡Vosotros dos sois dos putos animales!

Me siento al lado de mi esposo que sigue esposado y me mira con los ojos vidriosos por la mezcla entre lujuria y embriaguez.

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

Yoslevis deja sobre la mesa sus maletines. Paso mis manos por su torso hasta llegar a la goma de la ropa interior. Se la retiro lentamente, está duro, así que lo cojo con una mano y lo acaricio.

—¡Joder, Máximo! —dice Yoslevis al girarse y ver a mi esposo como Dios lo trajo al mundo—. Me haría heterosexual por probar una así. Pero ¿dónde la guardas?

Máximo ríe, lo último que le faltaba a su ego es que le dijeran que la tiene enorme. Sigo acariciándolo, lo aprieto con mi mano y le clavo mis uñas. Me inclino para hablarle al oído:

—Córrete para mí, esposo. —Máximo tira de las esposas sin éxito.

—Te estás aprovechando de que estoy borracho... —replica con un hilo de voz.

—¡La madre que os parió! Luego me voy con un calentón de tres pares de narices —escucho las réplicas de la tatuadora.

Yo no me detengo, sigo masturbándolo, está borracho, pero eso no le impide estar duro para mí. Sigo pegada a su oído mientras lo hago.

—Te tengo en mis manos, esposo —le susurro.

—Me tienes en tus manos, Sienna. Soy todo tuyo...

Interrumpe sus palabras mientras gime y un líquido caliente me envuelve la mano.

—Vais a limpiar esa mierda o no lo perforo —replica Yoslevis de pie en la cama,

que, con guantes y aguja en mano, señala el miembro de Máximo.

Aunque se me ha pasado por la cabeza limpiarlo con la lengua, ahora que tengo a la mujer de pie con el ceño fruncido, decido hacerlo con las sábanas. Yoslevis se sienta en el borde de la cama y, sin mucho preámbulo, lo coge y lo perfora.

—¡Joder! —gruñe con intensidad—. Esto es más doloroso de lo que me imaginaba.

—Pues todavía no he acabado contigo... —murmuro.

Desvía los ojos en mi dirección y se muerde el labio mientras sonrío.

Yoslevis se levanta y se dirige a la mesa donde está su maletín, del que saca una aguja y tinta. Le indico lo que quiero que le tatúe y dónde. Lo desato, él ni siquiera replica. No mira lo que he pedido para él, tampoco lo cuestiona. Me observa orgulloso hasta que cae rendido y dormido sobre la cama. Luego le pido a Yoslevis que haga lo mismo conmigo y me tatúa en el antebrazo esa frase que me une tanto a él. Porque no sé si he dejado de querer lo que me ataba al pasado, pero sí sé que quiero aferrarme al presente con uñas y dientes, porque creo que nunca sería capaz de marcharme de su lado. Le acaricio el cabello mientras Yoslevis termina de tatuarme.

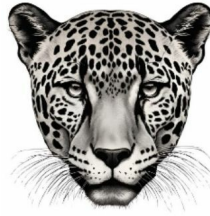
—Ya está, creo que ya está acabado —me dice.

La miro y una sonrisa sale de mis labios. Esa frase me hizo darme un baño de realidad y conectar con el presente, con lo que me hizo sentir cuando ni siquiera sabía quién era. Es algo tan mío, tan nuestro...

Bienvenida a mi mundo, pajarito.

MÁXIMO

CAPÍTULO 21



«Esta es la última vez que bebo», me repito una y otra vez mientras sujeto mi cabeza con un dolor de tres pares de narices.

—¿Sabes algo de Yulí? —le pregunto a Javier.

—No sé dónde está. —Se rasca la barbilla mientras caminamos hacia el muelle—. No coge el teléfono y tampoco lo coge nuestro hombre.

Aprieto los puños a los costados. Si lo mato, Sienna me odiará, eso me dijo. Pero necesito que lleguen ya, porque tengo una conversación pendiente muy entretenida con él. Si cree que ha entrado en mi cártel para llevarse a Sienna, ya puede irse por donde ha venido, porque es algo que no voy a permitir.

—Avísame cuando sepas algo de esos dos.

Me dirijo con paso decidido hacia el carguero que acaba de llegar a puerto. Hoy me llega el armamento que me ha enviado mi *compadre*. Paseo entre los palés y sonrío al ver todo este arsenal.

—Vaya, ese contacto es la hostia. ¡Qué cantidad de armas! —repite Javier mientras registra uno por uno los palés.

—Tenemos que estar preparados, si tu padre quiere guerra, le responderemos con

furia.

—No parará hasta hacerse con el poder. Sé lo que quiere: tus cargueros, tu poder, tu dinero y ahora a tu mujer. Está obsesionado hasta tal punto de no importarle perder a sus hijos —añade mi primo.

Puede parecer surrealista, pero Javier no es realmente mi primo, tampoco nos hemos criado como tal. Sin embargo, hay lazos que sin ser sanguíneos unen a las personas, él para mí es el hermano que nunca tuve. Podría haberle pegado un tiro cuando vino a mi hacienda mandado por su padre a conseguir algo que no le iba a entregar. Recuerdo a ese muchacho de dieciocho años que entró por mi puerta con cardenales por toda la cara y el cuerpo tembloroso. Tras matar a mi padre de un tiro, Javier fue mandado por el suyo a advertirme que me retirara por las buenas. No le importó enviar a su propio hijo a lo que podría ser una muerte segura, así que, me deshice de sus hombres y a él le ofrecí un trato.

«Trabaja para mí», le dije.

Y, aunque en un principio dudó, aceptó la oferta. Mi tío, cegado por su poder, había perdido la confianza de su propio hijo, lo consideraba una carga. Lo maltrataba y humillaba, y hacía lo mismo con mi prima Yuli.

«Con una condición, tengo que rescatar a mi hermana», me pidió, y acepté sin pensarlo.

Ella era apenas una adolescente cuando Javier la trajo a la hacienda, y aunque es una mujer difícil, su carácter se ha ido forjando como consecuencia del comportamiento misógino de todas las personas que tenía alrededor mientras crecía.

—Mi infiltrado en la Casona me ha informado de que no ve a mi padre hace meses, que se mantiene encerrado en su habitación y sus hombres están empezando a hacer preguntas. —Javier me saca de mis pensamientos.

—Lo que está claro es que, enfermo o no, ha destrozado uno de mis cargueros y sus hombres están cada vez más violentos. —Meto las manos en mis bolsillos mientras camino hacia la pasarela del barco—. La semana pasada aparecieron varios de nuestros hombres decapitados a las afueras del país y la muerte de la periodista en los alrededores de la hacienda me consta que ha tenido algo que ver.

—Conozco a mi padre, por desgracia he tenido que sufrir su crueldad durante mucho tiempo, así que debemos estar alerta —dice preocupado—. He llamado a Jefferson para asegurarme de que todo estaba bien por la isla Acresana y no habían surgido contratiempos.

La isla es mi verdadero hogar. Tengo más hombres de los que puedo contar vigilando y protegiendo esa pequeña ciudad que es mi casa y mi vida. Los negocios me mantienen alejado de ella. Ser el hombre más poderoso de Colombia también tiene un precio, y es que uno siempre debe mirar dos veces antes de entrar a un lugar, nunca se está totalmente seguro, ni tú ni los tuyos. Así que esa isla es mi lugar de paz. Si pudiese pedir algo sería vivir ahí con mi esposa y todos los hijos que estuviera dispuesta a darme, bajo el sol caliente de Colombia y la tranquilidad del sonido del mar.

De pronto el teléfono de Javier suena y lo coge mientras seguimos caminando hacia mi 4x4 donde Esteban nos espera. La conversación de mi primo se torna interesante a mis oídos cuando escucho lo que tanto ansiaba.

—Yuli ya ha llegado. El lanchero está de camino a su cabaña.

Se mete el teléfono en el bolsillo mientras sube al coche.

—Esteban, deja a Javier en la hacienda y llévame a la caseta del lanchero. Tengo una conversación pendiente con él.

Después de media hora, estoy frente a las cabañas de mis hombres. Son casas minúsculas provistas de todo lo necesario. Las más grandes las usan los empleados que ya

están casados. Cuando me dirijo caminando a la de Thiago, algo se me remueve con fuerza en el estómago. Un pálpito de que algo no va bien. Mirco está en la puerta sentado, seguramente esperando a su dueña, a mi esposa, a Sienna.

Acelero el paso furioso, «si se ha atrevido a tocarla...». Cojo la pistola con fuerza y la aprieto porque en mi mente veo cosas no muy agradables y temo que la voy a tener que utilizar como alguna de esas visiones se haga real.

Imagino a Sienna tumbada en su cama, la veo de rodillas, la veo desnuda. Todos esos pensamientos intrusivos que pueden desequilibrar la razón de un hombre. Estoy celoso y alterado. Aunque nada de lo que ha proyectado mi mente sea verdad, Sienna no debería estar en la habitación de ningún hombre. Vuelvo a sujetar con fuerza la pistola de mi espalda sin desenfundar. Llego a la puerta y la abro sin avisar. Thiago tiene todas sus pertenencias tiradas sobre la cama mientras Sienna repite una y otra vez: «Tienes que marcharte. Tienes que marcharte...».

Él está recostado en la cama con los brazos cruzados detrás de la cabeza. Aparentemente ignorando a mi mujer. Se levanta de un salto cuando irrumpo en su habitación con la fuerza de un tornado y se interpone entre Sienna y yo.

—¡Gonorrea hijueputa! —Saco la pistola y le apunto directamente a la frente—. Dame un solo motivo para no pegarte un tiro y derramar tus sesos sobre la alfombra.

Él se queda callado y me mira fijamente a los ojos. Pinta una sonrisa que no me gusta una mierda.

—No, Máximo. ¡No! ¡Por favor! —Sienna se intenta interponer entre los dos, pero titubea cuando la miro con desdén. No me gusta que esté aquí, y mucho menos que me esté suplicando que no lo mate delante de él, como si significara algo para ella—. Deja que se marche —implora—. Te lo ruego...

—Espérame fuera, Sienna —le ordeno sin mirarla. Estoy decepcionado con ella, y

también lo estoy conmigo mismo. Intenté convencerme de que me amaría, pero me doy cuenta de que nunca la he tenido. Si dejo que Thiago viva, la perderé, y si mato a este hombre, me odiará toda la vida.

—Prométeme que no lo matarás.

Me coge del brazo y me obliga a mirarla. Bajo lentamente el arma. Ella es la única que puede apaciguar el miedo que ahora mismo siento de perderla.

—Espérame fuera —le repito más tranquilo, y ella me obedece, confiando en que no lo haga.

Me dirijo a Thiago, está de pie frente a mí con una seguridad aplastante.

—¿A qué has venido? —le pregunto.

—Ya sabes a qué he venido, así que vamos a ahorrarnos las mentiras.

La mandíbula debe temblarme ante su osadía porque juro que mataría a cualquiera por menos, pero se lo he prometido a ella, y eso aún me duele más.

—¿Tienes los santos cojones de venir hasta mi casa a quitarme algo que me pertenece?

—Sienna no es tuya, no lo será nunca.

Tiro la pistola con fuerza y lo sujeto del cuello, empotrándolo contra la pared. Quiero apretarlo y hacer que deje de respirar. Deseo con todas mis fuerzas matarlo. Pero pasa algo que no espero, Thiago me empuja y me suelta un puñetazo. Toco mi labio partido, está sangrando. Mi mundo se vuelve negro cuando descargo mi furia contra él. Es un tío fuerte, pero yo soy más corpulento, así que me ensaño con su cara mientras él me golpea en las costillas. Somos dos bestias buscando caos y destrucción. Sangre y muerte. Thiago intenta alcanzar su pistola mientras yo intento coger la mía que está tirada a un lado, es una lucha a muerte, y hoy uno de los dos no saldrá vivo de esta cabaña. Cojo la pistola y, justo

cuando él va a levantarla para dispararme, yo tengo la mía encañonando su frente. Quito el seguro, puede que Sienna me odie un tiempo, pero me intento convencer de que algún día me perdonará.

—Últimas palabras antes de morir...

La puerta se abre, Sienna grita para intentar detenerme desde la distancia, pero yo ya he tomado una decisión. El lanchero levanta la mirada y se pega al cañón de mi pistola.

Entonces dice algo que, aunque intuía desde hace tiempo, me impacta escucharlo de la propia boca de ese hombre.

—Soy tu hermano.

SIENNA

CAPÍTULO 22



Han pasado tres semanas desde que Thiago se marchó. Me siento en el banco del jardín y me ato los cordones de las deportivas para salir a correr y despejarme. Máximo no me dirige la palabra desde entonces, y algo en mí se rompe aún más.

—Cuida de tu gato —refunfuña Yuli haciendo referencia a Mirco. A mi jaguar parece no caerle bien e intenta abalanzarse sobre ella cada vez que la ve.

—No es un gato, es un jaguar, y se llama Mirco.

—Hasta el nombre lo tiene ridículo —gruñe—. Ten cuidado con él, no es un juguete y deberías saber domarlo.

Quiero responder a sus provocaciones, pero realmente no estoy de humor. Así que me levanto del banco y tomo el camino para poder estirar las piernas y comenzar a correr. Mirco sale corriendo y jugando detrás de mí, le pido que corra más que no se ralentice, la conexión que tengo con él es tan real... Sé que entiende muchas de las cosas que le digo y que me quiere como si fuese suya. La alegría con la que me lame la cara por las mañanas para despertarme es increíble, son animales territoriales por lo que no deja que nadie que no sea de su agrado se acerque a tocarme. Le he prometido que lo llevaría conmigo a la isla Acresana, allí puede vivir en libertad y darnos baños en el mar, ya que le encanta el

agua. Algunas tardes nos bañamos en la piscina o cojo una manguera y lo rocío bajo el sol con agua.

—Venga, Mirco. A ver quién llega antes hasta aquel árbol de allí —lo animo.

Sin duda, él es más rápido, así que corro con todas mis fuerzas. Es una zona apartada de la hacienda, pero me siento un poco más libre con cada paso que me alejo de allí. Además, estos muros están vigilados por cientos de hombres, así que corro hasta que me quedo sin aliento, pero, cuando llego al árbol, Mirco no está.

—¿Mirco? —Me apoyo en el árbol para recuperar el aliento y llenar mis pulmones de oxígeno.

Cuando me giro en su busca, no veo nada y mi mundo se sumerge en una completa oscuridad.



Me despierto aturdida, la boca seca y una sensación extraña en el cuerpo. Cuando abro los ojos, estos solo perciben objetos borrosos y me percato de que estoy en un almacén cárnico, colgada del techo por unas cadenas atadas a los brazos entre reses sangrantes a las que no les puedo pedir ayuda.

—Mirco —murmuro. Si se han atrevido a hacerle algo...

Una fuerte ansiedad se instala en el centro de mi pecho. De pronto, escucho unos pasos cerca de mí e inconscientemente tomo la decisión de cerrar los ojos y hacerme la dormida para ganar algo de tiempo.

—¿Crees que habrá despertado ya? —le dice una voz que desconozco a otra.

—Debería estar despierta ya. Con un poco de suerte podríamos usarla un rato...

—Si la tocas, el patrón te matará —responde el otro con total seguridad.

—No se tiene por qué enterar. ¿Has visto las tetas que tiene? —Coge aire para continuar con un tono lascivo—. Uf, me la pone muy dura esta tía. Tiene que tener un coño tan apretado...

—Cada uno busca una manera diferente de morir —ironiza el otro.

No sé qué hacen, pero los tengo cerca, lo sé por sus voces y porque escucho movimiento a mi lado hasta que algo helado me hace soltar un grito. Me han lanzado un cubo de agua y me he visto obligada a abrir los ojos.

—Buenos días, bella durmiente.

No respondo e intento no mostrar mis emociones. No sé qué es lo que quieren de mí, pero supongo que no tardaré en averiguarlo.

—¿Dónde guarda tu marido la cocaína? —pregunta el violador. Así es como apodo a la voz que, si pudiera, me tomaría a la fuerza.

Yo sigo sin responder, pero los desafío con la mirada. No conozco la respuesta que quieren saber sobre Máximo, y sé que él no estaría dispuesto a dársela, por lo que mi sentencia de muerte está firmada. Solo me queda alargar los minutos que me queden de vida para saber qué le han hecho a mi jaguar.

—¿Conque esas tenemos? —El hombre de la voz extraña se desabrocha el cinturón—. ¿Dónde guarda tu marido la droga? —repite este.

No respondo, y me atesta dos golpes secos con la correa que me dejan sin respiración.

—No lo sé... —emito con un hilo de voz.

Eso es lo que esperan, ¿no? Una respuesta tras otra, porque no sé qué es exactamente lo que buscan, yo no conozco nada sobre el negocio de mi esposo. El violador se aproxima, yo forcejeo para evitar que me toque. Saca mi teléfono de la bandolera de

deporte y lo pone frente a mi cara para desbloquearlo.

—Vamos a llamar a tu esposo —ordena este, pero yo no sigo sus órdenes.

Busca entre los contactos para llamarlo y lo pone en manos libres. Suenan varios tonos. Máximo no responde y a mí me embarga la angustia, aunque no voy a suplicar por mi vida. Mi marido nunca les dará lo que sea que quieren y yo no voy a humillarme más de lo que ya lo estoy. No hay nada ni nadie que pueda salvarme del final que me espera. ¿Qué solucionaría Máximo? Ni siquiera sabe dónde estoy y cuando llegara aquí ya sería demasiado tarde. Pero si van a ser nuestras últimas palabras también podría decirle que lo quiero, aunque ya sea demasiado tarde. Creo que no he salido corriendo estas semanas porque una parte de mí se ha aferrado a él.

El violador marca nuevamente, pero Máximo no responde.

—Dale cinco minutos, seguro que estará en algún club, follando como un loco con un montón de putas —le dice uno al otro mientras se mofan.

—¡Mi esposo no necesita follar con putas! —inquiero con rabia, no soporto que eso pueda ser verdad.

—Vaya, pero si no se te ha comido la lengua el gato.

El de la voz extraña me atesta dos puñetazos en las costillas, apenas puedo respirar y me arqueo con fuerza, creo que me ha partido un par porque el dolor es tan intenso que se me nubla hasta la vista.

De pronto mi teléfono suena, pero antes de que puedan cogerlo, cuelgan.

—¡Eres una pedazo de puta! —repite el violador, mientras se acerca y me toca las tetas obscenamente con sus sucias manos—. Ni tu esposo te quiere tocar.

Lo aparto con las piernas con las pocas fuerzas que tengo. Él da unos pasos hacia atrás. Coge nuevamente el teléfono, lo desbloquea y vuelve a marcar el tono de llamada.

Esta vez tampoco lo coge, pero una melodía suena en este almacén. ¿Es la muerte que viene a saludarme? ¿Es mi subconsciente?

Oigo dos disparos y un líquido caliente me salpica la cara. Consigo abrir los ojos y lo veo a él, a mi mundo, a mi esposo, tiene la mirada oscurecida y el rostro desencajado. Viene acompañado de varios de sus hombres.

—Desatadla y recoged este destrozo —oigo a lo lejos.

—Máximo... —susurro cuando el tacto de sus manos roza mi carne magullada.

¿Es un sueño? ¿O ya estoy muerta?

Mis ojos no aguantan más y mi mundo se hunde en auténtica oscuridad.

MÁXIMO

CAPÍTULO 23



Han pasado tres semanas desde que ignoro a mi esposa y no sé cuánto tiempo más deberá pasar. Ni siquiera me atrevo a mirarla a la cara después de lo ocurrido. El lanchero es mi hermano, el amor secreto de mi esposa, y yo le di una oportunidad de marcharse. Y no sé muy bien si dejándole este espacio a Sienna, estoy esperando eso mismo de ella, que se marche. Si lo hace, me convertiré en lo que tanto he odiado, seré ese hombre que ha sido mi espejismo toda la vida, porque ya no puedo vislumbrar una vida en la que no la tenga a ella y haría arder hasta el último ser vivo por traerla de vuelta.

—¡Patrón! —se exalta Esteban que entra en mi recámara sin previo aviso—. Disculpe, patrón, pero es de vida o muerte. —Le falta el aliento e incluso le cuesta decirme esto—. El jaguar de Sienna ha sido encontrado con signos de envenenamiento a las afueras. Sienna... —Me levanto de un salto de mi sillón.

—¡Habla, huevón!

—A Sienna no la hemos encontrado, creemos que se la podrían haber llevado — responde agitado—. Los hombres que vigilan la zona de las arboledas han aparecido muertos. Creemos que puede ser obra de los Escorpiones.

—¡Vamos, no hay tiempo que perder!

Cojo mi arma y salgo a toda prisa bajando los escalones de dos en dos, Esteban me

sigue a toda prisa. Me pongo en el lado del conductor y sin pensarlo aprieto el acelerador. Esteban marca desde su terminal, pidiendo a varios de mis hombres que nos sigan y nos den apoyo, ya que no sabemos con qué nos vamos a encontrar y podría ser una trampa. Ahora mismo, estoy ciego y furioso. Saco con una mano mi terminal del bolsillo y acelero cuando llego a la puerta de mi propia hacienda casi sin darle tiempo a mis hombres para que la abran. Busco en mi teléfono móvil el paradero de mi mujer, le puse un rastreador en su precioso coño. Sí, lo sé, soy un puto controlador, pero en este negocio uno marca y protege lo que es suyo. La tienen en un almacén cárnico a veinte minutos de aquí, así que calculo mentalmente los kilómetros y aprieto el acelerador pensando que puedo hacer el recorrido en diez.

—Si sigues conduciendo así, llegaremos hechos picadillo.

No hago caso a la aportación de mi hombre, es un buen hombre, pero no me ayuda. Otra vez miles de pensamientos intrusivos me resquebrajan por dentro. Si le han hecho daño de alguna manera..., haré arder el mundo entero hasta buscar la venganza que se me está pidiendo a gritos que reclame. No voy a dejar que mi tío siga tocándome las pelotas de esta manera, y puede hundir todos mis cargueros, pero si le ha hecho daño... Sujeto el volante con fuerza cuando suena una llamada, es Sienna.

—¿Es su esposa? Debería cogerlo, patrón —repite Esteban, nervioso.

—No. Si la tienen, estos minutos podrían salvarle la vida. Volverán a llamar.

La vena del cuello se me contrae a punto de reventar de pensar lo que le puedan estar haciendo, conozco la manera de proceder de esos hijos de puta.

Siento algo de tranquilidad cuando llego al almacén donde me ha traído el localizador que le puse en su *piercing* y veo un solo coche en la puerta. Cojo la pistola y entro a toda velocidad e intento no hacer ruido, pero me falta el aliento y la cordura ahora mismo. Marco el teléfono que suena en la zona de los animales muertos y cuelgo antes de que

puedan cogerlo. «Los tengo y voy a despedazarlos».

Cuando entro, veo que Sienna está atada entre reses muertas como si fuese un puto animal, apenas tiene fuerzas, le han dado una paliza los muy hijos de puta. Mi teléfono suena en el bolsillo, pero es demasiado tarde para estos hombres. A uno le vuelo la cabeza en ese preciso instante. Al otro, lo miro a los ojos, es el muchacho que dejé marcharse hace unos meses de mi almacén con vida.

—Por favor...

—No doy segundas oportunidades a nadie.

—Tu tío te espera en el infierno.

Su cabeza es atravesada por una de mis balas, se hace el silencio en este lugar mientras observo a mi esposa tan vulnerable ante mis ojos. Ordeno que limpien todo y la desaten. La cojo y la mantengo contra mi pecho, sus heridas me duelen en lo más profundo de mi ser. Todo esto es culpa mía y del mundo en el que la he metido. Palpo su muñeca para cerciorarme de que tiene pulso y un torrente de energía me recorre el cuerpo al notar su corazón en mis manos. Su tacto es como si fuese la parte de un mecanismo de un reloj roto y al encajarlo en mi corazón lo hiciese palpar.

—Te tengo, mi reina. —Ella me regala una sonrisa de tranquilidad contra mi pecho y el cuco de mi corazón canta por tenerla conmigo y sonrío de felicidad.

SIENNA

CAPÍTULO 24



Abro los ojos a lo que parece una nueva vida. Estoy en una cama, pero, al intentar moverme, el cuerpo no me responde y se resiente. Pongo la mano izquierda sobre mis costillas y gruño con ese simple roce. «No estoy muerta», pienso cogiendo aire para apaciguar el malestar.

—¿Estás bien? —Su voz me relaja.

Está sentado en un sillón mientras mordisquee nervioso nuestra alianza de boda.

—He estado mejor... —Me inclino para levantarme—. ¿Dónde está Mirco? —pregunto preocupada.

—Tranquila, el jaguar está bien, ahora mismo la mejor veterinaria del país está con él. Intentaron envenenarlo.

—¿¡Dónde está!? Llévame con él.

Me levanto de la cama mientras un gruñido sale de mi garganta. Máximo se pone en pie para cogerme por la cintura y ayudarme a incorporarme. El roce de sus manos en mí, curan algo más que las heridas que tengo por el cuerpo.

—Gracias por venir a por mí —digo a la altura de su pecho, ya que no me atrevo a mirarlo a los ojos.

Levanta mi barbilla y es cuando nos permitimos mirarnos un largo rato. Debo estar hecha una mierda, pero él me mira como si no hubiese nada más maravilloso en el mundo que yo, aunque también sus ojos me hacen esas preguntas que no puedo responder. Esas preguntas que a mí me han estado atormentando todas estas semanas. Por alguna razón incoherente del destino, el hombre al que pensaba amar es su hermano. Me he llegado a cuestionar si la atracción que he sentido desde el primer momento por mi esposo no ha sido solo un deseo sexual, si todo era debido al gran parecido que poseen. Porque siempre vi en él algo físico que lo unía a algo anclado a mi pasado.

—No tienes que darme las gracias, Sienna. Haría arder el mundo entero por ti.

Su caricia en mi mejilla me hace suspirar. Ahí está Máximo, con esas palabras que me hacen revolotear como una adolescente. El hombre más peligroso, más temido y más salvaje, y lo tengo aquí frente a mí, mirándome como si no hubiese nada más importante para él.

Me pongo de puntillas para besar sus labios y Máximo me acopla contra su cuerpo, gimo en su boca cuando el dolor de mis costillas se intensifica con celeridad. Afloja su agarre mientras profundiza el beso. Es tierno y sensible. Mi esposo ahora mismo es un animal domado e indefenso.

—Creía que no querías verme —confieso cuando separamos nuestros labios.

El contacto con su cuerpo es tan ferviente, que ya no sé cómo manejarlo, no solo me tiemblan las piernas por sus caricias, hay algo más que no me permite alejarme de él. Podría haber salido corriendo y huido con Thiago, podría ir a buscarlo, pero solo he querido que se marchara, alejarlo de mí como hizo él hace siete años. Porque siento que lo que sentía por él, se quedó anclado mucho tiempo atrás.

—Solo te estaba dando tiempo, Sienna.

—Patrón. —Máximo se separa de mí cuando Mercé entra en mi habitación sin avisar

—. Disculpe, es que la señora tiene visita.

—¿Visita? —respondo mientras me siento en la cama con una mueca de dolor.

—Ha venido a verla... —mira a Máximo antes de decirlo— su padre.

Ahora mismo es la última persona que quiero ver, pero supongo que aún sigo siendo su hija. Máximo se aleja de mí y un escalofrío me recorre la columna cuando se marcha, porque no quiero que me deje aquí sola otras tres semanas.

—¿Se puede?

Mi progenitor entra en la habitación, se encuentra con mi esposo al que le da la mano y se cruzan sin apenas mediar palabra.

—Dime, ¿a qué has venido?

—He venido en cuanto me he enterado —afirma.

—Creía que no te importaba.

Mi padre se sienta a mi lado en la cama. Su presencia me incomoda, no ha ejercido nunca como tal, y tenerlo aquí como un padre preocupado me parece extraño.

—Eres mi hija, Sienna. Cuando me he enterado de lo que ha pasado he venido corriendo, sé que no he sido justo contigo en muchas ocasiones —asegura, tomando aire—, pero he sentido mucho miedo de que algo malo te pudiese pasar. Sé que no he sido el mejor padre y que he pagado contigo mis frustraciones. Te pareces tanto a ella...

—¿A mamá? —termino la frase por él.

—Yo la amaba, pero el dinero siempre era un problema.

—¿Por eso se marchó?

—Tu madre nos abandonó no por uno, sino por varios hombres. Se prostituía, se acostaba con hombres por dinero y luego volvía a casa como si no hubiese pasado nada —

me explica mientras se aprieta las manos, nervioso—. Yo me pasaba mucho tiempo trabajando en las calles patrullando y un día la vi. La vi entrar en un hotel de lujo con un hombre mucho más joven que ella.

Lo miro y veo que le está costando contarme esto, porque todos estos años he tenido una imagen muy cruel de mi padre. Han sido cientos las veces que le he reprochado el abandono de mi madre como si él hubiese tenido algo que ver.

—Decidí perdonarla —continúa—. Intenté ganar un sueldo más digno para poder complacerla y me infiltré en la mafia, pero nada parecía hacerla entrar en razón, ni siquiera... —le tiembla la voz— ni siquiera tú.

—¿Por qué nunca me lo contaste?

—Prefería que me odieras y ahorrarte el dolor de saber que tu madre te había abandonado —confiesa—. Lo siento mucho, Sienna.

No puedo perdonarlo por el momento, me ha hecho sentir muy sola y muy indefensa todos estos años, incluso...

—Tu manera de redimirte ¿era casarme con Máximo?

—Hice un trato hace siete años con él y me alegro de haberlo hecho, creo que vas a ser muy feliz aquí —me explica—. Además, es cierto eso que dicen: si no puedes contra el enemigo, únete a él.

—Papá, me acaban de secuestrar y me han dado una paliza... —Él también se ha dado cuenta de que lo he llamado papá, lo noto en la expresión de su cara—. Pero no me arrepiento de haber tomado esta decisión —digo con total seguridad.

De pronto la puerta vuelve a abrirse, Fernanda entra sin avisar y veo que Mirco va a su lado, aunque camina algo mareado.

—¡Mirco! —Me levanto de un salto ignorando el tirón que me han dado los costados

para abalanzarme sobre mi fiel amigo—. ¡Estás bien! —exclamo, y lo abrazo mientras ronronea entre mis brazos.

—Hola. Estoy aquí —bromea Fer, al ver que solo tengo ojos para mi chico felino—. Sí, soy yo. Tu prima, esa que se crio contigo y te enseñó a ir en bicicleta.

—Te enseñé yo, Fer. Si no fuese por mí, todavía te tendrían que poner las cuatro ruedas —respondo, y me levanto del suelo para abrazarla, pero Fernanda me aprieta demasiado y me hace daño.

—Bueno, hija. Yo ya me voy, recuerda que tenemos una conversación pendiente —se despide, me da un beso en la mejilla y sale por la puerta para dejarme a solas con mi prima.

—Y ¿eso? —señala Fer, confusa.

—Eso es un padre arrepentido. —Me siento en la cama y mi prima, en el sillón que hay frente a mí—. Ya te contaré.

Mirco se sube al colchón y se tumba a mi lado, lo acaricio y cierro los ojos, pienso en lo que le podría haber pasado.

—Me alegro de que estés bien, Sienna.

—Yo también me alegro de estar viva —respondo sincera—. Aunque mi vida es un auténtico desastre.

Fernanda sabe todo sobre el tema de Thiago y Máximo, ambas nos hemos hecho las mismas preguntas estos días atrás.

—Estar pillada de dos tíos, que han resultado ser hermanos, no debe ser fácil.

¿Estoy pillada por los dos? Porque mi mente se obliga a recordar el pasado, pero mi corazón late cuando tiene frente a sí el presente.

—Creo que quiero a Máximo —le confieso. Lo digo rápidamente, como si tuviera realmente miedo de reconocerlo.

—Pues claro que lo quieres, si no, no estarías aquí —afirma riendo a carcajadas—. Eso, o es el rey del sexo. Además, Thiago no te merecía entonces y no lo hace ahora. Se marchó y ha disfrutado de su vida estos años, y ni siquiera es capaz de darte una explicación. Dice venir a por ti y lo único que ha intentado es joderte más la vida.

—Ya...

La verdad es que Fernanda tiene razón, pero me alegra haberme dado cuenta a tiempo.

—Lo vi hace unas semanas por el barrio de Buenaventura. Iba con la descarada esa —se pone la mano en la mandíbula para pensar—, la prima de tu esposo. Iba con Yuli. No me dieron buena espina, incluso te diría que parecía que se conocían... muy bien.

Miro a Fer a los ojos por lo que está insinuando. Thiago es libre de acostarse con quien quiera, es lo que ha hecho todo este tiempo, pero ¿con Yuli?

—Thiago me dejó de importar hace tiempo, aunque aún no lo sabía. Además, dicen que un clavo saca otro clavo.

—Clavo, el que te va a administrar tu esposo.

Fer me contagia su alegría y yo sonrío con ella.

—Cierto, Máximo es un animal en la cama.

—Uf —resopla mientras se abanica—. Y yo me tengo que conformar con imaginarlo.

—Todavía no hemos copulado como tal, pero el sexo con él es una puta bomba nuclear. Solo con tenerlo cerca, mi cuerpo arde..., pero tengo miedo de que no sea suficiente.

—El amor y el sexo van cogidos de la mano —afirma—. No es que sea yo una experta, aunque me he comido unas cuantas...

—Fer —la interrumpo para que no continúe.

—Bueno, es la verdad. El sexo es explosivo con personas por las que sientes algo, es así.

—Tengo miedo, Fer... —repito, insegura.

—Es normal, tanto tiempo has creído que querías a alguien, que ahora te cuesta abrirte a otra persona.

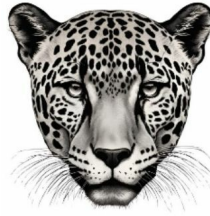
—Máximo es tan atractivo, tan sexy, desprende poder, sensualidad, es tan hombre... —murmuro.

Un carraspeo me saca de la conversación, mi esposo está en el marco de la puerta y, por su sonrisa engreída, deduzco que esto último lo ha escuchado. «Vale, estoy acalorada, roja y avergonzada».

—Gracias, mi reina. —Y confirma mi vergüenza—. Solo me pasaba para decirte que he pedido a Esteban que prepare el yate, he pensado en pasar unos días en Acresana. Allí estaremos más tranquilos, le diré a Mercé que venga más tarde para ayudarte a recoger tus cosas.

MÁXIMO

CAPÍTULO 25



Sienna está acurrucada junto al jaguar en la habitación del yate, aunque ha intentado hacerse la fuerte, está totalmente dolorida. Esos desgraciados le dieron una buena paliza y podrían haberla matado sin pestañear. De sobra son conocidas sus maneras de tortura, mutilaciones, desmembramientos... No quiero ni imaginar qué hubiese pasado si no hubiera llegado a tiempo. «Habría hecho el mundo arder».

—¿Hemos llegado ya? —pregunta adormilada.

—Aún no.

La miro para cerciorarme de que está bien de todas las formas posibles, porque no solo tengo miedo de haberla perdido en vida, tengo miedo de no poder acceder a algo más profundo. Su corazón. He deseado destrozárselo, hacerlo mil pedazos para reconstruírselo y poder entrar en él. Sé que no soy un buen hombre, mi posición me ha obligado a no serlo. Si quieres que te respeten, tienes que sacar tu lado más salvaje, aunque una pequeña parte de mí quisiera ser otra persona para ella.

«¿Debería dejarla marchar? ¿Debería pedirle que se fuera con él? Eso es lo que haces por las personas que amas, ¿no?», me pregunto, pero intento desechar ese pensamiento, e intento justificar los actos del hombre que me crio. Porque el destino a veces te pone pruebas más duras de las que podrías siquiera imaginar. Ese es el motivo por el que los

cárteles más importantes de Colombia llenaron el país de sangre y traición. Una mujer.

Llegamos a la isla. Mi madre y Yuli también nos acompañan. Javier se ha quedado dirigiendo la hacienda. Ya es pasada la medianoche, he decidido navegar a esta hora y sin previo aviso, para evitar cualquier contratiempo. Cuando el yate atraca en el muelle, cojo a Sienna en brazos para llevarla hasta la casa. Mirco nos sigue los pasos.

—Ni que no supiese caminar —replica la voz viperina de Yuli que nos sigue por detrás.

Sienna se aprieta más contra mi cuerpo, mientras sonrío y simula que está más dormida de lo que está. Jefferson y Maribel han preparado todo para nuestra llegada y me dirijo a su habitación para dejarla sobre la cama, sin embargo Sienna me coge de la camisa y me hace inclinarme sobre ella.

—Quédate conmigo —me pide.

Me recuesto sobre la cama a su lado y la agarro con fuerza para apretarla contra mí. «Daría todo lo que tengo por que fuera completamente mía». Esto es lo que me decía mi abuela que hacían las mujeres con los hombres que las amaban. Los debilitaban.

—¿No tienes miedo de que te ate a la cama y te tome? —le susurro en el oído, noto su cuerpo estremecerse.

—Realmente, tengo miedo de que no vuelvas a hacerlo.

Se gira en la cama con un gruñido, presionando sus costillas con la mano en el movimiento. La separa de su cuerpo y la desliza por mi pecho levantando mi camisa. Me incorporo para apartar el trozo de tela que hay entre nosotros. Sus dedos recorren el jaguar de mi pecho y se detienen al llegar a esa frase que se atrevió a tatuarme.

Soy un animal salvaje, solo tú puedes domarme.



Ha pasado una semana desde que llegamos a la isla, en la hacienda todo está tranquilo, la única molestia es la compañía de mi prima que se pasea por la casa como si fuese la dueña y señora, y claro, ya sabemos qué es lo que pasa cuando hay dos gallos en un corral. Mi esposa se ha recuperado y cada vez soporta menos sus impertinencias, y creedme que no la culpo.

—¡Vete de aquí ahora mismo!

No sé qué le ha dicho cuando entro en la cocina a desayunar y Sienna está plantada de pie, echando a Yuli de la casa.

—¡No es tu casa!

—Coge tus cosas y vete a la de las trabajadoras. No me hagas volver a repetirlo —le pide furiosa. Sea lo que sea lo que le ha dicho, la ha puesto en un estado de cólera—, o haré que alguno de mis hombres te saque a la fuerza.

—Qué pronto te crees la dueña de todo —le recrimina a mi mujer.

—Yuli... —la aviso para que no continúe. Sienna es mi esposa, y está tomando el sitio que verdaderamente le corresponde.

—Pregúntale a tu esposa por qué está así. —Ambas se retan con la mirada—. ¿Qué es lo que de verdad te molesta? ¿Que me haya acostado con el lanchero o lo haya hecho con tu esposo?

Sujeto a Sienna, sé que es una mujer impulsiva y sé que la bomba que le ha soltado Yuli no va a ser de su agrado. Así que la agarro de la cintura cuando en un impulso ella se va a abalanzar sobre mi prima.

—¡Suéltame! —grita furiosa.

Yuli sonríe por lo que ha causado.

—Coge tus cosas y lárgate —le ordeno—. ¡Ahora!

Pasa por nuestro lado con los dientes apretados y la sonrisa del triunfo por haber dañado la estabilidad emocional de Sienna, que intenta deshacerse de mi agarre. Y ahora también me gustaría saber qué es lo que le ha dicho para que se ponga así y si el motivo de su ira es Thiago.

La suelto cuando se relaja y se impulsa para salir corriendo por la puerta hacia el exterior, está más que enfadada y corre fuera de sí, así que yo la sigo hasta que la alcanzo y ambos caemos sobre la arena.

—¡Déjame! —Me pega en el pecho con los puños apretados—. ¡Te odio! ¡Te odio!

—Tranquilízate, mi reina.

—No soy tu reina, no vuelvas a llamarme así —me gruñe. Se levanta del suelo, se sacude la arena y se dirige hacia la playa mientras yo la miro sentado en el suelo—. Dime que no es verdad lo que ha dicho...

No voy a mentirle, pero lo que me preocupa es por quién tiene ese estado de celos. Si por él o por mí.

—Yuli no es mi prima, y apareció una mañana en mi cama, ni siquiera me acuerdo —me excuso.

Veo que una lágrima silenciosa recorre su mejilla cuando me mira con desdén y se dirige a la orilla del mar en silencio, y juro que necesito que esa lágrima sea mía.

—Déjame, Máximo, necesito estar sola —murmura, el jaguar sale de la casa y va en su busca. Cuando Sienna se sienta frente a las olas se acurruca contra Mirco.

Doy un par de pasos en su dirección y me siento a su lado con cuidado de no

enfadarla aún más.

—¿Estás así por mí o por él? —digo intranquilo, esa respuesta siento que me va a doler—. Te he hecho una pregunta, Sienna —insisto cuando no responde.

—¡Vete!

Mirco se interpone entre ambos y me gruñe, está claro que siente las emociones de su dueña. Crece a pasos agigantados y es un animal con el que no se debe jugar, ya que es posesivo y territorial, pero yo también soy como este animal, así que lo aparto. Cojo a Sienna ante la mirada de sorpresa de esta y la cargo sobre mi hombro.

—¿¡Qué haces!? ¡Suéltame! —Pega con sus puños en mi espalda, pero eso no basta para que pare y la lance conmigo al mar—. ¡No te atrevas, Máximo!

Ambos caemos en el agua vestidos, yo riendo, Sienna hecha una auténtica furia. Cuando la suelto en el agua, coge arena y me la lanza, patalea, así que vuelvo a rodearla con mis brazos para hundirla conmigo. Verla en este estado de exasperación me está divirtiendo de una manera que llena mi cuerpo de una energía que desconocía. Mi polla también cobra vida cada vez que la cojo y su trasero roza con mi cuerpo. La agarro de la cintura y la aprieto más contra mí, y parece notarlo porque gime entre mis manos.

—Máximo...

Oír mi nombre cuando siente punzadas de placer es la puta melodía más increíble del universo.

—Ven, quiero enseñarte algo.

Tiro de su mano y ella me sigue por el agua, agarrada a mí, más tranquila. Me giro para mirarla mientras el sol la ilumina y me sonrío. Pienso en cómo me gustaría dejar atrás mi vida, para vivir esta tranquilidad y paz interior que siento cuando no hay nada más que ella y yo. Caminamos por la orilla cogidos de la mano y en silencio hasta el pequeño

muelle que tengo en Acresana.

—Yo quiero conducir una de esas —repite ilusionada cuando ve las motos de agua.

La ayudo a subir a su moto, le explico el funcionamiento básico y yo subo en la mía. Arranco y ella me sigue con precaución, me cruzo por delante en un par de ocasiones mientras la veo sonreír. Estamos a unos veinte minutos de donde la llevo.

—¡Guau! —exclama cuando llegamos a cala Divina.

Es una pequeña cala de tierra blanca, abrazada por cientos de rocas en las que hay una pequeña cueva con aguas cristalinas. Saco un par de gafas de buceo de mi moto cuando aparcamos en la ensenada y se las extiendo.

—Este lugar es mi escondite —le cuento—, es el lugar donde me refugiaba cuando no quería volver a mi vida real.

Ella lo mira todo, impresionada. Empiezo a desnudarme y lo hago en su totalidad, me aproximo a ella para darle las gafas de buceo y tiro del tirante de su camiseta.

—Quítate la ropa, estarás más cómoda.

—¿Ahora te importa mi comodidad? O ¿has pensado en algo más?

Se me insinúa mientras se pega a mí y mi polla cobra vida propia. Quizá fue una tontería no tomar a Sienna por completo, pero las ganas de estar dentro de ella se han hecho más fervientes y de vital importancia para mi estabilidad emocional.

—No voy a mentirte, Sienna. —Aparto su cabello a un lado—. He pensado en tirarte sobre la tierra y follarte como un animal.

—Y ¿por qué no lo has hecho ya?

Tres segundos son los que tardan nuestras miradas en cruzarse antes de tener mis manos sobre su cuerpo. Quiero hacerle tantas cosas, que no sabría por dónde empezar.

Marcarla por cada rincón, destrozar esa barrera que la separa para ser completamente mía. Voy a follármela varias veces, a recuperar cada dolor de huevos que me ha causado, y cuando ya no pueda más, me la voy a volver a follar. Nuestras bocas colisionan hambrientas, mis manos le destrozan esta puta camiseta por la que podía ver la transparencia de sus redondeadas tetas. Sus pezones me han estado llamando desde el primer momento en que la he metido en el agua y me ha apuntado con ellos. Se los pellizco porque es lo que me estaban pidiendo que hiciese. Me arrodillo ante ella, para bajarle el *short* que lleva mojado por el agua y pienso en la humedad que debe de estar acumulada entre sus muslos. La puta comida más placentera del mundo está en el coño de mi esposa, y voy a devorarla como si fuese mi sustento, voy a hacer esto cada día para ella.

—Abre las piernas —le ronroneo arrodillado ante ella.

Subo mi dedo índice por su tobillo, paso por su rodilla y me acerco a sus muslos. Su carne rosada y empapada recibe a mis dedos. Meto la lengua para probar su excitación y luego la muevo por su abertura. Sus manos agarran mi cabello. Cuando paso la lengua por su clítoris y lo acaricio con mi lengua con movimientos circulares, noto la presión de sus manos sobre mi cabeza. Así que cojo su *piercing* con los dientes y tiro de él levemente, hasta que la noto temblar y estremecerse de placer.

—Máximo —gime.

Levanto la mirada y la descubro mordiéndose el labio. Está iluminada por el caliente sol. No podría quemar nuestras pieles, más de lo que ya está ardiendo de deseo.

Le meto un dedo mientras me mira y sonrío al saber que soy yo el que la hace gemir. Soy yo el que la tiene ahora mismo aquí y a mi merced, y voy a entrar tan duro y profundo en ella, que no va a recordar que ningún hombre la tocó nunca, porque entonces le haré gritar mi nombre y le tendré que recordar el suyo propio. Bajo mi mano a mi polla, nunca

he estado tan duro, en la vida he deseado nada tanto.

Me siento en el suelo, la cojo por las caderas y la pongo a la altura de mis labios, mientras ella, abierta de piernas, se fricciona contra mi cara que la devora con ansias.

—Necesito más. —Más que pedirlo, lo suplica.

La siento sobre mis piernas, sus rodillas impactan contra la arena de la playa, y ella emite un gruñido cuando su coño toma contacto con mi miembro.

—Fóllame, Sienna, soy todo tuyo. —Agarro sus nalgas y la aprieto contra mí. Ella lame sus propios fluidos de la comisura de mis labios—. Cabálgame hasta que te sangren las rodillas.

—Qué romántico, esposo. —Se fricciona contra mí, y siento que o se empala en mí ya o voy a tener que tomarla de todas las maneras imaginables.

—No soy romántico, ni gentil, ni bueno. Pero te puedo asegurar una cosa, Sienna, te quiero y no hay nada ni nadie que te pueda amar más.

Se sube sobre mi miembro y baja lentamente mientras me rodea con su coño, ahora mismo me cuesta pensar, cuanto menos respirar.

—¿Y...?

—Haría arder el mundo entero por ti, no hay nada que pueda separarte de mí.

Me encuentro totalmente dentro de ella, cuando suena el choque de nuestros cuerpos al unirse. Sube y baja lentamente sobre mí, le estoy dando su tiempo para tenerme a su merced, porque cuando la coja...

La sujeto por la nuca para aproximarla a mí y besarla, mientras entra y sale de mi cuerpo. Muevo las caderas para enterrarme en su interior con más fuerza, la noto tan apretada para mí... Deslizo mi mano entre sus senos hasta llegar a su cuello, lo rodeo

posesivamente y la separo para que me mire a los ojos, el animal que habita en mi interior quiere hacerla explotar como la puta reina que es. La puta reina de mi vida. Noto cómo me aprieta cada vez que una oleada de placer la calienta por dentro. Subo la mano hasta su boca y me lame los dedos, pero yo busco algo más perverso. Así que cuando está a punto y yo estoy cerca de correrme dentro de ella, le meto un par de dedos en la garganta mientras mi otra mano baja hasta el *piercing* de su clítoris. Su estómago se contrae apretándose con tanta fuerza que me indica que ya ha llegado, y cuando me baña con su escandaloso líquido bañado de placer y grita, me voy dentro de ella.

—¡Máximooo! —le saco la mano de la boca y me rodea su sexo con tanta fuerza, que sé que me he metido muy dentro de ella.

Cae sobre mi cuerpo exhausta y sudada, su respiración es inestable y su corazón palpita contra el mío, que la recibe con el mismo énfasis. Se inclina para mirarme a los ojos, pero yo los cierro, porque temo que esto no haya sido suficiente para ella. Uno no elige a quién amar, yo sí que estoy loco como un puto adolescente por ella. Nunca he querido nada tanto, y no podría dar una explicación, pero es algo tan fuerte que habita en mí que hasta duele. Le aparto el pelo que está pegado a su cara detrás de la oreja, nuestros sexos se mantienen unidos y calientes uno dentro del otro.

—Máximo... —susurra con los ojos vidriosos—, yo también haría arder el mundo entero por ti.

Siento que es su manera de decirme que también me quiere. Durante unos minutos la beso. Luego la separo de mí y la pongo boca abajo contra el suelo. Ella emite un gruñido de satisfacción.

—¿He despertado a la bestia?

Paseo mis dedos por su columna vertebral, Sienna se arquea unos centímetros para darme acceso a su trasero.

—No puedo dejar de ser un animal salvaje cuando te tengo cerca —gruño, deseando poseerla de todas las formas imaginables.

Rozo su brazo donde lleva el tatuaje que se hizo hace unas semanas y hasta el último vello de mi piel se electrifica.

Bienvenida a mi mundo, pajarito.

SIENNA

CAPÍTULO 26



Lo que parecía que sería una semana, se ha convertido en unos meses de luna de miel. Máximo es el esposo que siempre soñé tener. Nos pasamos los días haciendo carreras con las motos, bailando, follando como animales hasta que el cuerpo no nos aguanta más. Salimos a cenar y bailar con la gente de la isla donde siento que tengo una familia.

Las tres hijas de doña Gloria siempre están por la casa, vienen a traerme dulces y repostería que hace su madre y con la excusa juegan con Mirco. Mi pequeño jaguar, ya no es tan pequeño. He tenido un par de sustos ya que lo mantengo en libertad por la isla, y aunque intento que no le haga nada a ninguna persona, como todo animal salvaje, su instinto le hace recelar de algunas personas e incluso rechazarlas si no le gustan. Hace dos meses que arañó a Yuli y casi le arranca un brazo, la enemistad que nos unía no cesó y le pedí que se fuese a la hacienda, allí puede ser la reina y señora que desea ser cuando yo no esté.

—No es bueno que comas tantos dulces, Mirco —le dice una de las niñas al jaguar. El muy adulator está encantado con sus caricias y con los pasteles que también le traen todos los días. Pese a ser un animal salvaje, tiene sus puntos débiles.

Me siento en el suelo del jardín con ellas mientras juegan con el felino. Valeria, Sofía y Anna. Al principio me costó un poco distinguirlas, pero, como todas las trillizas, tienen

sus diferencias.

—Debéis tener cuidado con Mirco, no es un juguete —las regaña Mercé.

Me la he traído a vivir conmigo ya que es una de las únicas sirvientas en la que confío. Aunque siempre está regañando a las pequeñas, me ha dicho mil veces que odia a los niños, pero sé que en el fondo adora a las trillizas tanto como yo.

—Mercé, eres aburrida —suelta una de ellas.

—Mirco nunca nos haría daño —asegura otra de las niñas.

Ella se encoge de hombros y entra en la mansión en busca de unos refrescos que le hemos pedido, últimamente me siento algo mareada y el estómago lo tengo revuelto. Es solo pensar en ello y me retuerzo, me inclino a un lado y vomito un poco en la hierba.

—¿Está bien, señora? —Valeria se aproxima a mí y las otras dos hermanas lo hacen también.

—Sí. —Toso para eliminar el regusto que ha quedado en mi garganta—. Solo me ha dado un poco de angustia.

Las tres niñas se miran entre sí.

—Ayer dijiste lo mismo —dice Sofía.

—Las mujeres vomitan cuando están embarazadas, mira lo que le pasó a mamá —repone Valeria.

¿Embarazada? Ni siquiera se me había pasado por la cabeza esa posibilidad. Pero, pensándolo con más detenimiento, no hemos usado protección y tenemos sexo todos los días y con frecuencia sucede varias veces al día. Y ahora que lo pienso, ¿cuándo fue la última vez que me vino el periodo?

—No digáis tonterías, solo ha sido un mareo. —Me levanto del suelo y las ahuyento

—. Anda, niñas, ya está bien por hoy, necesito descansar.

«Estoy embarazada». ¿Cómo no había pensado en eso? Instintivamente pongo la mano sobre mi vientre y siento que algo vibra dentro.

—Aquí están los refrescos —anuncia Mercé con la bandeja en la mano—. ¿Dónde están las niñas? —pregunta extrañada.

Paso por su lado, entrando a la casa sin dirigirme a ella. «Estoy embarazada», vuelvo a pensar. Estoy en *shock*, no era algo que esperase, pero me siento bien con que haya sucedido. Cuando llego a mi recámara cierro, me apoyo en la puerta y toco mi vientre sin tener que esconderme.

«Estoy embarazada», me repito una y otra vez.



Me despierto algo aturdida. Por la posición del sol, intuyo que me he echado una larga siesta. Vuelvo a pensar en los cientos de maneras para darle la noticia a Máximo, es algo que no hemos hablado y siento ansiedad.

Hago llamar a una de las empleadas para que me consiga un test de embarazo, por supuesto le pido total discreción.

—¿Has conseguido lo que te he pedido? —pregunto nerviosa caminando de un lado a otro por la habitación.

—Sí, señora, descuide. —Me extiende el test que me tiembla en las manos—. Ha tenido suerte, una de las criadas está en busca de familia y tenía un par de test.

—No le has dicho a nadie que era para mí, ¿verdad? —me aseguro, podría haberle pedido el favor a Mercé, pero no quiero que nadie sepa si lo que siento que está pasando dentro de mi cuerpo es verdad.

—No se preocupe. He hecho lo que me ha pedido. He dicho que el test era para mí.

Cojo el test con las manos temblorosas para comprobar lo que yo ya sabía. Dos rayas rojas. Mi estado es un hecho.

Tengo miedo de darle la noticia, porque no lo hemos hablado y no sé si él está preparado para ser padre. Hoy Máximo se ha ido a Buenaventura, a la hacienda. Su primo lo ha llamado y se ha ido dos días para atender unos asuntos relacionados con el fallecimiento del padre de sus primos, Javier y Yuli.

No conozco a la familia ni he visto nunca a ese hombre, así que le he pedido quedarme en la isla, porque así Máximo tiene un motivo para volver a nuestra burbuja de felicidad.

Miro por la ventana, las tres mellizas han vuelto y están sentadas en el jardín, sonrío al verlas. Anna lleva en una servilleta un dulce envuelto y Mirco está con ellas mientras muy plácidamente lo alimentan. Mercé sigue regañándolas, pero ellas ríen y le toman el pelo como hacen siempre. Es una relación amor odio lo que tiene con esas niñas. La sonrisa que lleva un rato pintada en mi cara se desvanece cuando a través del cristal, veo lo que ocurre en el exterior. Mi corazón se encoge cuando veo hombres, que no reconozco, rodeando la casa y acercándose a donde se encuentran las niñas.

«No puede ser. No. No. No». Esta isla es una fortaleza, está custodiada por cientos de hombres. Tengo un mal presagio, el corazón me azota con fuerza en el pecho, ante ese presentimiento de que esos hombres que aparentan ser de los nuestros se dirigen a la mansión. Mercé se pone delante y las cubre con su cuerpo y una bandeja. «Vale, eso solo confirma mis sospechas». Mirco se pone al lado de Mercé para también protegerlas.

Salgo corriendo y grito auxilio para alertar de que algo está ocurriendo fuera. Entro en el despacho de Máximo y cojo el arma que guarda en un cajón. Me dirijo hacia el jardín y rezo para que no sea demasiado tarde.

Bajo los escalones de tres en tres cuando logro oír a los hombres.

—Vieja bruja —espeta uno de ellos, y le enseña el arma a mi amiga.

Mirco se lanza al que dispara, arrancándole el brazo en el proceso. Uno de ellos se gira para atacar a mi jaguar y yo disparo un par de tiros hasta matarlo, antes de que llegue a darme a mí. Un tercer hombre empieza a abrir fuego hacia las niñas, dos caen al suelo, sangrando. La escena no puede ser más dantesca.

—¡Las niñas NOOOO! —suplico cuando veo a una de ellas inerte sin moverse y otra herida, desangrándose en el suelo junto a la sangre de Mercé—. ¡Hijos de puta! —Descargo mi arma hasta que no me quedan balas. Alguien también ha debido disparar a Mirco porque se encuentra tirado en el césped, sobre un charco de sangre y con la respiración acelerada. No he podido salvar a Mercé, no he podido salvar a Sofía, no puedo salvar a mi amigo, porque yo tampoco tardaré mucho en dejar de estar viva.

—Ahí está... —dice uno de ellos y está claro que vienen a por mí.

Dejo que me cojan sin oponer resistencia. Estoy destrozada ante el caos que se ha formado delante de mis ojos. Sangre, destrucción y apocalipsis. Me arrastran hasta el muelle donde varios hombres están muertos en el suelo. Se escuchan dos disparos. Cierro los ojos para adentrarme en la oscuridad de mi muerte, pero noto aflojar el agarre de mis captores. Cuando los abro, tengo a mi salvador frente a mí. Alguien que no imaginaba encontrarme aquí. Thiago.

—Sienna, ¿estás bien? —Me tiende la mano para que se la coja y llevarme con él, pero no respondo, estoy en *shock*—. Sienna, soy yo, he venido a por ti. Ven conmigo.

Me coge de la mano y por instinto corro tras él, pero paro en seco en mitad de la pasarela.

—No, tenemos que ayudar a mi gente —le pido.

—Sienna, la isla tiene muchos hombres, podrán defenderla, pero te buscan a ti y tengo que ponerte a salvo. —Miro hacia atrás y cierro los ojos con dolor—. Confía en mí.

Él me da las fuerzas que no tengo y me empuja hasta una lancha rápida que está en el muelle. «No quiero, no debo, no puedo abandonar a mi familia».

—Thiago, para, tenemos que volver.

Pero ya ha arrancado y está navegando por el mar a toda velocidad. Mi cabeza le da mil vueltas a lo que ha pasado. La isla estaba totalmente protegida. No entiendo cómo esos hombres han podido cruzar la barrera. Pasamos así una hora, navegando, hasta que presiento que algo no va bien. Alguien ha tenido que actuar desde dentro, y la desconfianza se hace más latente en mi corazón al darme cuenta...

—Thiago, ¿dónde me llevas?

Para en un puerto que desconozco donde lo están esperando varios hombres. Estos sujetos me agarran por los brazos y me sacan de la lancha, siguiéndole el paso a él.

—Thiago, ¿qué está pasando? —Miro por detrás a Thiago y algo se me remueve en el estómago y me hace parar para vomitar—. Thiago, ¿dónde has estado todos estos años? —pregunto con la respuesta ardiendo en mi mente que ha empezado a unir las piezas del puzle.

Se gira y se enfrenta a mí que me estoy limpiando los labios de vómito.

—¿Dónde he estado? —espeta furioso—. Hice esto por ti, Sienna, pero mi padre tenía razón. Eres como todas las mujeres. Las mujeres como tú siempre eligen el poder y el dinero. —No sé por qué me dice esto—. Me labré un nombre propio con esfuerzo, sudor y sangre. El cártel de los Escorpiones fue mi hogar todo este tiempo y ha llegado la hora de demostrar quién manda.

Quiero decirle que mi elección no ha tenido que ver con el dinero, que lo amé durante

mucho tiempo y que su muerte me hundió en la miseria. Que me costó mucho volver a tomar las riendas de mi vida y que no fue fácil la decisión de pasar página. Pero que él, y solo él, es el culpable de que lo que una vez sentí se desvaneciera ante la muralla que él creó al marcharse voluntariamente, y que ahora mismo lo odio tanto que acabaría con su vida con mis propias manos. —Usad el inhibidor, está claro que Máximo la tiene de alguna manera localizada —ordena Thiago a los que parecen ser sus hombres.

Lo miro extrañada. ¿Me tiene Máximo localizada? ¿Cómo? El *piercing*, eso es. El día que me sacó de aquel almacén no fue casualidad.

Los sujetos me pasan un aparato por el cuerpo para que, si hay algo en mí que pueda ser rastreado, desaparezca.

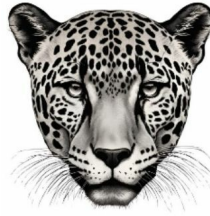
—¿Es dinero lo que quieres? —tanteo, angustiada.

—Es por eso por lo que estás con él, ¿no? Tu esposo fue mi asesino, mató a mi padre, su propio padre, Sienna —gruñe colérico—. Hice esto por ti, y tú eres una desagradecida que se lo ha estado follando aun sabiendo que era mi hermano. —Me agarra del cabello de la nuca, furioso, no conocía a un Thiago así.

Y lo que más dolor me causa es girarme para verlo marcado ahí, para saber que él ha hecho daño a mi familia. Porque Thiago pertenece al cártel más sanguinario de Colombia. Es uno de ellos. Thiago pertenece al cártel de los Escorpiones.

MÁXIMO

CAPÍTULO 27



Siete años antes.

Me siento en silencio y a oscuras en el sillón de su comedor. Me acabo de servir un tequila, necesito algo muy fuerte para no sacar la pistola y deshacerme de este hombre que me acaba de complicar la vida. La puerta de la entrada se abre, Emmanuel Hernández entra con el cansancio reflejado en su cara. Acabo de perder millones de dólares y lo que más me pesa es que ese hombre haya perdido la vida.

—Te estaba esperando —digo cuando enciende la luz y veo reflejada su cara de sorpresa.

—Yo no... yo no... —tartamudea mientras mira escaleras arriba, supongo que tiene miedo de que me deshaga de la adolescente que tiene dormida en su casa y se ha masturbado ante mi atenta mirada lasciva.

«Ese es el motivo de más peso para que lo deje explicarse y no le haya metido ya una bala en la frente».

—¿¡Qué coño ha pasado!?! —Me levanto de la silla para enfrentarlo—. Y ¿dónde está mi mercancía?

—No lo sé —asegura, y se despeina el cabello, nervioso—. Se suponía que nadie iba a intervenir. No sé qué es lo que ha pasado y tampoco quién los ha matado.

—Te dije que no metieras a ese hombre en esto —gruño enfadado—. Te dije que

quería un trabajo limpio y ahora no hay nada que hacer.

—Era mi amigo, iban a embargarle la casa... —se excusa—. Necesitaba el dinero. Tú has perdido dinero, juro que te ayudaré a recuperarlo, pero yo he perdido a mi compadre, su hijo iba en el pesquero con él y no hemos encontrado su cuerpo, así que imagina todo lo que esto supone para mí. Mi hija también ha perdido a ese muchacho con el que estaba saliendo. —Lo veo llorar compungido. Sentimientos se llaman.

El hombre que ha muerto es mi padre y su muerte no me duele más que la del hombre que me crio. No lo he conocido en vida, y el único interés que ha puesto alguna vez en mí ha sido para que le diese el dinero que necesitaba para que no le embargaran la casa. Me negué a ayudarlo, soy un hombre cruel, aunque en el fondo desease un poco de humanidad por su parte, porque se suponía que yo ya había vivido con un padre cruel. Aunque aquello me pareció mezquino. No hubo un «siempre he deseado conocerte», un «tu madre me abandonó, pero siempre supe que eras mío». Solo existía el interés de poder sacarme algo de dinero. Siempre creí que mi madre había sido muy mezquina al abandonar al hombre que amaba por otra vida, pero no vi diferencia en él. En el fondo, estaban cortados por el mismo patrón.

—Te dije que no quería errores. —Cojo la pistola y la sujeto con fuerza en la palma de mi mano.

—Máximo, hemos trabajado muchos años juntos, te he facilitado las mejores rutas, he enviado a la policía a otros puntos para despistarlos...

—Pero has metido a ese hombre en un envío y ahora está muerto, cuando te ordené que no lo hicieras.

—Podemos llegar a un acuerdo... —Da dos pasos atrás cuando teme que le pegue un tiro.

—Tu hija. —Abre los ojos, asustado—. Necesito saber que serás fiel a mi cártel, tu

hija será mía.

—¿Mi... mi hi...ja? —tartamudea.

—Vendré cuando cumpla la mayoría de edad a por ella, se casará conmigo y será mía. ¿Cómo se llama?

—Sienna —dice con inquietud.

—Sienna pagará tu deuda —aseguro—. Quiero a tu hija.

—Ella es una mujer con mucho carácter, no cederá así como así —intenta reponerse, pero ya no hay nada que pueda hacer.

Hay una mujer en cada rincón del mundo predestinada para cada hombre, y esa muchacha es la mía. Ni la diferencia de edad ni su inocencia pueden sacarme esa imagen de la cabeza. He estado con mujeres muy atractivas, y ninguna me ha hecho reaccionar de esta manera. Hay cosas que tengo que hacer primero, cosas de mi vida que arreglar. Porque Sienna no es consciente todavía de ello. Ahora mismo es un pajarillo libre, a punto de echar a volar.

SIENNA

CAPÍTULO 28



Vomito, vomito y vuelvo a tirar hasta la última papilla por el retrete. La angustia no cesa y cada vez me está siendo más difícil disimular mi estado. Llevo dos semanas encerrada en esta maldita habitación en la Casona, cuyo nombre original es *La Casona de los Cocodrilos*. No es una habitación lujosa, tiene una cama simple y un baño pequeño privado, aunque, al menos me ponen un plato de comida una vez al día. Al principio me negué a comer, pero no puedo mantenerme con fuerzas si no lo hago.

—¿Vomitas con mucha frecuencia?

Thiago está en el marco de la puerta y me giro para mirarlo con odio. ¿Cómo puede estar haciéndome algo así? Ya no por lo que un día tuvimos, creía que, después de todo, éramos amigos. Pero el hombre que tengo frente a mí ha cambiado.

—Me ha sentado mal la comida.

—Ya... —responde poco convincente—. O te has quedado preñada de ese hijo de puta. Eso también podría ser una posibilidad.

—No estoy embarazada —miento—. ¿Por qué me haces esto?

Me levanto del suelo quedando a la altura del que una vez fue el amor de mi vida.

—¿Que por qué hago esto? —Se acerca a mí y me agarra del cabello—. ¡Yo te

quería, joder! Me aseguraste que nunca me dejarías por dinero y mírate —dice enfurecido—. El hijo de puta de tu esposo... mató a mi padre.

—Él no mataría a su propio padre.

—Ah, ¿no? —ríe—. ¿No te ha contado cómo murió el hombre que lo crio? —me cuenta—. Yo te lo diré, lo mató con sus propias manos. Pero no tuvo suficiente, que tuvo que deshacerse del mío.

—¿Cómo sabes que fue él?

—No teníamos dinero, nos iban a embargar la casa. Mi padre sabía que el hijo del hombre más poderoso de Colombia era su hijo biológico. Así que aprovechó cuando este murió y le pidió un poco de lo que a él le sobraba. ¿Sabes qué le dijo? —Me suelta el cabello y me empuja unos pasos hacia atrás—. Le dijo que le importaba una mierda si nos moríamos de hambre.

No sé qué decirle para calmarlo, con cada palabra veo a un Thiago más furioso. Venganza, su cuerpo irradia venganza.

—Y tú decidiste meterte en el cártel enemigo.

—Ellos me dieron la oportunidad y ahora soy uno de ellos. ¿Crees que es mejor el cártel de los Jaguares? ¿Tu cártel? —pregunta—. No me mires así, Sienna, hice lo que tenía que hacer y lo hice por ti.

—Yo no te pedí esto.

—El cártel de los Escorpiones me recogió medio moribundo en mitad del mar. Tu padre nos dio el trabajo aun arriesgando su vida, solo teníamos que transportar un par de kilos a un buque que nos esperaba en mitad del mar. Máximo nunca se enteraría de que habíamos sido nosotros y podríamos coger la *plata* y volver a empezar —explica—, pero algo salió mal. Varias lanchas rápidas nos atacaron para robarnos la mercancía. Dispararon

contra nuestra barca con lanzagranadas y nos vararon en el mar.

—Y ¿qué interés tendría Máximo en perder su mercancía? —añado lo evidente.

—¡Calla! —se sulfura, y me abofetea.

Él también se ha hecho esas mismas preguntas, y llegado el momento podría haber colaborado con las personas que supuestamente lo intentaron matar. Así hubiera comprobado que no existe lógica alguna en que Máximo hundiera su propia mercancía.

Sujeto mi mejilla y juro que se me acaba de romper el corazón, el dolor del golpe no es tan duro como pensar que algún día Thiago me pondría una mano encima.

—Ahora sé por qué te dejé de querer.

Me coge por la nuca y me arrastra fuera de la habitación, empujándome para que camine delante de él. Voy por el corredor, tratando de memorizar dónde se ubican las puertas y cualquier detalle que me pudiera servir para ayudarme, en caso de poder huir. Hay hombres armados por todos lados, así que de momento no me planteo hacerlo. Llegamos a una sala donde, en el centro, hay un sillón negro de cuero, detrás de una mesa de caoba. Thiago me rodea y se dirige hacia el sofá, dejándome ver su espalda al caminar decidido. Se sienta y reajusta sus brazos hasta acomodarlos.

—Acércate... —me pide, sentado con un aire de superioridad—. Mírame, Sienna, ahora soy algo, soy alguien. ¿Me hubieses aceptado así?

Hace unas señas y observo como los hombres le obedecen. Cierran las puertas y me dejan encerrada ahí. Me quedo en el lateral de la mesa no pienso avanzar más, gira la muñeca y observa su reloj.

—Esto es en lo que te convierte el poder. Cuando tomas un poco, quieres más y más —me dice tranquilo esa persona que no reconozco—. ¿Crees que después de tener todo esto, se puede querer algo más? ¿Qué crees que estará dispuesto a perder mi hermano por

recuperarte?

—Déjame marchar, Thiago. Si alguna vez me quisiste, déjame marchar.

—Fui a por ti con la esperanza de que vinieras conmigo, cuando en realidad, lo único que quería era destruirlo, pero ahora tengo todo lo que quiero. Tú has elegido tu poder y yo ya elegí el mío...

Uno de sus hombres me coge con fuerza y me ata ambas manos para luego sujetarlas a un pilar. No entiendo a qué se refiere, pero empiezo a unir las piezas del puzle cuando una de las puertas se abre y ella entra en la estancia.

—Hola, primita, qué agradable sorpresa.

Yuli va vestida con ropa de encaje y se sienta sobre las piernas de Thiago, que la recibe con una mirada lasciva.

—Estaba preparando el efecto sorpresa. Mira qué cara se le ha quedado —susurra Thiago en su oído mientras ella sonríe.

Esto sí que no lo esperaba, estos dos están juntos en esto. Yuli era la princesa de este cártel, la hija que Máximo recogió junto a su hermano. Así que, si su padre ha muerto, ella es la que maneja ahora mismo los hilos, y junto a ella, Thiago. Es él el patrón de este cártel, y el hijo de la gran puta que mató a mi gente en la isla. Ahora todo cobra sentido, Yuli tuvo que ayudarlo a introducirse en Acresana, ella conocía hasta el último detalle y sabía cómo entrar en ese lugar.

Me muevo a un lado para vomitar algo de bilis, es lo único que hay en mi estómago. El recuerdo de Mercé, de mis niñas, el recuerdo de mi gran amigo... Vomito hasta que no puedo más.

—Pues sí que se ha quedado sorprendida.

Ambos ríen. Thiago le acaricia el hombro mientras me mira. ¿Cree que me importa lo

que haga con esa mujer? ¡Como si se la tira aquí encima de la mesa! Así que parece escuchar mis pensamientos porque le quita el camisón y se pone a lamer entre sus tetas. Los ruidos de estos dos mientras se tocan vuelven a producirme arcadas, por lo que vomito de nuevo. Ambos siguen en su papel de amantes. No tengo intención de mirar, pero es lo que quieren, intimidarme. Thiago me quiere hacer pagar por no haberlo elegido a él, cuando él ya había tomado una decisión. Yo no solo era su medio para vengarse de Máximo, también era su fin. Decido que nada de esto me puede afectar, así que no les quito la vista de encima cuando él se baja el pantalón y la penetra. Gemidos, risas. Es la satisfacción de dos personas que creen que han ganado una guerra. Tengo a Yuli de espaldas y puedo ver parte de su brazo aún herido por mi querido Mirco. *Mirco*. Y el sentimiento de angustia por saber si está bien me vuelve a hacer vomitar.

Cuando he acabado, tengo a Yuli desnuda cogiéndome por el cabello y me inmoviliza la cabeza para que pueda mirar el triunfo reflejado en sus ojos.

—Aquí no eres nadie. —Me da una cachetada y me escupe en la cara—. Y pronto dejarás de ser menos que nada.

—Déjala. —Thiago se pone al lado de Yuli y le besa el hombro—. La necesitamos sana y salva. Veamos de qué es capaz mi hermanito por amor.

Se gira, se abrocha la camisa y coloca el terminal sobre la mesa activando el manos libres.

—¿Bueno? —Su voz ronca a través del terminal me eriza hasta el último vello de la piel.

—Hola, hermanito. ¿Cómo estás?

—Voy a matarte.

Thiago me mira y sonríe, con la certeza de saber que eso no va a pasar.

—Tengo algo tuyo, y lo único que se te ocurre es amenazarme —responde con la ventaja que sabe que tiene.

—No juegues conmigo. ¿Dónde la tienes? Y ¿qué es lo que quieres? —pregunta, su voz suena neutra.

—Ahora es cuando dice que no le importas una mierda y que todo lo que tiene es más valioso que tú —me susurra Yuli en el oído mientras pasa un cuchillo afilado por mi garganta.

—Quiero lo que me pertenece —dice Thiago—, lo que le pertenece a mi esposa por herencia. Todo lo que tienes es mío, siempre lo ha sido —le aclara con odio—, hasta tu mujer fue mía antes que tuya.

Escucho algo romperse al otro lado de la línea, Máximo está furioso.

—Te daré una de las rutas más importantes. Dejaré que pases por mis puertos, pero quiero que me devuelvas a Sienna —exige él con la voz tensa—. Si me entero de que le has tocado un solo pelo...

—¿Crees que te voy a dar a Sienna a cambio de una ruta de mierda? —Yuli y él ríen—. Lo quiero todo, además, tengo algo mucho más valioso que tu esposa.

—No hay nada más valioso que ella.

Esas palabras me agitan el corazón con tal fuerza, que vuelvo a vomitar contra el suelo, esta vez unas lágrimas mojan mis mejillas con intensidad. Lo amo, quiero a Máximo más de lo que he querido nunca a nadie. Lo he querido desde siempre y, aunque mi cabeza intentara negarlo, mi corazón siempre ha respondido a sus caricias, a sus palabras, y yo he sido una idiota que ni siquiera he podido pronunciar las palabras que él tanto ansiaba. Sin embargo, noto en su voz la desesperación por recuperarme, porque a él no le importa gritar a los cuatro vientos que soy lo más importante en su vida.

—Ah, ¿no? —Coge el teléfono y me lo acerca—. ¿La escuchas? Porque yo diría que suena al sonido del embarazo. ¿O ahora me vas a decir que no te la has follado?

—Dime qué es lo que quieres de una maldita vez y déjate de rodeos.

—Ya te lo he dicho. Lo quiero todo. —Yuli lo abraza desde atrás—. Tráeme tus claves y tus rutas. Mañana al atardecer. Tu vida por la de ellos dos. Si no vienes, me follaré a tu mujer con tu hijo dentro y luego la mataré —le amenaza, y Thiago me mira mientras lo dice.

—Allí estaré —asegura.

—¡No lo hagas! —grito para que pueda escucharlo, pero Thiago cuelga el teléfono.

«Lo odio, lo odio, lo odio». Dicen que del amor al odio hay un solo paso, lo que nadie dice es que ese camino es irreversible, y que una vez se odia a una persona con esta intensidad, es imposible retroceder y echar la vista atrás. No reconozco al muchacho que un día creí conocer y eso aún me duele mucho más. Sentirme engañada de esta manera tan ruin...

Yuli me desata y me lanza contra el suelo. Me toca con esas sucias manos de traidora. Me pregunto cómo puede estar haciendo algo así, que sea capaz de rebelarse hasta contra su propio hermano.

—¡A tu habitación! —me ordena—. Tu pesadilla solo acaba de empezar.

Hace un gesto con la cabeza y uno de sus hombres me coge para encerrarme en la habitación del servicio donde me mantienen vigilada. Yuli me observa completamente desnuda, sin ningún tipo de pudor y con la sonrisa más perversa que he presenciado jamás.

MÁXIMO

CAPÍTULO 29



El día de mi boda.

Me ajusto la corbata. No es un complemento que me guste, pero hoy es un día especial. Por fin, después de tanto tiempo de espera, Sienna se va a convertir en mi esposa. Me miro en el espejo y compruebo que el traje confeccionado a medida está ajustado en su sitio, y observo que el nerviosismo que se ha instalado en mi cuerpo me hace temblar.

—Estás hecho un puto flan.

Mi primo Javier me da una palmada en el hombro mientras ríe por la situación. Al principio, no estuvo de acuerdo e intentó disuadirme para que disolviera el trato del matrimonio, pero la obsesión que siento por esa mujer se ha ido agrandando en cada momento.

—¡Cállate! —ordeno muy serio, porque sus comentarios no me ayudan para tranquilizarme.

—Quién me iba a decir que el hombre más temido de Colombia estaría hoy temblando por una mujer.

Sienna no es una mujer cualquiera, es la persona por la que he vivido obsesionado estos putos seis años. He tenido que mantenerme alejado de esa puta fijación cada momento de estos días. La he dejado disfrutar de su juventud, y yo lo he hecho con la mía, pero la desesperación de tenerla ha sido cada vez más ferviente. La he deseado a cada

instante, y ya nada ha podido saciar mi deseo, ni las mujeres más bellas del país conseguían ponerme duro y por consiguiente no podía satisfacerlas. Ella tampoco ha perdido el tiempo, hace solo unas semanas que la acorralé en aquella discoteca como si fuera un animalillo enjaulado y pude comprobar lo caliente que es mi esposa. Me tocó la polla como la fiera de pantera que sé que se esconde en esa jaula. Y aunque fue el nombre de otro el que gritó, me corrí como un animal salvaje entre sus manos.

—Ya hablaremos de esto, cuando te llegue la tuya —aseguro mientras me pongo los gemelos de diamantes en los ojales de mi chaqueta—. Porque créeme que algún día llegará.

—Si puedo comprar el cerdo a trozos, no voy a comprarlo entero —añade el descarado.

Entiendo su pensamiento, Javier es más joven y tiene a las mujeres que desea en su cama, yo también he pasado por esa etapa, y tampoco esperaba encontrarme nunca en esta situación.

De pronto, llaman a la puerta de mi habitación.

—Adelante —digo para que sea quien sea pase. Estoy esperando a mi santa madre, ella es mi madrina y aunque no está muy de acuerdo con esta boda por conveniencia, no ha vuelto a insistir en que la anule.

—Buenas, Máximo, necesito hablar unas cosas contigo antes de la boda.

Mi futuro suegro se queda en el marco de la puerta, esperando a que lo autorice a pasar.

—Déjame unos minutos, Javier —le pido a mi primo para que se marche.

Mi suegro entra y se dirige a la barra, se sirve él mismo una copa y rellena otra para mí, ofreciéndomela cuando se acerca.

—Sabes que Sienna es lo único que tengo —comienza a contarme—, y sé que piensa que soy el peor padre del mundo, créeme que no he sido el mejor. Pero...

—Voy a cuidar de ella como si fuese la joya más valiosa del planeta —respondo con celeridad—. Me he pasado seis años arreglando esta mierda para darle una mejor vida, ya lo sabes.

—Si algo no sale bien...

—Sabíamos a lo que nos arriesgábamos con todo esto, tú has estado trabajando conmigo mucho tiempo, así que no voy a echarme atrás ahora.

Emmanuel da un largo trago a su copa y yo hago lo propio con la mía.

—¿Por qué ella?

—El día que asesinaron a tu mejor amigo y a su hijo —no me atrevo a mencionarlos como a alguien de mi familia, porque nunca lo fueron—, pensé en matarte. Fui a tu casa con la clara intención de pegarte un tiro por haber desobedecido una orden. —Recuerdo ese día con total claridad—. Entonces la vi, y ya no hubo mujer que pudiese entrar en mi cabeza. Quiero a tu hija y sé que es poco ortodoxo comprarla, pero aprenderá a quererme en esta maldita jaula de cristal.

—Sienna es impulsiva y tiene carácter, no te va a ser fácil domar a la fiera —dice Emmanuel en tono de broma para rebajar la tensión.

—En eso, tenemos algo en común.

Ambos reímos, estos minutos con el que ha sido mi socio tanto tiempo me tranquilizan a su manera.

—Bueno, pues entonces que no se diga más. He venido a darte mi bendición y también a pedirte que cuides de ella. Tenemos un trato y sabemos muy bien que esto no ha acabado. Todavía no tengo el poder, pero en cuanto acceda a la presidencia, pondremos el

plan acordado en marcha. Solo espero, por el bien de todos, que esto salga bien.

—Saldrá más que bien —afirmo con total seguridad, no he sacrificado estos seis años de mi vida para perderlos en segundos. El plan está en marcha, Sienna será mía y le daré la vida que se merece y yo la disfrutaré con ella.

Mi suegro se levanta, deja la copa sobre la barra y se dirige a la puerta, mi madre está tras ella y sé que ha llegado la hora. Le doy un beso en la mejilla, aunque le he recriminado en más de una ocasión haberme criado con el animal con el que se casó, también me he puesto muchas veces en su lugar y puedo sentir el daño que eso le causó.

—Te quiero, madre.

Me mira de reojo sorprendida, son pocas las muestras de cariño y afecto que le profeso, pero supongo que debe saber que a mi manera la quiero.

—Lo sé. —Aprieta mi antebrazo mientras sonrío y me acompaña hasta el altar improvisado—. Hijo, sé que me quieres.

Subo al estrado ante la atenta mirada de todos los invitados y finjo que no soy la persona más nerviosa del planeta, miro el reloj todas las veces que considero por lo que parezco un hombre obsesionado con que la novia salga corriendo. Entonces me tranquilizo al verla caminando junto su padre, con el ceño fruncido, lo cual es normal teniendo en cuenta que para ella soy un completo desconocido. Lleva un maquillaje muy sutil, su pelo negro semirrecogido y luce un vestido blanco de encaje que resalta su piel morena y todo eso la hace verse increíblemente pura ante mis ojos.

A pesar de ser doce años más joven que yo y aparentar timidez e inocencia, mi futura esposa esconde una pantera dormida en su interior. Levanta la cabeza con seguridad y me observa sin apartar la mirada.

Intento darle el espacio que necesita durante la boda, pero la idea de tirarla sobre la

cama y follármela... ¡Joder, no! Si es que soy un puto animal. Así que como el que espera la tarta en un convite, espero a que llegue el momento para probarla. Mando a todo el mundo a la *verga* cuando creo que el evento llega a su fin y subo con ella a la habitación.

Sienna cree que debe darme algo a cambio de haberla desposado, pero yo solo voy a tomar de ella un poco, porque el simple hecho de que se me entregue por obligación me quema las entrañas. Así que la desnudo, la pongo a cuatro patas sobre la cama y le devoro el coño como si no hubiese un mañana. Porque no quiero que haga esto por compromiso, quiero que se arrastre a mis pies, como yo me arrastraría por ella. No estoy siendo racional, ni romántico, pero no sé serlo, y castigarla hasta que me ruegue que me la folle es la mejor manera que tengo de intentar que sienta algo por mí. Podría susurrarle palabras de amor, decirle que es lo más importante de mi vida y que arrasaría el mundo por ella, pero aún creería que estoy más loco, porque ella ni siquiera sabe que vivo obsesionado como un loco adolescente desde que la vi por casualidad aquella noche dándose placer en su habitación.

Cuando la he hecho gritar de placer, me retiro con premura a mi habitación para aliviarme a mí mismo. Me quito la ropa a tirones y me lanzo sobre la cama, donde me masturbo toda la noche, como un puto animal en celo.

«Sienna, escóndete de mí, porque has despertado a la bestia».

SIENNA

CAPÍTULO 30



Llorar y lamentarme no servirá de nada, Thiago no va a retroceder en su propósito bajo ningún concepto y menos bajo la influencia de Yuli. Ambos son telas cortadas por el mismo patrón.

El reloj de mi habitación repiquetea a cada segundo que pasa en mis oídos y miro por la ventana una y otra vez, rezando para que Máximo decida no venir hasta aquí, pero otra parte más egoísta se pregunta si realmente lo haría, porque venir solo a La Casona sería una sentencia de muerte segura.

«No vengas, Máximo, no des tu vida por mí», grito para mí misma una y otra vez mientras una lágrima silenciosa recorre mi mejilla. No quiero morir, porque se llevarían conmigo al bebé que sé que está naciendo en mi interior. Pero tampoco podría vivir si él no vive, sé que no podría soportarlo porque lo amo con tal intensidad que me duele el simple pensamiento de no tenerlo conmigo.

—Bueno, bueno, bueno. El momento casi ha llegado. —Thiago está apoyado en mi puerta, sujetando su pistola. Mira hacia donde yo lo hago, el reloj—. Todo en esta vida llega, Sienna. ¿Qué crees que hará? ¿Vendrá o te dejará a tu suerte?

—Espero que no venga —repongo con sinceridad—, espero que sea inteligente y que

cuando te deshagas de mí, venga y arrase tu cártel y tu vida.

Caigo al suelo tras la bofetada que acaba llegando, cierro los ojos y el corazón me duele al pensar que nunca imaginé algo así. ¿Cómo una persona puede cambiar de esa manera? «Quizá siempre fue así y tú no te diste cuenta», me habla mi subconsciente.

—Mira, pues no va a poder darse —anuncia, mirando por la ventana hacia el jardín mientras estoy tirada en el suelo—. Tu amado ha venido a por ti.

Me levanto con premura y le observo por el cristal. Lo veo ahí y no puedo evitar derramar más lágrimas, porque sabía que me amaba, pero no de esta forma. Lo veo tan indefenso ahí con las manos levantadas, totalmente solo mientras muchos hombres lo apuntan con armas.

—Aquí estoy, Thiago. ¡Hijo de la gran puta! ¡Sal de donde estés!

Thiago me coge del pelo, me apunta con su arma y me empuja para que lo acompañe. Cuando llegamos al jardín, Yuli está esperándonos con una sonrisa de oreja a oreja.

—Por favor, Thiago, por lo que más quieras —suplico—, por favor, no lo hagas. —Es lo único que puedo hacer.

Me pone a la altura de Yuli que hoy está radiante, tiene reflejada en su mirada la victoria y la superioridad que siempre la rodean.

—Aquí me tienes. Suelta a Sienna. —Su primo Javier aparece por detrás y es encañonado también por los hombres del cártel de los Escorpiones—. Deja que Sienna se marche y cumple tu trato como un hombre. Déjala marcharse y ahorrémonos esta guerra. —Máximo me mira de reojo, le suplico con la mirada que se vaya, porque no pienso irme de aquí sin él. Si él ha decidido morir por mí, lo haré con él—. Tengo a miles de hombres fuera, están esperando a su patrona. Si Sienna no sale, iniciarán una guerra, arrasarán con todo y cuando todo se acabe no te quedarán hombres a los que controlar.

—¿Cómo has podido hacer algo así, hermana? —le recrimina Javier a Yuli, decepcionado. Ella solo le responde con una sonrisa ladina.

Thiago me impulsa a que me marche y me empuja hacia mi esposo. No voy a irme, no voy a dejarlo, me niego. Corro en su dirección, pero antes de llegar a su altura, siento una detonación y la quemazón invade mi pierna derecha. Antes de caer al suelo, Máximo me coge entre sus brazos y me cubre con su cuerpo.

Veo como Yuli sonríe por lo que me ha hecho, me ha disparado, quiere humillarme y hacerme daño. No puedo hacer nada para defendernos, no hay manera de que pueda vernos a los dos juntos y lejos de aquí. Me acurruco en el pecho de Máximo y me aprieto contra él, Javier me coge del brazo.

—Venga, Sienna, yo te ayudo, debemos marcharnos.

—No, no, no. —Me suelto de su agarre—. Aparta, Javier, márchate, no me toques, no voy a irme contigo.

Javier da dos pasos atrás.

—No voy a irme, Máximo, no voy a dejarte. No me obligues —le suplico a mi marido.

—Hazlo por él. —Máximo apoya su frente en la mía y me toca el vientre mientras una lágrima silenciosa recorre su mejilla.

—Siento no habértelo dicho antes. Te amo, Máximo.

—¡Ya está bien de cursilerías! —nos interrumpe Thiago.

Se oyen varios disparos y un hilo de sangre sale de los labios de mi amado. Es Thiago el que está disparando.

—¡Para! —Javier se interpone y recibe una de esas balas.

El grito desgarrador de Yuli suena por toda La Casona mientras su hermano yace en el suelo con un tiro en la cabeza y mi esposo arrodillado, sangrando en el suelo.

—Hermano... —dice Máximo a su cuerpo inerte.

—Pero ¿¡qué has hecho!? —le recrimina Yuli a Thiago, furiosa.

Entonces escucho los helicópteros sobrevolándonos, son varios, y solo veo una oportunidad ante el caos que se origina cuando cientos de hombres bajan uniformados cargando contra el cártel. Me lanzo hacia Yuli, que está luchando verbalmente con Thiago sin percatarse de lo que sucede alrededor. Tengo una bala en la pierna, pero eso no me impide recorrer el par de metros que nos separan. Dicen que cuando una persona se encuentra en su lecho de muerte, corre aun herida, como una liebre corre delante de un perro de caza. Le arrebato la pistola y le suelto un puñetazo con todas mis fuerzas haciéndola caer al suelo, inconsciente. Thiago intenta dar media vuelta para huir como una rata cuando se percata de lo que está ocurriendo a su alrededor. Apunto a Thiago por detrás en el centro de su espalda buscando su corazón.

—¡Suelta el arma, Thiago! —Me obedece, tirándola hacia un lado y se gira lentamente, yo lo sigo apuntando justo en el blanco.

—¿Vas a matarme, Sienna? ¿Vas a poder vivir con eso? —se regodea.

El sonido de las detonaciones se hace eco a nuestro alrededor. Escucho voces que me piden que no lo haga.

—*¡Al suelo, suelta el arma! ¡Agente de la DEA! ¡La hija del presidente es nuestra prioridad!*

—Fingiré que esto nunca ha pasado, Thiago, te recordaré como aquel muchacho con sueños humildes que murió hace siete años.

Entonces lo hago. Disparo y le descargo todo el cargador en el corazón.

MÁXIMO

CAPÍTULO 31



Aún no puedo creer que mi cara esté enterrada en el cabello de Sienna. La cojo por la cintura y la aprieto más contra mi cuerpo que se rebela por las aún recientes heridas de bala. Cierro los ojos e inhalo su olor, aguanto la respiración unos segundos para dejarlo grabado en las profundidades de mi ser.

—Buenos días. —Se gira y me acaricia la mejilla mientras sonrío—. ¿Estás mejor?

—Sí —respondo con el corazón en un puño. Hace unos días que perdí a mi único hermano, Javier, y eso me duele más que cualquier herida física.

—Me alegro —responde ella. Sé que aún siente lo que pasó y le va a costar superarlo, pero estamos en esto juntos.

—Mañana salimos rumbo a Acresana, he dejado la hacienda —anuncio mientras le aparto el cabello detrás de la oreja—. Ya no soy el hombre más peligroso de Colombia, voy a dejar atrás todo esto.

Ella me sonrío y emite una expresión parecida al orgullo.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué has entregado esto? —me pregunta.

—Esta es la vida que se me impuso y hubiese continuado con ella, pero... la noche que te vi hace siete años en tu habitación...

—Me espiaste mientras me masturbaba —me interrumpe.

—Sí, y voy a hacerlo muchas veces, así que vete acostumbrando —ríó con ella en la cama—. La noche que te vi algo cambió en mí, quise más y aspiré a ser otra persona. Así que me dediqué a intentar arreglar lo que durante tanto tiempo se había ido construyendo. Metí a tu padre poco a poco en la política, yo tenía poder, contactos, y él era un policía en contra del sistema, pero leal a su país, así que no me fue difícil. Necesitaba a alguien que pusiese la imagen y tuviese el suficiente poder para llevar a cabo la misión de disolver el segundo cártel más poderoso del país.

—Eso te haría no tener rival...

—Lo he entregado todo, Sienna. Ya no hay poder ni dinero, solo un acuerdo de colaboración. Mi isla, mi gente y mi esposa, a cambio de entregarle todo a mi país. Voy a vivir el resto de mi vida en una isla desierta, muerto para todo el mundo. —Le acaricio el cabello—. Hice un trato con tu padre, todos estos años he mantenido mi poder para conseguir llegar hasta aquí. Tu padre solo era una ficha que puse ahí para librarme del narcotráfico y vivir una vida medianamente tranquila.

Sienna me mira sorprendida, le estoy dando tiempo para asimilarlo. La DEA intercedió porque yo tenía un trato con ellos. Colombia iba a ser un país mejor, y no podía asegurar que no viniesen otros y explotaran las rutas, pero con los cárteles debilitados, el país se volvería una nación más segura.

—Tenías razón, Máximo. Tenías razón cuando me dijiste que destrozarías mi corazón, lo has hecho. Pero lo que no creía es que se pudiese recomponer con tantos pedazos. Cuando un jarrón se rompe y se reconstruye nunca vuelve a ser el mismo. Yo no soy la misma, pero el corazón se me ha recompuesto para amarte con tal intensidad...

—Recuerdas lo que te dije... —la abrazo y le gruño en el oído porque no hay nada en el mundo que me excite tanto como escuchar que me ama—. También te dije que ese día te follaría como a una perra.

—No fuiste nada romántico, esposo —ronronea.

—Cuando lleguemos a la isla, te haré el amor en la cala mientras miramos las estrellas...

—Vas mejorando —me interrumpe mientras pasa sus manos por mi tatuaje.

—Lo haré cada noche —continúo—, y cuando llegues al éxtasis te recordaré cuánto te amo —asegura mientras se carcajea de felicidad—. Entonces cuando menos te lo esperes despertarás a la bestia, te ataré a la cama y te recordaré los miles de maneras en que eres mía.

Le acaricio el antebrazo donde se tatuó esa frase que yo le decía cuando la acosaba.
Bienvenida a mi mundo, pajarito.

—Nunca fuiste un pajarito, Sienna. Fuiste una pantera en busca de tu jaguar.

SIENNA

EPÍLOGO



Tres años después.

—Sienna, a una se le quitan las ganas de follar cuando pasa dos días a tu lado —me dice Fernanda que ha venido a pasar un tiempo conmigo en la isla para ayudarme con los pequeños. Ya que estoy embarazada de nuevo de la pequeña Mercé y necesitaré su ayuda en breve.

Lloros, gritos y peleas de niños que juegan y se disputan por una pelota, esa es la banda sonora de mi vida. Mis tres hijos corren por todo el jardín mientras Mirco intenta arrebatársela de un lado a otro.

—¡Mirco, ya son tuyos! Recuérdales que no eres un gato.

El jaguar me ruge ofuscado, sobrevivió a aquel desafortunado ataque, y siempre estoy bromeando con que tiene más vidas que un gato. Aun siendo un animal salvaje, es un animal en el que poder confiar. *Porque no hay animales peligrosos, hay personas que los tratan con mucha crueldad.*

Mis tres pequeños corren detrás de la pelota, cogen a Mirco de la cola, se empujan y vuelven a llorar.

—No sé cuál es más cabezota de los tres —afirma mi prima Fer, sentándose a mi lado en el banco—. Máximo es testarudo, Javier es más terco aún —aclarando refiriéndose a los

mellizos—, y Thiago es un cabezón de aquí te quiero ver —repone respecto a mi hijo más pequeño.

Ese es el nombre que les puse a mis tres hijos. Porque creo en las segundas oportunidades y porque creo en las almas perdidas. Siempre he pensado que todo hubiese sido de otra manera si los tres se hubiesen criado juntos. Y, aunque mis pequeños se pasan el día batallando, sé que se aman como los verdaderos hermanos que son.

—Hola, mi reina. —Mi esposo me rodea desde atrás y me da un sonoro beso en la mejilla.

—Arg —replica Fer—. Qué asco dais.

Los dos reímos llenos de felicidad. Nunca imaginé que mi vida pudiese ser tan plena y feliz. Tengo todo lo que necesito aquí y, aunque echamos de menos a la gente que hemos perdido, nos obligamos a continuar por ellos.

—Creo que la pequeña Mercé se está haciendo de rogar. No quiere salir —le digo cuando toca mi abultado vientre.

—Cuando nazca, te voy a hacer un par más. Atada —me calienta él, mordiéndome el lóbulo de la oreja.

—¡Holaaa! ¡Estoy aquí! —vuelve a anunciar mi prima, haciéndonos reír de nuevo. Somos felices.

MÁXIMO

EPÍLOGO



Un año después.

Estoy recostado totalmente desnudo en la cama con el teléfono pegado a mi oreja. Mi pantera me está haciendo la mamada más impresionante del mundo. Se la introduce en la boca hasta que le llega a la garganta y le produce arcadas, y yo me muerdo el labio inferior y suspiro cuando al otro lado del teléfono mi compadre sonríe.

—Dicen las malas lenguas que ya no estás en el negocio —me dice el que un día fue mi socio, Plukman.

—Fíjate, he seguido tus pasos. —Aganto la respiración para no gemir cuando la lengua de Sienna me rodea el *piercing* y lo coge con los dientes.

—Que te coman la polla siempre es mejor que estar toda la vida huyendo de la poli, ya te lo dije.

«Joder si es que voy a correrme». Sienna me sonríe, sabe el efecto que ejerce en mí.

—Uf. Mil veces mejor, compadre. —La agarro del cabello y presiono para que se la vuelva a introducir dentro, y ella me guiña un ojo. Es mi pantera.

—No estarás hablando conmigo mientras te la chupa, ¿verdad?

—Yo no haría algo así... —sonríó.

—Ah, vale, es que yo tampoco.

De pronto la línea se corta y aprovecho para continuar con lo que estaba. Sienna me tiene loco, soy un animal en celo, tenemos cuatro hijos y un quinto que viene en camino. No puedo separar mis manos de ella, y o empezamos a usar protección o repoblaremos la isla en unos años.

La pantera me lame, me absorbe hasta que me tiene donde quiere, gruñendo cuando me derramo entre sus labios.

Es mi turno, la cojo, la pongo de lado y la aprieto contra mi erección que tiene vida propia, me acabo de correr, pero necesito más.

—Eres insaciable, Máximo. Te amo tanto...

Sabe qué palabras usar para volverme loco, sabe el efecto que causa en mí el que me diga una y otra vez que me quiere. Porque esas palabras ponen todo el mecanismo de mi cuerpo a funcionar.

—Te voy a follar como a una perra.

—Qué romántico —ríe porque sabe lo que viene—, pero te amo tal y como eres.

Me introduzco en ella en una embestida que la hace sujetarse a las sábanas con fuerza, acerco mis labios a su oído y le digo lo que su cuerpo me pide a gritos:

—Soy un animal salvaje, Sienna, solo tú puedes domarme.

FIN



Roxana, una agente secreta francesa trabaja para los servicios secretos de la DGSE. Su hermana gemela ha ido a una misión a Bucarest, y no ha respondido a la llamada de seguridad. Solo hay un motivo por el que una agente no respondería, así que solo le queda la opción de ir a buscarla.

Plukman, un traficante de armas. Se queda con parte de los envíos humanitarios que la UE, manda a Ucrania. Un hombre de rasgos duros, egoísta, ladrón y asesino.

¿Podrá Roxana amar al hombre que ha hecho desaparecer a su hermana?



Rachel debe entrar en la cárcel por un delito que cometió. Cuando sale tiene deudas y solo una solución. Entrar en un juego donde puede ganar mucho dinero.

Seis concursantes, seis pruebas, un solo premio.

Liam quiere huir de su pasado.

Una mujer que lo incita a querer salir del juego.

Juego, sexo, seducción,... donde está prohibido enamorarse

¿Podrá el juego superar la realidad?



Antonella vive con su familia en una de las ciudades más mágicas del mundo. Trabaja como guía turística en Roma.

Su vida se pone patas arriba cuando un hombre la contrata para hacerle de guía durante una semana, ese mismo hombre aparece en su vida como cliente de sus hermanos, pero aunque físicamente son iguales, ambos aseguran no tener ningún tipo de parentesco. Pero cuando la atracción a ambos empieza a ser inevitable, debe tomar una decisión. Porque sería demasiado egoísta elegir a los dos, ¿verdad?

Déjate envolver por esta novela romántica con toques fantásticos y escenas de muy alto voltaje. Donde la lujuria y la pasión están aseguradas.